



ANTOLOGÍA 2

Gaston Racine

Gaston Racine

Antología (2)



Gaston Racine Donnez gloire à votre Dieu
Dieu, est-Il responsable du péché?
Mediocrité ou sainteté
Opinions ou convictions? La foi

Gaston Racine. Antología (2)

FC Editor (Barcelona) • ✉ fcots.r@outlook.com

Primera edición: enero 2023

© Ferran Cots (edición en castellano)

Edición en castellano autorizada por Jean-Bernard Racine.

Todos los derechos reservados.

No se permite ningún tipo de reproducción, parcial o total, sin la autorización expresa y por escrito del editor.

Traducción: Ferran Cots

Revisión de textos: Abigail Rodés

Diseño de la cubierta: Joel Cantero

Las citas bíblicas son de la versión Reina-Valera 2020

Las citas fuera del texto y las notas al pie no pertenecen a la edición original en francés

Imprime:



Gaston Racine

Antología (2)

Dad gloria a vuestro Dios
Primera edición: diciembre 2021

Dad gloria a vuestro Dios



Jesús le contestó: —¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?

Juan 11:40

Prólogo del editor

La gloria de Dios es algo incomprensible para nosotros, los simples mortales. Cuando el Señor en su Palabra nos exhorta a darle gloria nos quedamos perplejos ya que, ¿cómo podemos dar gloria a Dios, de quien es absolutamente toda ella? ¿De qué forma podemos contribuir a aumentar su gloria, que es total y perfecta?

Naturalmente si pensamos así estamos partiendo de una premisa totalmente equivocada. No podemos ni añadir ni quitar nada a la gloria de Dios pero sí podemos, mediante nuestro testimonio, hacerla visible al mundo o, tristemente, ocultarla mediante nuestras malas acciones.

En las páginas siguientes el autor nos acompaña a considerar este tema en un recorrido a través de las Escrituras. Aunque han pasado 50 años desde la publicación de este trabajo siguen siendo válidas las conclusiones vertidas, a la luz de la Palabra de Dios, porque la Palabra permanece para siempre. Otra cosa es nuestro entendimiento de la misma, que muchas veces solo hace que tergiversar el verdadero significado de lo revelado por Dios.

Algunas citas se transcriben literalmente, otras simplemente se mencionan, aunque es aconsejable leerlas para comprobar que lo que el autor dice no es algo de su invención, sino que proviene directamente de la revelación divina.

Barcelona, diciembre de 2021

La gloria de Dios y, como nuestro único medio de glorificarlo, la salvación de las almas humanas, es el verdadero negocio de la vida.

C.S Lewis

Introducción

En un mundo desamparado privado de un guía seguro y agotado por buscar, o ignorar a sabiendas, el camino hacia la paz, Dios aún habla a su pueblo:

Dad gloria al Señor, vuestro Dios, antes que haga venir tinieblas, antes que vuestros pies tropiecen en montes de oscuridad, y que, por más que esperéis vosotros luz, él os la vuelva en sombra de muerte y tinieblas. Mas si no escucháis esto, en secreto llorará mi alma a causa de vuestra soberbia; y mientras lllore amargamente, se desharán mis ojos en lágrimas, porque el rebaño del Señor habrá sido hecho cautivo (Jeremías 13:16-17).

Hoy Dios llama a los hombres. Se dirige incansablemente a las personas que todavía llevan el nombre de su Hijo, que afirman estar en Jesucristo. Todos necesitan saber esto: ¡Dios espera que los que lo conocen le den gloria! El tiempo de su testimonio es corto porque, inevitablemente, llegará la noche en la que nadie puede trabajar. Si no escuchan la voz del Señor, el juicio los alcanzará.

Que las verdades desarrolladas en las páginas siguientes entren en nuestra conciencia y en nuestro corazón para renovar completamente nuestro testimonio aquí abajo.

Gaston Racine
Niza, marzo de 1961

Nuestro objetivo final en la vida no es ser saludables, ricos, prósperos o libres de problemas. Nuestro objetivo final en la vida es dar gloria a Dios.

Anne Graham Lotz

Dad gloria al Señor vuestro Dios

Esta es la orden dada a todos aquellos que en la tierra confesaron con el apóstol Pedro que Jesús de Nazaret era el Cristo, el Hijo del Dios viviente; a todos los que, con Tomás, clamaron mientras caían a los pies del crucificado resucitado: *¡Señor mío y Dios mío!* (Juan 20:28).

Para dar gloria al Señor, es obvio que primero debemos conocerlo personalmente, saber más de él de lo que aprendimos en la escuela dominical o en el catecismo. No se trata de un conocimiento limitado a una simple información, incluso muy ortodoxa y muy completa, sobre el Cristo histórico. Se trata de estar en relación con un Cristo vivo, de estar íntimamente unidos e incluso identificados con él. Y es este conocimiento de Dios lo que es vida eterna, vida que ya se manifiesta en nuestra carne mortal.

Porque nosotros, que vivimos, siempre estamos expuestos a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo mortal (2 Corintios 4:11).

Así como cada flor tiene su color y exhala su fragancia, la vida lleva un mensaje en su interior. Así que, nuestras vidas, si están en Jesucristo, deben decir algo de él a nuestra sociedad, algo que glorifique a Dios exaltando su amor y su verdad, su justicia y su fidelidad. Para dar gloria a Dios es necesario renunciar a sí mismo y a la gloria que viene de los hombres, que solo engendra incredulidad o cobardía. El discípulo de Cristo debe llevar su cruz por el camino de las cosas necias, débiles y viles del mundo, por el camino de las cosas que no son (1 Corintios 1:27-31). Es de esta manera que Dios todavía revela su sabiduría, poder y gloria hoy, una gloria llena de gracia y verdad.

Para dar gloria a Dios, la luz de Cristo debe haber resplandecido sobre nosotros, porque solo la vida de Jesús glorificó plenamente a nuestro Padre que está en los cielos. Es en el rostro de Cristo donde resplandece el conocimiento de la gloria de Dios, y es al contemplar como en un espejo esta gloria del Señor, que somos transformados en la misma imagen, de gloria en gloria, como por el Espíritu del Señor.

Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciera la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para ser iluminados con el conocimiento de la gloria de Dios, en el rostro de Jesucristo (2 Corintios 4:6).

Pero para que la luz de Cristo brille en nuestros corazones, debemos haber escuchado la Palabra de Dios, esta Palabra que comunica vida a los muertos y despierta a los que están dormidos entre los muertos (Juan 5:24-25). Como está escrito: *despiértate, tú que duermes, y levántate de los muertos, y te alumbrará Cristo* (Efesios 5:14).

Porque todos estábamos muertos en nuestras faltas y en nuestros pecados, pero Dios, que es rico en misericordia, por su gran amor que nos amó, aunque estábamos muertos en nuestras faltas, nos vivificó juntamente con Cristo. Hemos oído la voz del Hijo de Dios y hemos creído en ella para vida eterna.

A partir de ese momento teníamos que dar testimonio fiel, pero, ¡ay!, nos quedamos dormidos entre los muertos. Nos quedamos dormidos entre los incrédulos y apenas vemos diferencia entre los fieles y los infieles porque, tendidos entre los muertos, los que duermen parecen, de lejos, privados de la vida.

Por tanto, para dar gloria al Señor, debemos ser despertados. Entonces Cristo nos iluminará y el mundo verá brillar la luz divina en medio de las tinieblas. Pero si la luz de Cristo solo puede elevarse sobre aquellos que son despertados del sueño por la Palabra de Dios, este despertar debe ser seguido por un caminar en paz y santidad, porque sin la santificación nadie verá al Señor.

Para ver a Dios, se necesita un corazón puro, y este corazón puro habita en aquellos que *al obedecer a la verdad, mediante el Espíritu habéis purificado vuestras almas para amaros sinceramente como hermanos...* (1 Pedro 1:22). *Santificalos en tu verdad: tu palabra es verdad* —dijo Jesús a su Padre (Juan 17:17).

Cuidémonos, pues, de no pisotear al Hijo de Dios y de no profanar la sangre de la alianza por la que hemos sido santificados, afrentando así al Espíritu de gracia.

¿Cuánto mayor castigo pensáis que merecerá el que pisotee al Hijo de Dios, y tenga por inmunda la sangre del pacto en la cual fue santificado y ofenda al Espíritu de la gracia? (Hebreos 10:29).

Al contrario, dejemos que la Palabra del Señor despierte cada mañana nuestros oídos para que podamos escuchar (Isaías 50:4), como escuchaban los discípulos, descubriendo cada día, caminando en la luz como él está en la luz, el poder de la sangre de Cristo que nos limpia de todo pecado. Entonces, llenos del Espíritu, seremos conducidos paso a paso a toda la verdad, sabiendo distinguir lo santo de lo profano, lo puro de lo inmundo.

Pero esta conciencia despertada por la Palabra de Dios, este corazón santificado por la sangre de Cristo que nos separa de las impurezas e injusticias del mundo, debe estar animada por una voluntad totalmente entregada al Señor. Se

necesita una vida enteramente consagrada a Dios. Se necesita un corazón abrazado por el amor de Cristo y que haya aceptado definitivamente:

... que, si uno murió por todos, entonces todos murieron; y Cristo murió por todos, para que los que viven ya no vivan para sí, sino para aquel que murió y resucitó por ellos (2 Corintios 5:14-15).

Por lo tanto, en respuesta a las misericordias de Dios, para darle gloria debemos entregar nuestros cuerpos como sacrificio vivo, santo, agradable a Dios. Este es el verdadero culto cristiano, el único servicio inteligente que podemos realizar, no conforme al siglo actual, sino siendo transformados por la renovación de nuestras mentes para discernir cuál es la voluntad de Dios, que es buena, agradable y perfecta.

Este servicio no está reservado para unos pocos a quienes se ha confiado un sacerdocio particular. Es el privilegio y la responsabilidad de todos los que han sido salvados. Tampoco se trata de un ejercicio espiritual de unas horas los domingos, ni durante la semana, sino de una dedicación continua de nuestra vida al Señor, en todas las tareas que realizamos, como está escrito:

Y todo lo que hagáis, sea de palabra o de hecho, hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús, y dad gracias a Dios Padre por medio de él (Colosenses 3:17).

Ya sea que estemos en el trabajo o descansando, en la mesa o ayunando, en casa o de viaje, solos o en compañía, en salud o en enfermedad, en alegría o en duelo, en abundancia o en pobreza, en angustia o en seguridad, hemos de glorificar a Dios, según la exhortación muy precisa del apóstol: *Así que, si coméis o bebéis o hacéis otra cosa, hacedlo todo para la gloria de Dios. No seáis motivo de ofensa ni a judíos ni a gentiles ni a la iglesia de Dios (1 Corintios 10:31-32).* ¡Así es como Dios será glorificado por los suyos!

Pero si el avivamiento, la santificación y la consagración de los que conocen al Señor son necesarios para dar gloria a Dios, la Palabra subraya una cuarta condición indispensable para la manifestación de la gloria de Dios en el mundo, la unidad de sus hijos. Sin esta unidad, el avivamiento es incompleto y sin poder, la santificación sin alegría ni resplandor, la consagración sin calor y sin fruto visible, y el espantoso escándalo de las divisiones entre hermanos permanecerá, esterilizando nuestro testimonio a los ojos del mundo. Quienquiera que seáis, amigos lectores, sabed que la gloria del Señor no se levantará sobre vosotros hasta que anheléis la unidad de los hijos de Dios. Escuchad la oración de Jesús:

Yo les he dado la gloria que me diste para que sean uno, así como nosotros lo somos. Yo en ellos y tú en mí para que sean perfectos en unidad y para que el mundo conozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos como también me has amado a mí (Juan 17:22-23).

Pero, ¿quién es suficiente para estas cosas? ¿Quién las llevará a cabo? ¿Un movimiento? ¿Un equipo? ¿Un hombre? ¿Cuándo entenderemos que el avivamiento, la santificación, la consagración y la unidad, así como el mismo reino de Dios, no vienen de tal manera que llamen la atención?

No tenemos que decir estas cosas están aquí o están allí. Porque todas estas cosas son nuestras y están en medio de nosotros, si Cristo está en el centro de nuestras vidas y nuestras asambleas. Es a él mismo a quien debemos redescubrir como el evangelio nos lo revela. Son sus enseñanzas divinas las que debemos volver a aprender (Mateo 11:29). Son sus pasos los que debemos seguir (1 Pedro 2:21). Es a su persona inefable a quien debemos amar (1 Juan 4:19). Es su regreso el que debemos esperar (1 Tesalonicenses 1:10).

¡Oh! Creedlo, amigos míos, no esperemos la luz del día de mañana, ¡porque Dios la convertirá en sombra de muerte! ¡Ahora es el momento de despertar del sueño! No esperemos un momento para reaccionar y darle gloria a nuestro Dios. Dejemos a un lado las obras de las tinieblas y vistámonos con las armas de la luz. Caminemos honestamente como a plena luz del día (Romanos 13:11-14). Así no cambiaremos la gracia de Dios en disolución ni negaremos a nuestro único Maestro y Señor Jesucristo (Judas 4).

Que su voz nos despierte.

Que su sangre nos santifique.

Que su amor nos abrace.

Que su gloria nos una para su regreso.

Porque el regreso de Jesucristo es sin duda la verdad más capaz de despertar nuestras conciencias hoy, de santificar cada hora de nuestra vida, de consagrar incesantemente a nuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia y de unir sin demora nuestros corazones en el amor de Jesús, el único que permanece.

"La mañana viene y después la noche..." (Isaías 21:12).

El tiempo de nuestro testimonio es corto

En todos los países, de un confín del mundo a otro, hombres de todas las razas y de todas las religiones esperan, sin definirlo realmente, algo extraordinario que debe trastocar el curso de la historia. Los cristianos conocemos este acontecimiento. Esta es la gran esperanza de la esposa de Cristo, que dice con el Espíritu: *¡Ven, Señor Jesús!* (Apocalipsis 22:20).

Centinelas vigilantes en la última vigilia de la noche, guardianes del buen depósito del Espíritu Santo que mora en nosotros, tenemos que dar gloria a Dios mientras esperamos la salida de la estrella de la mañana, la repentina venida de Jesús que llevará a los suyos con él, incluso antes de que amanezca. Antes de su regreso en gloria también aparecerá, en la mañana sin nubes, el sol de justicia que traerá a Israel, y a todo el mundo, la salvación bajo sus alas (Malaquías 4:2).

¡Preludio del gran amanecer, se acerca la partida de los hijos de Dios, cuyo reino no es de este mundo! Si no sabemos el día ni la hora, debe coincidir, sin embargo, con una agravación del mal en la tierra, con obstáculos cada vez mayores para los fieles. El testimonio de los cristianos genuinos deberá enfrentar cada vez más el escepticismo y la indiferencia de las masas, mientras esperan el clímax de la gran apostasía, el rechazo abierto de las verdades del cristianismo, la instauración de una nueva religión, del culto al hombre, que tendrá por seguidores a todos aquellos que no hayan tenido el amor de la verdad para ser salvos. Entonces creerán en una mentira, en un error actuando en ellos.

Será el pentecostés del Anticristo, del hombre de pecado. La aparición de este impío será posible por el poder de Satanás, con todo tipo de milagros, señales y prodigios mentirosos, y con todas las seducciones de la iniquidad para los que perecen. Dios envía este bautismo infernal, este poder del engaño, a todos aquellos que no han creído en la verdad, pero que se han complacido en la injusticia, para que sean condenados (2 Tesalonicenses 2:3-4, 10-12).

Ya hemos alcanzado el *tiempo cuando no soportarán la sana doctrina, sino que, por su ansia de oír, se buscarán maestros conforme a sus propias pasiones, cerrarán sus oídos a la verdad y se volverán a las fábulas* (2 Timoteo 4:3-4). La Biblia nos advierte que no avanzamos hacia la cristianización de los pueblos, sino hacia la apostasía del cristianismo. Las buenas nuevas del Reino, que deben predicarse en todo el mundo antes de que venga el fin, no convierten a las personas,

sino que deben servir como testimonio a todas las naciones.

Desde el rechazo de Cristo, el mundo ya juzgado no encuentra la luz; va hacia la sombra de la muerte, hacia los grandes juicios apocalípticos que serán acordes con sus iniquidades. Antes de que Cristo aparezca con sus santos glorificados, la Biblia nos enseña que la noche se volverá más oscura, y los pies de los que predicán las buenas nuevas chocarán cada vez más contra esa noche creciente.

El crepúsculo desciende sobre el mundo y, en la oscuridad que lo invade por todos lados, vemos perfilarse en el cielo inmóvil las montañas de la duda, el error, la mentira, la incredulidad, el odio, la desesperación, la muerte. Estas son las montañas de la noche; de la noche en la que nadie puede trabajar.

Mientras que en tiempos menos ilustrados, cuando el progreso, la comodidad y la técnica no eran lo que son hoy en día, una fe muy simple, tan grande como un grano de mostaza, era suficiente para arrojar estas montañas al mar; en el día en que aumenta el conocimiento y cuando la verdadera fe desaparece de la tierra, las montañas de la noche surgen de la agitación de los pueblos como olas del mar (Isaías 57:20).

Las Escrituras no nos permiten ignorar en qué momento estamos. Mucho antes del diluvio, Enoc, el séptimo desde Adán, describió el tiempo de la venida de Cristo en estos términos:

¡Mirad!, el Señor viene con sus miríadas de santos, para hacer juicio contra todos y condenar a todos los impíos por todas sus malas obras que infielmente han cometido, y por todas las palabras duras que los pecadores infieles han hablado contra él. Éstos individuos son murmuradores, se quejan por todo y solo buscan satisfacer sus propios deseos; hablan con arrogancia y también adulan a los demás para sacar provecho (Judas 14-16).

A la luz de las declaraciones apostólicas, podemos entender sin dificultad que hemos llegado a esa época llamada los últimos tiempos. Veamos lo que Pablo dijo a Timoteo:

También debes saber que en los últimos tiempos vendrán momentos difíciles, y que habrá hombres egoístas, amantes del dinero, orgullosos, altivos, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impuros, insensibles, implacables, calumniadores, sin dominio propio, salvajes, enemigos de lo bueno, traidores, impetuosos, engreídos, amantes de los deleites más que de Dios, que parecerán piadosos, pero negarán la eficacia de la piedad. A estos, evítalos (2 Timoteo 3:1-5).

Pedro quiere despertar la sana inteligencia de sus lectores a través de advertencias, para que recuerden:

... las palabras que antes han sido dichas por los santos profetas, y del mandamiento del Señor y Salvador dado por vuestros apóstoles. Sabed ante todo que en los últimos días vendrán charlatanes, que viviran de acuerdo a sus propios malos deseos y dirán: ¿Dónde está la promesa de su regreso? Porque desde el día en que los padres murieron, todo sigue igual que al principio de la creación (2 Pedro 3:2-4).

Y también Judas escribió:

Pero vosotros, amados, recordad las palabras que os dijeron los apóstoles de nuestro Señor Jesucristo. Ellos os decían: En los últimos tiempos habrá burladores que vivirán según sus malvados deseos. Estos son los que causan divisiones, viven según sus propios instintos y no tienen al Espíritu (Judas 17-19).

Por tanto, está claro que en los últimos días las tres virtudes cristianas tenderán a desaparecer de la tierra. Por supuesto, todavía habrá muchas obras, pero poca fe sincera... *Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?* (Lucas 18:8).

Veremos mucho trabajo, pero poco amor real, porque *en muchos se enfriará el amor por haberse multiplicado la maldad* (Mateo 24:12). Habrá muchas esperanzas, pero poca esperanza viva: *¿Dónde está la promesa de su regreso?* (2 Pedro 3:4).

Jesús mismo declaró que el día en que aparezca el Hijo del Hombre, será como en los días de Noé y de Lot (Lucas 17:26-30).

La época de Noé fue la de las alianzas monstruosas, donde gigantes, hombres famosos caminaron por la tierra. Fue una época de prosperidad en la que los hombres comían, bebían y se casaban y se daban en casamiento. Pero la violencia y la corrupción estaban en la tierra y Dios vio que la maldad de los hombres era grande, y que todos los pensamientos de sus corazones se volvían todos los días hacia el mal.

Asimismo, en los días de Lot, los hombres comían, bebían, compraban, plantaban, edificaban... Pero el pecado de Sodoma y Gomorra había aumentado y clamaba al cielo. ¿Cuál fue el pecado de Sodoma? El mismo Señor nos lo dice por boca de Ezequiel: *soberbia, pan de sobra y abundancia de ocio tuvieron ella y sus hijas; y no fortaleció la mano del afligido y del necesitado. Se llenaron de soberbia e hicieron abominación delante de mí, y cuando lo vi las quité de en medio* (Ezequiel 16:49-50).

Tenemos también la palabra profética más segura, a la cual hacéis bien en estar atentos como a una antorcha que alumbra en lugar oscuro,

hasta que despunte el día y el lucero de la mañana amanezca en vuestros corazones (2 Pedro 1:19).

Estamos en la noche, la última noche en la historia del mundo dominado por Satanás. Una noche muy parecida a la que vivió Daniel en los días del hijo de Nabucodonosor. Con sus nobles, sus esposas y sus concubinas, el rey bebía vino en los vasos de oro y plata sacados del templo de Dios en Jerusalén, alabando a los dioses de oro, plata y bronce, hierro, madera y piedra (Daniel capítulo 5). De hecho, no hay día en que Satanás, el príncipe de este mundo, no ofrezca una verdadera fiesta de Belsasar a una multitud de invitados.

Testigos del Dios santo en tierra extranjera, como Daniel, vivimos hoy la noche de todas las profanaciones, la noche en que las llamadas naciones cristianas alaban a los dioses falsos del presente siglo, mientras beben de la copa del Señor. Es la noche de la gran mezcla, de todas las asociaciones, de todos los compromisos. La noche de todos los abandonos y todas las locuras. La noche que termina en ruina repentina, a la sombra de la muerte, mientras decimos: *Paz y seguridad* (1 Tesalonicenses 5:3a).

Es la noche en que los sabios y los grandes de este mundo vagan sin conocer las Escrituras ni el poder de Dios. La noche en que los líderes espirituales que se han vuelto ciegos y los líderes de los ciegos no saben descifrar las terribles palabras que una mano invisible escribe en los muros de nuestras ciudades.

Solo el hombre fiel que vive con Dios, cerca de Dios y en Dios, puede leer hoy la Escritura divinamente inspirada y afirmar que habla del fin de una era, de la amenaza para aquellos cuyo tiempo está contado y que pesados en la balanza de Dios se encontraron faltos.

En aquella noche, en Babilonia, Daniel no pudo hacer nada más que ser testigo de su Dios entre aquella gente impía. Desde el día en que decidió en su corazón que no se contaminaría con los manjares del rey, su testimonio había dejado en quienes lo conocieron el recuerdo de un hombre en quien vivía el espíritu de los dioses, y habitaba en él una luz extraordinaria, la inteligencia y la sabiduría de un hombre capaz de explicar enigmas y resolver problemas difíciles.

Rechazando los honores, los dones y los presentes del mundo, Daniel anunció al rey lo que las Escrituras dicen a todos aquellos que no han glorificado al Dios que tiene en su mano su aliento y todos sus caminos. Hoy el Espíritu Santo nos suplica ante Dios y ante Jesucristo, que ha de juzgar a vivos y muertos, y en nombre de su venida y de su reino, a predicar la Palabra, insistiendo en todas las ocasiones, favorables o no, reprendiendo, censurando, exhortando e instruyendo (2 Timoteo 4:1-2).

El tiempo de nuestro testimonio es corto... *el que ha de venir vendrá, y no tardará...* (Hebreos 10:37). Su venida es tan cierta como la del amanecer (ver Oseas 6:3). Sus juicios son tan seguros como la noche (ver Isaías 21:12).

Noé tuvo 120 años para advertir, en el espíritu de Cristo, a sus contemporáneos incrédulos sobre las cosas que iban a suceder. La paciencia de Dios se prolongó durante la construcción del arca (Génesis 6:3, 1 Pedro 3:20).

El justo Lot, que vivía en Sodoma y estaba profundamente entristecido por la conducta de estos hombres sin freno en su disolución, solo tuvo una noche para advertir a sus yernos del juicio que estaba por llegar a la ciudad. Demasiado comprometido en los asuntos de Sodoma, atormentaba diariamente su alma a causa de lo que veía y oía de las maldades de los habitantes de la ciudad (Génesis 19, 2 Pedro 2:7).

Daniel en Babilonia solo tuvo una hora para contarle a Belsasar y sus invitados sobre la ruina del imperio de Nabucodonosor. Su reino sería dividido y entregado a los medos y los persas.

Para nosotros, que sabemos que ha comenzado la última hora desde el rechazo de Jesucristo, y que sabemos que el Anticristo viene (1 Juan 2:18), solo nos quedan unos minutos para dar testimonio en este mundo y dar gloria a nuestro Dios.

¿No reaccionaremos los que decimos que conocemos al Señor? ¿No queremos considerar desde la óptica de la eternidad el tiempo que nos queda aquí abajo? Si, preocupados por las cosas de la tierra, por nuestra situación en el mundo, queremos brillar bajo el cielo de Satanás, nuestro resplandor durará sólo el tiempo de esas estrellas errantes a las que está reservada la oscuridad de las tinieblas para la eternidad.

Si, por el contrario, las cosas de arriba se han apoderado de nuestra mente y de nuestro corazón, olvidándonos de nosotros mismos, viviremos para la salvación de los demás, para enseñar justicia a la multitud. Entonces en la resurrección brillaremos como el esplendor del cielo, como las estrellas, por los siglos de los siglos (Daniel 12:3).

Escuchemos finalmente la advertencia del Señor:

Evitad también que vuestros corazones se carguen de glotonería, de embriaguez y de las preocupaciones de esta vida, y por sorpresa venga sobre vosotros aquel día. Porque como un lazo caerá sobre todos los que habitan sobre la faz de la tierra. Vigilad, pues, orando en todo tiempo para que consigáis escapar de lo que va a suceder y podáis manteneros en pie delante del Hijo del Hombre (Lucas 21:34-36).

El anhelo más profundo del corazón humano es conocer y disfrutar la gloria de Dios. Fuimos hechos para esto.

John Piper

¿Qué sucederá si no escuchamos?

Los cristianos de Roma sabían en que tiempo vivían (Romanos 13:11). Y nosotros, hoy, ¿sabemos en qué tiempo estamos?

En todo lo precedente, hemos buscado situar en las Escrituras el tiempo en que vivimos. Por la enseñanza de Jesús, los apóstoles y los profetas hemos podido hacer balance y ver que hemos llegado al final de los siglos, los tiempos desafortunados de los últimos días, los últimos minutos de la última hora. Hemos llegado a la era cercana a la venida del Hijo del Hombre, el fin de la era de la gracia y la paciencia de Dios. Nos acercamos al final de la bendita economía de la fe, donde el hombre fue llamado a creer sin ver. Pronto el mundo tendrá que creer ante la evidencia, cuando Dios salga de su silencio para sacudir, según su promesa, no solo la tierra, sino también el cielo:

Su voz conmovió entonces la tierra, pero ahora ha prometido: Una vez más conmoveré no solamente la tierra, sino también el cielo (Hebreos 12:26).

Sin embargo, no es raro que se nos diga obstinadamente: *No seáis pesimistas. Los tiempos de hoy no son peores de lo que solían ser. Hubo muchas horas oscuras en la historia de la humanidad, en las que el estado moral del mundo fue quizás peor que el actual. Los hombres de nuestra generación no son ni mejores ni peores que los contemporáneos de Noé o Lot, que los cananeos que ofrecían a sus hijos a Moloc, o que los israelitas infieles en ciertos momentos de su existencia nacional. Estamos atravesando una crisis, pero saldremos bien de ella porque, bendito sea Dios, no faltan hombres de buena voluntad en la tierra, y la mayoría de la gente desea la paz.*

Ciertamente, siempre ha habido gente orgullosa, egoísta, cruel, que no ama el bien, más amiga de los placeres que amigos de Dios. La corrupción y la violencia han habitado durante mucho tiempo nuestro planeta, y las abominaciones de nuestra generación ya se cometieron en los días de Noé, en los días de Lot, entre los cananeos e incluso entre el pueblo elegido. A decir verdad, en cuanto a los vicios, no hay nada nuevo bajo el sol. El que lee las Escrituras no tiene dificultad en reconocer que los pecados a los que los hombres se entregan hoy, son los mismos que los practicados por los paganos y los impíos de todos los tiempos.

Pero sí admitimos que en el siglo XX, a pesar de la ilustración del cristianismo y el progreso científico, se practican abominaciones similares a las de la era an-

tediluviana. Si aún hoy podemos ver que la prosperidad material va de la mano de la corrupción y la violencia; el orgullo, la abundancia de pan y la seguridad despreocupada conviven con la más negra pobreza, miseria y angustia; mientras que de arriba abajo de la escala social los hombres se dejan llevar por las pasiones más bajas. Entonces se impone en nuestra mente una pregunta crucial: ¿Qué pasará con los hombres que viven así? El juicio de Dios vendrá sobre ellos. Este es el testimonio formal de la Sagrada Escritura.

Leemos en la epístola a los Romanos que *la ira de Dios se revela desde el cielo contra toda impiedad e injusticia de quienes injustamente retienen la verdad* (Romanos 1:18). Si los hombres de nuestra generación no se apartan de sus caminos, infaliblemente se entregarán cada vez más a sus concupiscencias, a sus pasiones infames, a sus deseos reprobados para, finalmente recibir el castigo de una ruina eterna, lejos del rostro del Señor y la gloria de su poder. Es el castigo que el Todopoderoso reserva para los que no conocen a Dios y no obedecen el evangelio de nuestro Señor Jesucristo (2 Tesalonicenses 1:8-9).

La historia de la humanidad está jalonada de ejemplos aterradores, y el recuerdo de los terribles juicios que cayeron sobre los malvados de antaño debería hacernos reflexionar.

Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que los arrojó a los abismos de las tinieblas y los reserva para el juicio. Si no perdonó al viejo mundo en los días de Noé. Si condenó a la destrucción y redujo a cenizas las ciudades de Sodoma y Gomorra, dándolas como ejemplo a los impíos por venir (2 Pedro 2:4-6). Si destruyó con guerra y a filo de espada a los cananeos que se volvieron abominables a sus ojos (Éxodo 34:10-12). Si permitió que su pueblo Israel fuera llevado cautivo para castigarlo por sus rebeliones, por su abandono y por todas sus abominaciones. ¿Cómo perdonará a nuestra generación impía y burlona de hoy, y a las naciones que todavía mencionan el nombre de Jesucristo, mientras lo niegan por sus obras?

En todo momento las mismas causas producen los mismos efectos. Incluso si el juicio se ejecuta de manera diferente, la condenación es la misma para todos, porque la paga del pecado es la muerte. La Palabra de Dios no miente. Sus advertencias son claras y sus testimonios seguros. En los días de Noé, el diluvio cayó sobre un mundo de gente impía y los destruyó a todos. En los días de Lot, el fuego del cielo y el azufre hicieron desaparecer las ciudades de la llanura. Cuando la iniquidad de los amorreos llegó a un punto crítico, Dios los destruyó con la espada de Israel. El recuerdo del terrible juicio que tuvieron que infligir a las naciones corruptas de Canaán debería haber evitado que el pueblo elegido cayera en los mismos excesos.

Tristemente los hijos de aquellos que fueron empleados para ejecutar los castigos de un Dios Santo en la tierra de Canaán, adoptaron las mismas costumbres.

Cayeron en abominaciones aún mayores que las del pueblo que sus padres no habían querido destruir por completo. Así hicieron caer sobre Israel las grandes plagas de Dios: espada, hambre, fieras y pestilencia (Ezequiel 5:5-17). Entonces conocieron la completa ocupación de su país por los caldeos, y finalmente fueron deportados a Babilonia. (Jeremías 25:8-11, Lamentaciones cap. 1, Salmo 137). Cuando el asirio, vara de la ira de Dios, se levantó a su vez contra el Señor y profanó los vasos de la casa del Señor, llegó pronto a su fin, y el reino de Belsasar pasó a los medos y persas.

Finalmente, al comienzo de nuestra era, cuando los descendientes de los judíos que habían regresado del cautiverio colmaron la medida de sus padres al entregar al Hijo de Dios para ser crucificado, su castigo no se retrasó. En el año 70, como Jesús había anunciado con lágrimas, Jerusalén fue tomada y destruida por los romanos. ¿Por qué razón y en virtud de qué ley se salvarían hoy las mal llamadas naciones cristianas?

Ciertamente, Dios preservó a Noé de las inundaciones del diluvio. Libró a Lot de la destrucción de Sodoma. Salvó a Raab, la cananea, de morir a filo de espada. Conservó un remanente de su pueblo entre las naciones. Asimismo, el Dios vivo y verdadero sabrá librar de la ira venidera a todos los que lo aman y le sirven mientras esperan el regreso de su Hijo. Estamos seguros de que el Señor guardará de la hora de la prueba que está por llegar sobre toda la tierra habitada, a todos aquellos que han guardado la Palabra de su paciencia. Porque *sabe el Señor librar de tentación a los piadosos, y reservar a los injustos para ser castigados en el día del juicio* (2 Pedro 2:9).

Sin embargo, se nos advierte que el juicio debe comenzar con la casa de Dios. Y estamos en ese momento. Sabiendo que la carne y la sangre no heredarán el Reino de Dios, no debería extrañarnos que Dios nos pase por el horno para probarnos y purificarnos (1 Pedro 4:12,18). Aquellos que han de ser llevados al cielo, y que serán considerados dignos de escapar de todas las cosas que sucederán en la tierra, deben reflejar cada vez más los caracteres celestiales y seguir los caminos que agradan a Dios.

Los verdaderos cristianos deben manifestarse, porque hoy muchos hombres que dicen ser cristianos caminan como enemigos de la cruz de Cristo. Sus pensamientos, sus palabras y sus obras demuestran que no sienten simpatía por esta cruz, que destruye sus pretensiones, anula su sabiduría y su entendimiento, y destruye el poder de la carne (1 Corintios 1:17-31).

Su vida no revela al mundo que su ciudadanía está en los cielos, donde Cristo está sentado a la diestra de Dios. Preocupados por las cosas terrenales, aspiran a lo alto del mundo y ya no se dejan atraer por lo humilde. Habiendo perdido el carácter de forasteros y peregrinos en la tierra, se ajustan cada vez más al siglo

actual y ya no se abstienen de los deseos carnales que hacen la guerra al alma (1 Pedro 2:11).

Pero Dios conoce a los que le pertenecen y quiere despertar a los suyos, para que todos los que invocan el nombre del Señor abandonen toda iniquidad. Por eso, mientras la Iglesia, el cuerpo de Cristo, esté en la tierra, todos los juicios que caen sobre este mundo están destinados sobre todo a hablar a los cristianos. Hoy en día, con demasiada frecuencia, escuchamos a los cristianos comentar sobre tales sucesos diciendo: Dios habla al mundo. Ciertamente Dios habla al mundo, pero sobre todo habla a las personas de su casa, para despertarlas, santificarlas, consagrarlas y unir las para llevarlas a sí y asociarlas a su reino.

Demasiadas cosas han atado nuestros corazones a la tierra y han enfriado nuestro primer amor. Demasiadas facilidades han hecho que muchos pierdan interés en las cosas que están arriba. En verdad, muchos todavía creen en las doctrinas bíblicas, pero experimentan poco placer real, aparte de las satisfacciones de la vida presente. Entonces el Señor nos despoja de los bienes que nos había confiado. Nos hace pasar por el fuego no para consumirnos, sino para purificarnos y liberarnos de nuestras ataduras. Nos lleva a través de los ríos, pero evita que seamos sumergidos. Nos coloca en medio de grandes aguas donde nadie puede ayudarnos, y así nos lleva a experimentar que solo él está con nosotros y que dependemos solo de él (Isaías 43:1-5).

Hoy, la situación de los cristianos en este mundo es muy similar a la de Jonás durmiendo en la bodega de un barco en peligro. Mientras en cubierta los hombres que no conocían al Dios verdadero intentaban por todos los medios salvar el barco y sus propias vidas, Jonás, que había pagado el precio de su pasaje, dormía.

¿No es así como muchos cristianos, bien instalados en un mundo que va a la deriva, duermen en la almohada de su pequeña salvación, sin preocuparse mucho por las multitudes que perecen? Quizás estén soñando, dormidos, con los mejores medios de alcanzar y salvar a los perdidos. Pero, en el barco que se va a hundir, todavía están durmiendo, ¡siempre duermen!

¿Será necesario que los paganos nos despierten, que los impíos nos acusen para que, volviendo a nosotros mismos, clamemos, como Jonás: *—Tomadme y echadme al mar, y el mar se calmará* (Jonás 1:12). Fue por este sacrificio, por esta abnegación, que Jonás salvó a los marineros en peligro y los llevó al conocimiento del Dios verdadero. Incluso hoy, para evangelizar el mundo, el medio más eficaz está al alcance de todo cristiano. Que renuncie a sí mismo cada día, a su propia vida, siempre teniendo en cuenta la salvación de los demás. Entonces se salvará a sí mismo y salvará a los que le escuchan.

Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues al hacer esto te salvarás a ti mismo y a los que te escuchen (1 Timoteo 4:16).

Pero, ¿qué les pasará a los creyentes si no se despiertan del sueño y se arrepienten de su tibieza para caminar juntos y dar gloria a Dios mientras sea el momento adecuado? Dios, que es amor, nos advierte con lágrimas que tendrá que golpearnos más severamente.

¿Esperaremos hasta que seamos privados de nuestras ocupaciones terrenales, para que nuestro corazón se encargue de las cosas de arriba? ¿Esperaremos para caminar en santidad a que el mundo se separe de nosotros, que ya no quiera saber nada de nosotros? ¿Esperaremos hasta el momento en que todos los verdaderos cristianos sean encarcelados, para que los hermanos en la fe se encuentren, aprendan a conocerse y amarse, preparándose juntos para el martirio?

En los días de Jeremías, como en los días de Jesús, las lágrimas del Señor no podían doblar corazones indiferentes y rebeldes, y Dios tuvo que levantarse, como lo hace ahora, para hacer su obra extraña, su obra inusual (Isaías 28:21).

Porque como dice la Escritura:

¿Acaso quiero yo la muerte del impío?, dice el Señor. ¿No vivirá si se aparta de sus malos caminos? (Ezequiel 18:23).

Pues [Dios] no se complace en afligir o entristecer a los hijos de los hombres (Lamentaciones 3:33).

Porque el Señor disciplina al que ama, y castiga a todo el que recibe por hijo (Hebreos 12:6).

Que Dios, por tanto, renueve en sus redimidos el testimonio de Jesús, de aquel que pronto arrebatará de la tierra a todos los que esperan en él, a todos los que, teniendo esta esperanza en ellos, se purifican como él es puro. Porque la ira de Dios se ha acumulado sobre el mundo y sobre la cristiandad que ha cometido tantas abominaciones en el nombre del Señor.

Cuando pensamos que lo que todavía se llama "Iglesia" patrocinó las Cruzadas, los horrores de la Inquisición y que, más cerca en el tiempo, miles de bautizados *en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo* exterminaron seis millones de judíos en las cámaras de gas y los crematorios¹... ¡nos quedamos horrorizados!

¿Qué pasará con estas personas que han conocido la verdad pero no la amaron y que continúan desobedeciendo el evangelio del Hijo de Dios? Un poder engañoso vendrá sobre ellos para que crean en la mentira (2 Tesalonicenses 2:7-12), hasta que el cielo se abra y aparezca aquel que se llama Fiel y Verdadero sobre un caballo blanco.

De su boca sale una espada afilada para herir a las naciones. Los ejércitos que están en el cielo le seguirán y estarán asociados con el establecimiento del Reino de aquel cuyo nombre es el Verbo de Dios (Apocalipsis 19:11-21).

No son las bombas atómicas ni las nuevas armas de destrucción masiva de nuestro tiempo lo que los hombres deben temer. Es una piedra, desprendida sin la ayuda de una mano, que romperá el hierro, el bronce, el barro, la plata y el oro de nuestra época idólatra (Daniel 2:45). Es la intervención directa y repentina de los ejércitos de otro mundo, liderados por aquel que fue crucificado en la tierra y a quien han negado muchos de los que pretendían ser de él.

Poco importa que el mundo sepa si otros planetas están habitados. Lo que todos deben saber es que el cielo está poblado de innumerables ejércitos y su jefe reinará (Salmo 2). Porque *es preciso que él reine hasta que haya puesto a todos sus enemigos debajo de sus pies* (1 Corintios 15:25).

*Sabiendo estas cosas "ciertas y verdaderas",
démosle gloria al Señor nuestro Dios.
Redimamos el tiempo
y huyamos de la ira venidera.*

Solo a Dios la gloria

1 ► El Holocausto fue el asesinato de millones de judíos y de otras personas a manos de los nazis y sus colaboradores durante la Segunda Guerra Mundial. Se calcula el número total de asesinados durante el Holocausto en 17 millones: 6 millones de judíos y otros 11 millones entre civiles soviéticos, polacos, prisioneros de guerra, discapacitados, etc., aunque el número real se desconoce por falta de documentación fiable.

Los cielos cuentan la gloria de Dios, y el firmamento anuncia la obra de sus manos. Un día emite palabra a otro día, y una noche a otra noche declara sabiduría.

Salmo 19:1-2

... al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea el honor y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

1 Timoteo 1:17

Al que nos ama [Cristo], nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre y nos hizo reyes y sacerdotes para Dios, su Padre, a él sea gloria e imperio para siempre jamás. Amén.

Apocalipsis 1:5b-6

¿Es Dios responsable del pecado?
Primera edición: marzo 2020

¿Es Dios responsable del pecado?



Por la obra de Cristo, nuestros pecados ya no pueden ser utilizados en contra nuestra.

José de Segovia

¿Es Dios responsable del pecado?

Introducción

¿Es Dios responsable del pecado?

Antes de responder a esta grave cuestión es necesario considerar primero las diferentes actitudes que el hombre puede tomar respecto al pecado.

... por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios.

Romanos 3:23

Actitudes ante el pecado

Negar el pecado

Sabido es que existe toda una categoría de personas que niegan pura y simplemente el pecado. A sus ojos el pecado no es una realidad; no sería más que una invención de sacerdotes y pastores, la explotación del trastorno de una conciencia demasiado sensible o de un sentimiento de culpabilidad provocado por el conocimiento de una ley, de la cual no se puede probar su origen divino, trascendente.

Si para el creyente, negar el pecado es negar la realidad, hay que reconocer que el pecado solo es una evidencia para los que admiten una revelación de parte de Dios; que creen que Dios ha hablado, que conocen sus declaraciones y que le temen.

Pero hoy, el temor de Dios es un bien escaso, y asistimos a una prodigiosa alteración de los valores morales. La noción del bien y del mal tiende a perderse más y más, así como se desmorona la noción del castigo eterno.

Paralelamente, a causa del progreso de la técnica y de la ciencia, se busca suprimir lo que, en lenguaje religioso, se llama las consecuencias del pecado: desde la maldición a la tierra hasta el trabajo con dolor, desde los sufrimientos de la mujer embarazada hasta la enfermedad y la muerte:

A la mujer dijo [Dios]: —Multiplicaré en gran manera los dolores en tus embarazos; con dolor darás a luz los hijos, y tu deseo será para tu marido y él te dominará. Y al hombre dijo [Dios]: —Por cuanto le hiciste caso a tu mujer y has comido del árbol del que te prohibí comer, la tierra va a ser maldita por tu culpa; con fatiga sacarás de ella tu alimento todos los días de tu vida; espinos y cardos te producirá y comerás hierba del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres y al polvo volverás (Génesis 3:16-19).

Sin embargo, a pesar del progreso, la humanidad se encuentra, más que nunca, sumergida en la angustia, el miedo y el dolor, y los que se obstinan en negar la existencia del pecado viven en una ilusión y no tienen una respuesta sensata al problema del sufrimiento y la muerte.

Porque perdonaré la maldad de ellos y no me acordaré más de su pecado.

Jeremías 31:34b

Actitudes ante el pecado

Olvidar el pecado

No pudiendo negar razonablemente la existencia del pecado, encontramos una gran multitud de personas que buscan olvidarlo.

Para ellos es una realidad, pero se esfuerzan en ignorarlo. El rey David, y antes que él los hermanos de José, creyeron que era posible olvidar sus faltas y conservar la apariencia de personas honestas, aunque uno era un adúltero y criminal y los otros habían vendido a su hermano y cubierto su ignominia con una mentira (La historia de David se narra en el primer libro de Samuel, capítulos 11 y 12. La historia de José se encuentra en el libro de Génesis capítulo 37).

¿Olvidar el pecado? Vana tentativa, ya que Dios se acuerda de él y, en su momento, se lo recuerda a los hombres:

Pero si no lo hacéis así, entonces habréis pecado ante el Señor, y sabed que vuestro pecado os alcanzará (Números 32:23).

*El que oculta sus pecados no prosperará,
pero el que los confiesa y se aparta de ellos,
alcanzará misericordia.*

Proverbios 28:13

Actitudes ante el pecado

Esconder el pecado

También hay personas que tratan de esconder su pecado. Desde Adán el hombre cree poder cubrir sus transgresiones, maquillar sus faltas.

Inútil tentativa, ya que Dios descubre el pecado, ya sea de un Adán, que desobedeció a Dios (Génesis, capítulo 3); un Acán, jefe de una familia israelita y soldado de Josué, que cogió un botín de guerra en contra de las instrucciones divinas (Josué, capítulo 7); de un Saúl, rey con un corazón carnal (1 Samuel, capítulo 15) o de un David, rey y salmista de Israel, adúltero y homicida (2 Samuel, capítulos 11 y 12).

Dios no hace acepción de personas:

Porque el Señor, vuestro Dios, es Dios de dioses y Señor de señores, Dios grande, poderoso y temible, que no hace acepción de personas, ni recibe sobornos, que hace justicia al huérfano y a la viuda, que ama también al extranjero y le da pan y vestido (Deuteronomio 10:17-18).

Los necios se burlan del pecado...

Proverbios 14:9a

Actitudes ante el pecado

Detener las consecuencias

Encontramos aún personas que tratan de detener las consecuencias del pecado. No pudiendo olvidar, negar, o esconder su falta, el hombre busca, como Judas, prevenir las trágicas consecuencias del pecado:

Judas, el que lo había entregado, viendo que era condenado, devolvió arrepentido las treinta piezas de plata a los principales sacerdotes y a los ancianos, y les dijo: —Yo he pecado entregando sangre inocente. Pero ellos contestaron: —¿Qué nos importa a nosotros? ¡Allá tú! Judas, entonces, arrojó las piezas de plata en el templo, salió y se ahorcó. (Mateo 27:3-5).

Su esfuerzo es estéril porque el pecado ya consumado produce su fruto de muerte. Tarde o temprano, cada pecado produce la muerte:

Porque la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23).

Si nos diéramos verdadera cuenta de esta verdad, le tendríamos horror al mal.

*¿Cuántos son mis pecados e iniquidades?
Hazme entender mi transgresión y mi pecado*

Job 13:23

Actitudes ante el pecado

Reparar el pecado

El ser humano intenta por tanto reparar el pecado. La falta cometida ha perjudicado a nuestros semejantes. La gloria de Dios ha sido pisoteada. ¿Podrán nuestras obras modificar algo la situación? ¿Que penitencia tendrá el poder de hacer blanco lo negro?

Por desgracia la reparación ofrecida por los hombres no suprime el pecado:

... ninguno de ellos podrá, en manera alguna, redimir al hermano ni pagar a Dios su rescate (pues la redención de su vida es de tan alto precio que no se logrará jamás) (Salmo 49:7-8).

El hombre intenta entonces sacudirse la dominación del pecado. Una vez reconocida la gravedad del mismo, decide que no pecará más. ¡Vana tentativa! El pecado es obstinado. Corrompe a todos los hombres y corrompe todo en el hombre. Le domina en todos los aspectos.

A pesar de todos los esfuerzos sinceros del hombre, el pecado triunfa sobre el mismo y mantiene todo su poder, conduciendo al desaliento y al endurecimiento.

Jesús replicó: —Os aseguro que todo el que comete pecado es esclavo del pecado.

Juan 8:34

Actitudes ante el pecado

Jactarse del pecado

Es entonces cuando el hombre puede tener la tentación de tomar partido por el pecado. No solamente lo excusa sino que además se jacta de ello. Lo presenta en vivos colores. No le es pecado el alimento de sus pasiones del cuerpo. Dice el hombre entonces, ya que no puedo luchar, voy a decantarme por el mal y lo voy a cometer a la perfección. Ese es el carácter que toma el pecado al final de cierto tiempo y que apela al súbito juicio de Dios.

Recordemos los tiempos de Noé, cuando la violencia y la corrupción reinaban sobre la tierra. La vida, sin embargo, continuaba. Se comía, se bebía, se casaban y se daban en matrimonio y, súbitamente, el diluvio llegó y todos perecieron:

Como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del Hombre. Comían, bebían, se casaban y se daban en casamiento, hasta el día en que entró Noé en el arca y vino el diluvio y los destruyó a todos (Lucas 17:26-27).

En los días de Lot, las ciudades de Sodoma y Gomorra se habían convertido en antros de inmoralidad. El pecado de aquellas ciudades clamaba al cielo, Sin embargo la vida seguía su curso, se vendía, se compraba, se construía y, de repente, el fuego del cielo aniquiló aquellos pecadores:

Asimismo, como sucedió en los días de Lot, cuando comían, bebían, compraban, vendían, plantaban, edificaban; pero el día en que Lot salió de Sodoma, llovió del cielo fuego y azufre y los destruyó a todos. Así será el día en que el Hijo del Hombre se manifieste (Lucas 17:28-30).

Hoy la violencia y la corrupción reinan en todos los extremos de la escala social. En el mundo entero se presiente la catástrofe, pero en el fondo no se cree en ello... Y la vida continúa... Hasta que...

Por otro lado, incluso si reconocemos la gravedad del pecado del hombre, ¿no es acaso éste una criatura de Dios? Y, en definitiva, ¿no es Dios el responsable del pecado?

Dichoso aquel cuya transgresión ha sido perdonada y cubierto su pecado.

Salmo 32:1

Una grave cuestión

Este es el centro del asunto: **¿Es Dios responsable del pecado?**

Esta es la pregunta expuesta con total claridad. Y es lo suficientemente grave para merecer una respuesta.

¿A qué persona este problema no le ha preocupado, aunque haya sido una sola vez en la vida? Muchos son, por desgracia, los que en su ceguera y su locura han respondido afirmativamente a esta pregunta. Trágicamente desde que el hombre se separó de Dios, en rebelión contra él, jamás ha cesado de acusar a su creador.

No hay crimen, ignominia, injusticia, guerra, accidente, cataclismo del que no se haya acusado a Dios de ser su autor.

En tiempos de prosperidad no se cree en él. No importa a nadie. Aquellos que todavía creen en un Ser Supremo no piensan en buscarlo. La fe de muchos está en un segundo plano y, si aún no se han deshecho de ella, sin embargo Dios ha sido eliminado de la circulación:

Como está escrito: No hay justo, ni aun uno; no hay quien entienda, no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se hicieron inútiles; no hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno (Romanos 3:10-12).

*Mas él fue herido por nuestras rebeliones,
molido por nuestros pecados. Por darnos la paz,
cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos
nosotros curados.*

Isaías 53:5

Una hospitalidad dudosa

Por haberle construido catedrales, templos y capillas pensamos ser mas hospitalarios que el mesonero de Belén, que cerró su puerta al Dios que el mundo esperaba.

¡Hoy no está en la calle! Creyendo encontrar a Dios en las casas de piedra, muchos hombres y mujeres creen cumplir su deber hacia él visitándole cuando les parece... una vez por año, por mes, por semana, siguiendo sus costumbres o la disposición de un temperamento más o menos religioso.

Sin embargo, a pesar de estas formas exteriores, Dios ha sido prácticamente olvidado y no tiene lugar en el único templo que quiere habitar, donde quiere reinar siempre, en el corazón del hombre:

Dame, hijo mío, tu corazón y miren tus ojos mis caminos (Proverbios 23:26).

*Si yo no hubiese venido y les hubiera hablado,
tendrían excusa para su pecado; pero ahora no
la tienen.*

Juan 15:22

La ingratitud humana

Pero si viene la enfermedad, el luto o la desgracia, veremos a aquellos que nunca se han preocupado de agradecer a Dios los beneficios que recibieron de él, murmurar amargamente contra este Dios que no vio oportuno salvarlos para siempre.

Que surjan las dificultades materiales y la multitud de los que nunca han dado gracias por una comida, se levantará para maldecir a Dios y blasfemar, acusándolo de impotente y de maldad por no haber continuado asegurándoles el pan cotidiano.

Que una sequía, un huracán, destruyan o comprometan los cultivos, y todos los que jamás han bendecido a Dios por la lluvia y las estaciones fértiles acusarán, sin avergonzarse, al Señor de los elementos de querer su miseria y complacerse viendo su dolor.

Que estalle una guerra y veréis la multitud, que jamás ha alabado a Dios por los años de paz, levantar el puño hacia el cielo y hacer a Dios responsable de todas las atrocidades que los hombres cometen contra sus semejantes.

Mezclando la duda con sus acusaciones exclaman: ¿Si Dios existe, cómo puede permitir estas cosas? Demasiado orgullosos y cobardes para reconocer las consecuencias de su actitud y sus propias faltas, los hombres prefieren, como Pilato, lavarse las manos y hacer responsable de todo al autor de su vida.

*Y la Palabra se encarnó y habitó entre nosotros;
y vimos su gloria, la gloria que le corresponde como
Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.*

Juan 1:14

La respuesta de Dios

¡Ah, si le conocieran, si le preguntaran, en vez de hablar sin entender de las maravillas que les sobrepasan, que no conocen; se taparían la boca con la mano y se arrepentirían en el polvo y las cenizas.

Si quisieran escuchar, antes que discutir, recibirían entonces las respuestas del Todopoderoso y, lejos de maldecirle, le darían gloria.

Abandonarían sus prejuicios y aprenderían entonces en la Biblia, el libro en el que Dios habla, que el Creador no hizo al hombre para la desgracia y la vergüenza, sino para la felicidad y la gloria. Confusos reconocerían que la libertad que Dios les ha dado, creándolos a su imagen y semejanza, la emplearon para separarse de él, oponiéndose a su voluntad soberana, privándose así ellos mismos de la gloria de Dios.

A la luz de las Escrituras, y de los acontecimientos, confesarían que en el camino de la ciencia en el que se comprometieron, fuera del control de Dios, caminan siempre hacia la ruina y la muerte, incapaces de emplear la suma de sus conocimientos para hacer el bien, pero listos a utilizarlos para hacer el mal, sembrando así la desolación y la destrucción en sus vidas. Ellos, que se privaron voluntariamente de la fuente de la vida, se confesarían perdidos a causa de su propia culpa. No negarían más la existencia del pecado.

No buscarían olvidarlo, ni esconderlo ni detener o reparar sus trágicas consecuencias. No intentarían más vencerlo con sus propias fuerzas o, vencidos por él, ponerse de su lado y alardear de ello, sino que tomarían la única actitud justa frente al pecado, la única verdadera, la del hombre que ha recibido, por un lado, la revelación de la grandeza y la santidad de Dios y, también, la revelación de su propia miseria por la Palabra de Dios. Convencidos por el Espíritu Santo que todo pecado es una ofensa contra Dios, se arrepentirían y confesarían sus faltas.

Entonces Dios podría revelarles lo más conmovedor, el mensaje del evangelio, que no es un mensaje católico romano, ni ortodoxo griego, ni protestante, sino un mensaje católico, en el verdadero sentido de esta palabra, universal:

Porque no me avergüenzo del evangelio, pues es poder de Dios para la salvación de todo aquel que cree: en primer lugar para los judíos y también para los griegos. Porque en el evangelio, la justicia de Dios es reve-

lada por medio de la fe y para la fe, como está escrito: Mas el justo por la fe vivirá (Romanos 1:16-17).

El Dios santo, justo, el que ha sido ofendido, no ha querido imputar a los hombres sus faltas:

Porque ciertamente Dios estaba en Cristo reconciliando consigo al mundo, sin tomarles en cuenta sus pecados, y a nosotros nos encargó la palabra de la reconciliación. Así que, somos embajadores en nombre de Cristo, y como si Dios rogara por medio de nosotros, os rogamos en nombre de Cristo: Reconciliaos con Dios. Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que en él nosotros seamos hechos justicia de Dios (2 Corintios 5:19-21).

Él, que no debe nada a nadie, pero a quien todos debemos todo, aceptó, en su amor, tomar sobre sí la responsabilidad del pecado. Él, el ser sin pecado, quiso salvar a la humanidad culpable. Lejos de dejar que sus criaturas llevaran, separadas de él, el peso de su pecado, en un acto de amor mayor que el de la creación, Dios cumple para el hombre su redención y le ofrece su gracia:

Por tanto, del mismo modo en que el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a toda la humanidad, por cuanto todos pecaron. Antes de la ley ya había pecado en el mundo; pero como no había ley el pecado no se imputaba. No obstante, la muerte reinó desde Adán hasta Moisés, también sobre los que no habían pecado de un modo semejante a la rebelión de Adán, el cual es figura del que había de venir. Pero el don no fue como el delito, porque si por el delito de uno muchos murieron, la gracia y el don de Dios abundaron para muchos por la gracia de un hombre, Jesucristo. Y con el don no sucede como en el caso de uno que pecó, porque por un lado el juicio vino a causa de uno que pecó para condenación, pero por otro lado la gracia vino a causa de muchos delitos para justificación. Pues, si por un delito reinó la muerte, por causa de uno, mucho más reinarán por medio de uno, Jesucristo, los que reciben la abundancia de la gracia y del don de la justicia. Así que, como por el delito de uno vino la condenación a toda la humanidad, de la misma manera por la justicia de uno vino a toda la humanidad, la justificación que produce vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán hechos justos. La ley, pues, se introdujo para que el pecado creciese; pero cuando el pecado creció, sobreabundó la gracia. Porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reine por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro (Romanos 5:12-21).

¿No lo entiendes? ¡Yo tampoco! Pero sé que es verdad y que aceptando el don de Dios en Cristo Jesús puedo tener el perdón de Dios, tener paz con Dios por la fe:

Ahora pues, justificados por la fe tenemos paz con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo. Por él también tenemos entrada por la fe a esta gracia en la cual estamos firmes, y nos enorgullecemos en la esperanza de la gloria de Dios (Romanos 5:1-2).

¿Sigues sin entenderlo? Es el insondable misterio del amor divino. Es el evangelio en su más absoluta pureza. Encarnándose en Jesucristo (Juan 1:14) Dios descendió en medio de los hombres, haciéndose cargo de todos sus sufrimientos. Asumió todos los crímenes de los que se le acusa, todas las iniquidades que cometen los hombres, y las expió ante los ojos de los verdaderos culpables en la cruz del Gólgota. Locura, dirán algunos. Sabiduría y poder de Dios, proclaman otros:

Porque verdaderamente, la palabra de la cruz es locura para los que se pierden; pero para los que se salvan, es decir, para nosotros, es poder de Dios, pues está escrito: Destruiré la sabiduría de los sabios y deshecharé la inteligencia de los inteligentes. ¿Dónde está el sabio? ¿Dónde está el escriba? ¿Dónde está el filósofo de este mundo? ¿Acaso Dios no ha enloquecido la sabiduría del mundo? En efecto, dado que el mundo, mediante su sabiduría, no reconoció a Dios a través de las obras que manifiestan la sabiduría divina, Dios tuvo a bien salvar a los creyentes por la locura de la predicación. Los judíos piden señales y los griegos buscan sabiduría, pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, que para los judíos ciertamente es un tropezadero, y para los gentiles es una locura. En cambio para los que Dios ha llamado, tanto judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios, porque la locura de Dios es más sabia que los seres humanos, y la debilidad de Dios es más fuerte que los seres humanos (1 Corintios 1:18-25).

De todos modos, ya no es del pecado que Dios hace al hombre responsable, sino del rechazo de su gracia y de su amor, revelados en tan grande salvación que él consiguió y que nos ofrece, no solamente la liberación de la pena del pecado, sino también la posibilidad de escapar al dominio del mismo, esperando ser liberados de la presencia del pecado cuando Cristo vuelva.

Por la obra de Cristo en la cruz, Dios ha justificado, ha hecho justicia, a todos los que estaban en su contra y se atrevieron a acusarle:

Pero ahora, aparte de la ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe

de Jesucristo, para todos y sobre todos los que creen en él. Porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios. Pero son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús. A él Dios lo puso como instrumento de perdón, por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados. Lo hizo así para manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús (Romanos 3:21-26).

Conclusión

¡Basta de acusar a Dios! Aprende a amar al que cargó sobre sí la responsabilidad del pecado. Aprende a amarlo creyendo en su Palabra.

Así que la fe proviene del oír, de escuchar la palabra de Dios (Romanos 10:17).

Guárdate de aquí en adelante de hablar ligeramente contra Dios que no solamente te lo ha dado todo, sino que él mismo se dio por ti, para salvarte de la muerte eterna.

Rechaza las conclusiones fáciles, pero vanas, de la incredulidad, y busca en Jesucristo, busca en la Biblia la respuesta a tus problemas.

No escuches a los que critican este libro, pretendiendo conocerlo, aunque a menudo ni lo tienen ni lo han leído jamás. No te detengas a causa de los que, habiéndolo leído, dicen no haberlo entendido:

En aquel tiempo, Jesús exclamó: —Te alabo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a los sabios y a los entendidos y las has revelado a los niños. Sí, Padre, porque así lo has querido (Mateo 11:25-26).

Recuerda que este libro permanece cerrado al espíritu profano y al corazón orgulloso.

Y, sobre todo, no imites a los que, leyendo la Biblia, descubren sus verdades pero no quieren someterse a ellas, prefiriendo hacer su propia interpretación o aislarlas y crear una filosofía o religión propias, que no ofrece nada a los demás y solo les satisface a ellos:

Tened cuidado de que nadie os seduzca por medio de filosofías y engaños infundados basados en tradiciones humanas y conforme a los elementos del mundo, y no según Cristo. Porque en él habita corporalmente toda la plenitud de la divinidad, y en él vosotros estáis completos, pues él es la cabeza de todo principado y potestad (Colosenses 2:8-10).

Lee con reverencia, perseverancia y fe. Lo que rechazabas ayer, porque no lo entendías, será para ti, a partir de hoy, y en adelante, un motivo de adoración y alabanza.

Mediocridad o santidad
Primera edición: octubre 2021

Mediocridad o santidad



Nota del editor

Esta obra de Gaston Racine es la transcripción de sus conferencias durante un campamento bíblico para jóvenes en el sur de Francia, el año 1954. Posteriormente, como el mismo autor explica, el texto fue reescrito y ampliado en 1971 dando lugar al formato definitivo que el lector tiene en sus manos.

El tema es de una actualidad e importancia capital en la vida cristiana y, aunque ya han pasado 50 años desde que fue escrito, sigue siendo vigente. Por ello, animamos a leer este libro sin prejuicios, con una mente abierta. El autor no inventa nada, sino que extrae toda su argumentación de las mismas Escrituras. De ahí el considerable número de citas bíblicas. Es por eso que recomendamos leer cada una de ellas tras la frase o párrafo en la que se encuentran. De esta forma la enseñanza es más clara y directa.

Barcelona, octubre 2021

A mi hijo Jean-Bernard
Gaston Racine (1971)

Nota del autor

"Mediocridad o santidad" es un tema que ha despertado la conciencia y ha hablado al corazón de muchos jóvenes reunidos en diferentes campamentos bíblicos, tanto en Francia como en Italia, entre los años 1950 y 1960, y en Canadá el año 1968.

Debido a la petición insistente de antiguos participantes en los campamentos, hoy en día adultos y padres y madres de familia, he retomado mis notas y he publicado durante el año 1970 lo esencial de mi exposición, de hace ya más de quince años, en el periódico francés *Servir en l'attendant* (Servir esperándole).

Aumentado con un prefacio que tuvo a bien escribir mi propio hijo, he revisado y desarrollado un poco más mi trabajo original, para permanecer al filo de la actualidad. Algunos lectores encontrarán, sin embargo, que no apporto nada nuevo a quienes buscan sentido en su vida y en las cosas que les rodean.

En tierras y seres trillados por la tecnología moderna, y en una época en la que la ciencia cree que podrá comprender y explicar todo muy pronto, salvo lo esencial; ¿no tenemos nada más que sembrar que el eterno grano de trigo? ¿Acaso hay otra semilla de vida? ¿Estamos seguros de que los problemas actuales son tan diferentes, en esencia, de los que tuvieron que resolver nuestros antepasados?

Jesús de Nazaret dijo un día a sus discípulos, y a algunos griegos que querían verle: *Ha llegado la hora para que el Hijo del Hombre sea glorificado. Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, seguirá siendo un único grano, pero si muere produce mucho fruto* (Juan 12:23-24).

Que Dios encuentre en nosotros un terreno favorable para sembrar su semilla en él, para que aun hoy podamos recibir su Palabra, oírla, entenderla y llevar fruto en este mundo que tanto amó.

Gaston Racine
Montreal (Canadá), febrero de 1971

Porque escrito está: Sed santos, porque yo soy santo.

1 Pedro 1:16

Prefacio

A pesar de los hábitos y la moda, todo el mundo sabe que los prefacios (de *proefari*: decir de antemano) suelen ser perfectamente inútiles. Qué decir entonces de un prefacio que en vez de ser hecho por un escritor, presentando la obra de un autor joven, está hecho por un joven lector presentando la obra de un escritor.

En realidad tiene más de testimonio que de prefacio. Hijo del autor, tengo treinta años en el momento de escribir estas líneas. Acabo de leer y releer el texto, que será ofrecido bien pronto a la atención de los lectores que tengan el privilegio de tener este libro entre sus manos. Pero hace ya más de quince años que, una tarde de Jueves Santo, en el sur de Francia, mientras participaba en un campamento bíblico de vacaciones, escuché este mismo mensaje del mismo predicador, el del evangelio, la buena noticia de la gracia de Dios en Jesucristo. Este mensaje me iba a llevar, a continuación, a la elección que da título a esta obra y de la que dependería el rumbo futuro de mi vida personal: *mediocridad o santidad*.

Dar testimonio de la importancia de este libro es, para mí, decir a su futuro lector que habiendo descubierto ante Dios mi estado de mediocridad y su significado profundo, el pecado, es decir lo que me impedía beneficiarme de la comunión con mi Creador, y habiendo creído lo que Dios dice sobre mí y su Hijo a través de su Palabra, descubrí, al mismo tiempo, el amor de su corazón y la eficacia y la totalidad de su perdón. Dar testimonio de la eficacia de la Palabra, predicada y recordada en este libro, es para mí decirle a quien lo lea que ha cambiado mi vida.

¿Los santos? Como dice el autor, de acuerdo con la revelación bíblica, no son otros que los pecadores que han aceptado la gracia de Dios. Son santos, sí, pero por el que vive en ellos, por la vida de la vid que fluye en los sarmientos. Y este Jesús, que dijo a sus discípulos: *Yo soy la vid; vosotros, los pámpanos* (Juan 15:5a), quiere vivir en todos los hombres, todas las mujeres y todos los hijos de esta tierra. Sin embargo, habiendo conocido a Jesucristo, deben haberle abierto la puerta de su corazón, para que pueda hacer su morada en ellos.

Eso es lo que hice aquella tarde del mes de abril de 1954, mientras el mundo cristianizado se preparaba para recordar al crucificado del Gólgota, para que

todo fuera, no solamente posible, sino cumplido. Fue para mí la hora de Dios. Si este libro, como se suele decir, llega en su justo momento, que sea para ti, lector, la hora de Dios que por fin suene o resuene en tu vida.

Después de señalar la importancia de la noción de la elección, de una elección inicial, pero también de una elección que se renueva cotidianamente, ilustrándola mediante las elecciones de personajes bíblicos, que resultan ser la imagen de cada una de nuestras propias elecciones, el autor habla directamente al corazón, sin artificios, contentándose con hacer desfilas ante nuestros ojos estos personajes que aportan tantos recuerdos religiosos devotos y estériles y que, polvorientos, parecen haber perdido todo significado existencial. Bajo la pluma inspirada e incisiva del autor, retoman un aspecto sorprendente y una actualidad que me atrevo a calificar, utilizando el argot de mi oficio, de operacional en la planificación de nuestras vidas personales. Más allá de los patriarcas y profetas, arquetipos provisionales del que había de venir, culmina la divina persona de Cristo.

¡Qué renovación de mi convicción, al leer este libro, de la vigencia de este juicio del autor sobre la vanidad de los procesos artificiales de actualización de la Palabra de Dios! ¿Acaso actualizamos la forma del cristal de nuestros espejos? Sea cual sea su forma o el color del marco, la superficie que refleja la luz es la misma a lo largo de nuestros días, a lo largo de nuestras horas. Este espejo que es la Biblia es siempre capaz de convencernos, en cualquier época, de la necesidad de la salvación de Dios y de asegurarnos que esta salvación se cumplió en Jesucristo.

De repente, la luz brilló en la oscuridad. El hombre vió su miseria, y por el arrepentimiento y la fe en la justificación, adquirida para nosotros por el sacrificio de Cristo, es conducido por el camino de la santificación, que no es otro que la vida en Cristo, vivida diariamente gracias al Espíritu de Dios. Vida que se abre mucho más allá de la esclavitud, el estancamiento y la tristeza de una mediocridad dominada por la dictadura de nuestro yo, hacia la alegría, la unidad, el progreso y la libertad de una vida santificada por la presencia en ella de Cristo Jesús, Jesús de Nazaret. Es él quien mostró, hace 2000 años, el camino de la salvación, la cruz, pero quien, habiéndolo seguido en nuestro lugar pudo, resucitado de entre los muertos, dar a los que habían creído en la virtud salvadora de su sacrificio este bien inefable tras el cual corremos todos, la paz, no la que el mundo cree poder dar, prometer o predecir, sino la suya, la paz de Dios que sobrepasa todo entendimiento, sellada de una vez por todas, para todos los redimidos, por la sangre del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.

Todas las promesas que aparecen en este libro, lleno de la Palabra de Dios, y a las que se refieren las referencias bíblicas, son para nosotros. Depende de

nosotros tomarlas por fe, nos dice el autor. El mismo Jesús que dijo en el Sermón del Monte: *Bienaventurados los mansos, porque ellos recibirán la tierra por heredad* (Mateo 5:5), tuvo que decir más tarde que son los violentos los que se apoderan del Reino de los Cielos. Tal vez sea necesario violentarse de verdad para abrir la puerta de vuestro corazón a aquel que os dice: *Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo. Al vencedor le concederé que se siente conmigo en mi trono, así como yo he vencido y me he sentado con mi Padre en su trono. El que tenga oídos, que oiga lo que el Espíritu dice a las iglesias* (Apocalipsis 3:20-22).

Jesús no fuerza el acceso. Llama a la puerta. Pero esta demanda de acogida libre y personal me la dirigió a mí, hijo de pastor, la tarde en la que oí esta predicación titulada "**Mediocridad o santidad**", habiendo creído siempre que era cristiano, pero que solo tenía el inevitable hábito, tejido por el condicionamiento familiar y eclesíástico. Y este mismo mensaje lo proclama todavía el Cristo glorificado a la Iglesia, cualquiera que sea su nombre, ya que originalmente esta declaración de Apocalipsis 3:20-22 cuestionó a la Iglesia primitiva de Laodicea, mucho antes de que intervinieran los grandes cismas y sus consecuencias actuales.

Dr. Jean-Bernard Racine
Profesor del departamento de geografía
Universidad de Ottawa (Canadá), enero de 1971

Seguid la paz con todos y la santidad, sin la cual nadie verá al Señor.

Hebreos 12:14

Introducción

La Biblia, la Palabra de Dios, es el libro de las posiciones claras y definidas. Quien lee las Escrituras, y deja que sus pensamientos sean formados por ellas, sabe que el libro sagrado es enemigo de compromisos y actitudes equivocadas, corazones vacilantes y divididos. Cualquier lector que se deje confrontar por el texto sagrado escucha constantemente resonar en su corazón sus expresiones categóricas: vida o muerte, felicidad o desgracia, bendición o maldición, verdad o mentira, luz o tinieblas, justicia o iniquidad, santidad o suciedad, caliente o frío, amor u odio, Dios o las riquezas, Cristo o Satanás, espíritu o carne.

Por el contrario el espíritu del mundo, la sabiduría humana, no deja de proclamar que existe un punto central, un término medio, una posibilidad de unir estos opuestos; que es imposible seguir al pie de la letra las exhortaciones de la Palabra sin caer en el fanatismo religioso. Este mundo busca la mezcla, la unión; y el resultado de ese supuesto equilibrio es la confusión. En medio de este caos de ideas, de estas opiniones confusas, Dios todavía habla y nuestra alma, humillándose bajo su mano poderosa, le ruega que alcance con este mensaje los corazones y las conciencias de los que todavía tienen oídos para escuchar. Solo Dios puede iluminar a sus criaturas y darles lo que la palabra humana no puede producir: *la pura alegría de la verdad divina vislumbrada*, como decía Agustín de Hipona¹.

Y como en los últimos capítulos tendremos que exponer doctrinas muy profundas y una reflexión cada vez más ajena a nuestros contemporáneos, sentimos la necesidad de hacer nuestro lo esencial de la oración del autor de "**Imitación de Cristo**"². Éste, después de recordar la petición de los hijos de Israel a Moisés: *Háblanos y te escucharemos, pero el Señor no nos hable, no sea que muramos*, —exclama—: *No así, Señor, no te ruego así; mas con el profeta Samuel, con humildad y deseo te suplico: Habla, Señor, porque tu siervo oye. No me hable Moisés, ni alguno de los profetas; mas háblame tú, Señor Dios, inspirador e iluminador de todos los profetas; pues tú solo sin ellos me puedes enseñar perfectamente, pero ellos sin ti ninguna cosa aprovecharán. Es verdad que pueden pronunciar palabras, mas no comunican espíritu. Muy bien hablan, mas callando tú no encienden el corazón. Dicen la letra, mas tú abres el sentido; predicán misterios, mas tú aclaras la inteligencia de lo oculto; pronuncian mandamientos, pero tú ayudas a cumplirlos; muestran el camino, pero tú das*

esfuerzo para andarlo; ellos obran por afuera solamente, pero tú instruyes e iluminas los corazones; ellos riegan la superficie, mas tú das la fertilidad; ellos claman con palabras, mas tú das la inteligencia al oído. Pues no me hable Moisés, sino tú, Señor Dios mío, eterna Verdad, para que por ventura no muera, y quede sin fruto si solamente fuere enseñado por afuera y no encendido por adentro. No me sea para condenación la palabra oída y no obrada, conocida y no amada, creída y no guardada. Habla pues tú, Señor, porque tu siervo oye, pues tienes palabras de vida eterna. Háblame, para consolación de mi alma, para la enmienda de toda mi vida, y para eterna honra y gloria tuya³.

Dios ha hablado. Dios habla todavía. Lo sabemos. Lo creemos de todo corazón ya que, en un tiempo como el actual, solo esta Palabra nos hace vivir. Sin embargo, extraña paradoja, sentimos más que nunca nuestra incapacidad para hablar de Dios. Como algunos autores han señalado con frecuencia: *tan pronto como el hombre habla de Dios, descubre con temor que está hablando de otra cosa que no es Dios*. Si la Palabra de Dios estuviera realmente en nuestros labios, nuestro interlocutor tendría la respuesta real, la que corresponde a su pregunta o al único problema real que atormenta al hombre moderno y que no se atrevió ni quiso plantearnos abiertamente. Sin embargo, tenemos un testimonio, oral o escrito, para volver a la centralidad de la verdad de la Palabra de Dios.

Predicar —dijo Karl Barth⁴— es ser el mensajero encargado de hacer oír la Buena Nueva, es ser la voz que transmite la palabra, la Palabra que solamente Dios puede pronunciar, Palabra que no es otra que Dios mismo hecho hombre en la persona de Jesucristo. Las ideas y peculiaridades del predicador carecen de interés. Si Dios no utiliza su palabra como vehículo de la suya, todo es en vano y estéril. La predicación es, por tanto, la expectativa y el riesgo incesantemente repetido de este milagro con el que hoy Dios habla a los hombres de nuestro tiempo, desde el día que llamó a Abraham para ir a la tierra prometida (Génesis 12:1).

Hoy, como ayer, un auténtico hombre de Dios no puede predicar sino es bajo la cruz. No cree haber llegado ya a la meta y no pretende haber alcanzado la perfección. Es con una gran angustia interna que se dirige al corazón y la conciencia de sus hermanos. Él mismo se siente interpelado por Dios y se ve a sí mismo junto a todos los que se cuestionan en medio de una angustia saludable. No cree que tenga razón porque sea *"integrista"* o *"progresista"*, ni porque forme parte de una comunidad evangélica, en la cual fue bautizado y donde toma la comunión una o varias veces al mes. No se regocija en la confusión que agita a las principales denominaciones religiosas y no se permite triunfar en nombre de la Biblia, al notar la consternación que se apodera de muchas almas. Pide a Dios iluminar a todos los hombres y no aspira a otra cosa que a servir a sus hermanos. Si debe denunciar el pecado y la infidelidad de los que se llaman cristianos, lo

hace golpeándose el pecho, dispuesto a reconocer su propia responsabilidad en la lamentable situación de la cristiandad. Porque conoce la herida secreta de su corazón y las miserias de su comunidad, es suficientemente honesto para no decir que todo va bien para él o que no hay ningún problema en su entorno espiritual. La iglesia primitiva ya tuvo sus luchas y los apóstoles sus confusiones.

Toda actitud humilde y abierta permite a Dios intervenir. Entonces se produce un verdadero milagro. La infinita bondad de Dios se nos revela de nuevo. La certeza de su justicia conquista nuestro corazón. La remisión de los pecados, la resurrección de entre los muertos, la vida eterna..., en una palabra todas las verdades del cristianismo adquieren una nueva frescura. Dejan de ser simples artículos de fe de un credo ortodoxo, doctrinas inmóviles a través de los siglos, palabras abstractas e incomprensibles para el hombre actual. Dios tiene una respuesta para aquellos que se plantean preguntas. Y esa respuesta está en su único Hijo, en el perdón que nos concede en él, en la gracia y la verdad que vinieron a través de Jesucristo. Dios ha preparado para sus hijos *cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman* (1 Corintios 2:9).

Estos tesoros escondidos, estas riquezas enterradas, esta sabiduría y este conocimiento inefables solo son desvelados a los que aceptan descender de su pedestal religioso o mundano, para seguir al Espíritu Santo en la noche, el silencio y la soledad de las profundidades de Dios. Gradualmente los ojos, demasiado tiempo deslumbrados con la claridad artificial de un mundo sin luz real, se habitan a la oscuridad divina. Descubren de repente valores eternos y desconocidos para aquellos que corren tras las falsas vanidades de un día. Lejos de los sonidos ensordecedores de la tierra, el oído a su vez percibe un sonido suave y sutil. No es todavía más que un murmullo, pero pronto las palabras se vuelven audibles, y la Palabra de Dios se vuelve viva y es claramente escuchada. No necesita actualizarse, porque es la Palabra eterna de aquel que es el mismo ayer, hoy y mañana. Luz divina, lámpara profética, es ella la que ilumina la actualidad.

En el fondo de nuestro corazón, el Espíritu Santo nos recuerda sus promesas admirables. Son suficientes para hacernos vivir y trabajar, con la certeza de que aquel que las hizo es poderoso para cumplirlas. Sí, estas promesas son para nosotros y nuestros hermanos. Depende de nosotros recuperarlas por fe. Su cumplimiento no es asunto nuestro, sino de Dios. De antemano aceptamos que su hora sea nuestra hora. Iluminada de nuevo, nuestra conciencia sabe también que el juicio de Dios será inexorable. Es él y solo él quien pagará a cada uno según sus obras. Y esto es válido para todos los hombres, sean cuales sean sus creencias o su incredulidad, ya que Dios no hace acepción de personas. En las profundidades a las que nos conduce el Espíritu Santo se acaba la soledad del corazón. Nos

rodea una gran compañía de redimidos. Son todos los que antaño lejos de Dios, volvieron en sí, encontraron a su Padre celestial y viven de su perdón divino. Con ellos conocemos la verdadera comunión de los santos, lejos de las amistades carnales y las fraternidades artificiales. Aquí es donde fluye la fuente pura del verdadero espíritu ecuménico, que ni es romano, ni ortodoxo, ni protestante, sino únicamente escatológico y mesiánico. Podremos vivir la verdadera experiencia ecuménica en la unidad del cuerpo de Cristo.

Y si, en este largo camino, encontramos todavía muchos obstáculos y hemos de atravesar valles tenebrosos, hagamos nuestras las palabras del salmista:

Si dijera: «Ciertamente, las tinieblas me encubrirán», aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; ¡lo mismo te son las tinieblas que la luz!
(Salmo 139:11-12).

1 ► Agustín de Hipona, conocido también como san Agustín (354-430), padre y doctor de la Iglesia. Después de su conversión, fue obispo de Hipona, en el norte de África y lideró una serie de luchas contra las herejías de los maniqueos, los donatistas y el pelagianismo.

2 ► Libro escrito por Tomás de Kempis. Tomás de Kempis (1380-1471) fue un canónigo agustino alemán autor de varios libros devocionales.

3 ► Imitación de Cristo, libro 3 capítulo 2 (Nota del autor).

4 ► Karl Barth (1886-1968), teólogo protestante calvinista, considerado uno de los pensadores cristianos del siglo XX. El pensamiento teológico de Barth recalca la soberanía de Dios, principalmente a través de su innovadora "doctrina de la elección".

Saber elegir

Una verdad olvidada

Adán no tenía que elegir, solo obedecer. Le había sido confiada una misión (Génesis 1:28). Le había sido dado un mandamiento (Génesis 2:16-17). La vida, la felicidad, el cumplimiento del verdadero destino de la raza humana, todo dependía de la sumisión, por amor, del primer hombre a su Creador.

Ciertamente, en todos los tiempos, varias escuelas teológicas han despojado a la historia bíblica de toda realidad. Para algunos Adán no fue realmente el primer hombre, ni el Edén un verdadero paraíso, ni la serpiente un animal del campo. Si esto fue así, si realmente no sucedió nada en los albores de la humanidad, ¿cómo entró la muerte en el mundo y qué sentido tiene nuestra salvación?

El apóstol Pablo, que sabía discernir el lenguaje alegórico del Antiguo Testamento (Gálatas 4:24) creía en la realidad de los acontecimientos descritos en el libro de Génesis. Así pues, en la epístola a los romanos, se refiere a la desobediencia de Adán (Romanos 5:12-14) y en la segunda epístola a los corintios, a la seducción de Eva por la serpiente (2 Corintios 11:3). En otra parte reconoce que el primer hombre, Adán, fue creado de la tierra, del polvo (1 Corintios 15:45-47). Finalmente, al igual que hizo Jesús, citó repetidamente el texto sobre la creación y la unidad de la primera pareja (1 Corintios 6:16).

Una vez admitido lo anterior, un atento estudio de los primeros capítulos de la Biblia nos desvela que Adán no fue víctima de una prueba de la que Dios fue el autor. Santiago nos confirma esta idea cuando escribe en su epístola: *Cuando alguno es tentado no diga que es tentado de parte de Dios, porque Dios no puede ser tentado por el mal ni él tienta a nadie; sino que cada uno es tentado por sus propios malos deseos, que lo arrastran y lo seducen. Estos malos deseos conciben y dan a luz el pecado; y el pecado, una vez cometido, da a luz la muerte* (Santiago 1:13-15).

Pero Dios no creó la muerte ni se regocija con la destrucción de los hombres. Según la epístola a los romanos ... *la paga del pecado es muerte, pero el don de Dios es vida eterna en Cristo Jesús, Señor nuestro* (Romanos 6:23). El apóstol Juan, en el libro de Apocalipsis, anuncia la desaparición de la muerte, cuando en el juicio final todos los siervos del pecado hayan sido condenados a la muerte segunda (Apocalipsis 20:14, 21:5).

Puesto en el Edén, en medio del armonioso universo creado por Dios, el hombre no estaba facultado para elegir entre el bien y el mal. Simplemente debía observar el mandamiento del Señor, cumpliendo todas sus tareas en comunión con su Dios (Génesis 2:15, 19-20). Fue por tanto por un acto de rebeldía, por desobediencia, por una transgresión voluntaria el modo en que *el pecado entró en el mundo por un hombre y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a toda la humanidad, por cuanto todos pecaron* (Romanos 5:12).

Antes de saber rechazar el mal y elegir el bien (Isaías 7:16), Adán rompió la alianza divina (Oseas 6:7) y fue expulsado del paraíso (Génesis 3:23-24). Por su actitud y su deseo de independencia, Adán dio rienda suelta a su deseo. Comprometió la armonía del mundo e introdujo el desorden, colocando a toda su descendencia bajo el imperio del pecado, el poder de la muerte y la esclavitud de Satanás.

La elección, consecuencia de la gracia

En cuanto a la salvación, nadie tiene elección. Todo hombre está perdido, sin haberlo querido, así como Adán era inocente por naturaleza, sin tener que elegir. Sin embargo la respuesta de Dios a la falta de Adán no fue únicamente la condenación. Dios en su soberanía, concede gracia al pecador, gracia que reposa en la justicia de uno solo, Jesucristo, el último Adán (Romanos 5:17-21, 1 Corintios 15:45). Solo el rechazo de esta gracia, ofrecida a todos los hombres, confirma al pecador en su perdición, mientras que la aceptación de la verdad en Jesucristo salva perfectamente al culpable (Hebreos 7:25). La salvación del individuo y de la humanidad no es fruto de una elección, pero por la gracia, el hombre salvo, perdonado, justificado por la fe se coloca continuamente ante una elección, una decisión que compromete todo su ser (Efesios 2:8).

La historia de Israel nos proporciona tres ejemplos en los que el pueblo fue llamado solemnemente a elegir. En cada ocasión el llamamiento de Dios se dirige al corazón y a la conciencia de los hombres que conocen el poder de Dios, pero rechazan hacer su voluntad.

Las dos elecciones

A través de Moisés Dios dijo a su pueblo, al final de su peregrinación por el desierto: *A los cielos y a la tierra llamo por testigos hoy contra vosotros, de que os he puesto delante la vida y la muerte, la bendición y la maldición; escoge, pues, la vida, para que vivas tú y tu descendencia, ames al Señor, tu Dios, atiendas a su voz y le sigas a él, pues él es tu vida, así como la prolongación de tus días, a fin de que habites sobre la tierra que juró el Señor a tus padres, Abraham, Isaac y Jacob, que les había de dar* (Deuteronomio 30:19-20).

En este pasaje, cuyo contexto sin duda se refiere a la observancia de la ley, oímos a Moisés exclamar: *Porque este mandamiento que yo te ordeno hoy no es demasiado difícil para ti, ni está lejos de ti... Pues muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas* (Deuteronomio 30:11, 14). El apóstol Pablo, quien tan a menudo demostró en sus epístolas la imposibilidad de que el hombre cumpliera la ley (Gálatas 3:10-11), emplea justamente este texto de Deuteronomio para afirmar que la justificación del hombre viene de su fe en la Palabra de Dios (Romanos 10:5-17).

La fe que justifica no es una mera creencia religiosa, una aceptación intelectual a una verdad ortodoxa. La fe es obediencia, compromiso, caminar en el sendero que Dios ha trazado con claridad. Así, las enseñanzas de Moisés y de Pablo se unen y encuentran una maravillosa síntesis en las palabras de Jesús: *Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición y muchos son los que entran por ella; pero estrecha es la puerta y angosto el camino que lleva a la vida y pocos son los que la hallan* (Mateo 7:13-14).

Los dos señores

Aceptar la gracia, experimentar la bondad de Dios, conocer el descanso del alma no autorizan a nadie al relajamiento, a la pereza espiritual o a la infidelidad. Es por esto que Josué, después de introducir a Israel en Canaán, junta a las doce tribus en Siquem para recordar al pueblo de Dios la maravillosa liberación de la que fueron objeto.

Sintiendo cercana su muerte, Josué exhorta una vez más a Israel a permanecer unido al Señor y exclama: *Ahora, pues, honrad al Señor y servidlo con integridad y verdad; quitad de en medio de vosotros los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro lado del río y en Egipto, y servid al Señor. Si mal os parece servir al Señor, escoged hoy a quién sirváis; si a los dioses a quienes sirvieron vuestros padres cuando estuvieron al otro lado del río, o a los dioses de los amorreos en cuya tierra habitáis; pero yo y mi casa serviremos al Señor* (Josué 24:14-15). Ante la respuesta positiva de los hijos de Israel, Josué añade: *Vosotros sois testigos contra vosotros mismos de que habéis elegido al Señor para servirlo* (Josué 24:22a).

Estas palabras del sucesor de Moisés coinciden con las de Jesús: *Ninguno puede servir a dos señores, porque odiará al uno y amará al otro o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas* (Mateo 6:24). Servir al Señor es, por tanto, un privilegio y no una limitación. Es el fruto de la fe activada por el amor (Gálatas 5:6).

Los dos pensamientos

En la época de los Reyes, el profeta Elías interpela a todo Israel reunido con los profetas de Baaal en el monte Carmelo. Acercándose a todo el pueblo, Elías exclama: *¿Hasta cuándo vacilaréis vosotros entre dos pensamientos? Si el Señor es Dios, seguidle; pero si es Baal, id tras él.* Un vergonzoso silencio acogió las palabras del profeta: *y el pueblo no respondió palabra* (1 Reyes 18:21). Este silencio, solo igualado por el mutismo de Baal, acabó cuando el fuego del cielo cayó y consumió el holocausto preparado por Elías. Cuando todo el pueblo lo vio, se postraron en tierra y dijeron: *¡El Señor es Dios, el Señor es Dios!* (1 Reyes 18:39).

La oración del profeta fue respondida. Ya dijo en el momento de la presentación de la ofrenda: *Señor, Dios de Abraham, de Isaac y de Israel, sea hoy manifiesto que tú eres Dios en Israel, que yo soy tu siervo y que por mandato tuyo he hecho todas estas cosas. Respóndeme, Señor, respóndeme, para que conozca este pueblo que tú, Señor, eres Dios, y que tú haces que su corazón se vuelva hacia ti* (1 Reyes 18:36-37).

La importancia de la elección diaria

Los tres ejemplos mencionados (Moisés, Josué y Elías) bastarían para mostrarnos que hemos de vivir el momento presente en el hoy de Dios (Hebreos 3:7). Demasiados cristianos se encierran en su pasado, mientras otros escapan hacia el futuro. Las experiencias de ayer y las liberaciones del mañana no deben hacernos olvidar el momento presente, las tareas y los recursos que Dios nos da ahora, para permitirnos experimentar plenamente este momento, el que realmente podemos poseer.

Salvado por la gracia, el hombre no es llamado inmediatamente a entrar en la gloria. Debe caminar en un mundo que no dejará de ofrecerle su amistad, para obligarle a conformarse al presente siglo (Romanos 12:2). Es entonces cuando debemos añadir a nuestra fe la virtud (2 Pedro 1:5), para no caer en el adulterio espiritual, olvidando que la amistad del mundo es enemistad con Dios (Santiago 4:4).

La historia de Abraham y Lot ilustra magistralmente lo que proporciona la amistad de Dios en una vida solitaria en los montes y lo que aportan las ventajas del mundo en las populosas y opulentas llanuras de Sodoma.

La elección de Lot

Cuando tío y sobrino deciden separarse para evitar cualquier querrela, la Escritura dice: *Alzó Lot sus ojos y vio toda la vega del Jordán, que toda ella era de*

riego, como el huerto del Señor, como la tierra de Egipto en la dirección de Zoar, antes de que el Señor destruyera Sodoma y Gomorra. Entonces Lot escogió para sí toda la vega del Jordán; se fue, pues, Lot hacia el oriente, y se apartaron el uno del otro (Génesis 13:10-11).

Educado en la fe, Lot no había entendido que no se pertenecía a sí mismo sino al Dios que conocía. Este hombre fijó su vista en los deseos de su corazón. Su elección fue desastrosa. Su vida es una demostración de la parábola de Jesús: *El que ama su vida la perderá; y el que en este mundo aborrece su vida la guardará para vida eterna* (Juan 12:25). Lot conoció la guerra, el cautiverio, la tristeza y el tormento de un alma que estaba fuera de su lugar. Finalmente perdió los bienes, sus yernos, su mujer y su honor (Génesis 19:14-19; 2 Pedro 2:7-8).

La elección de Abraham

En cambio Abraham, llamado por Dios, a su momento le eligió a él, confiando en el Altísimo para todo (Génesis 14:22-23). No queriendo nada para sí mismo, vio como la bendición del Eterno descendía sobre él. Dios se le aparece, lo anima con sus promesas y le dice: *No temas, Abram, yo soy tu escudo, y tu recompensa será muy grande.* (Génesis 15:1). Abraham aceptó estas palabras por fe y confió en Dios. Sabemos cómo Dios mantuvo sus promesas e hizo de este patriarca *el padre de todos los creyentes.* Ojalá que sigamos hoy los pasos de la fe de nuestro padre Abraham (Romanos 4:11-12).

Esta elección entre Dios y el mundo se renueva varias veces al día para el cristiano. A cada instante el mundo nos presiona. Es por eso que importa saber de que lado estamos. Al igual que Abraham, aquel que tiene el amor del Padre en él, está llamado a rechazar continuamente las ofertas del mundo.

Sabiendo que las Escrituras no reconocen un punto intermedio, una posición neutral, la regla para el creyente es muy simple. En lugar de estar perplejo y averiguar dónde comienza el mundo y dónde termina, o en que consiste la mundanalidad, debe preguntarse simplemente: *¿Proviene esto del Padre?* En multitud de ocasiones, observando la situación misma, será imposible decir en que punto empieza o acaba la mundanalidad. Pero podemos reconocer rápidamente si proviene del Padre. Y cuando veamos que no procede de él, sabremos que es del mundo (1 Juan 2:15-17).

La elección de José

Pero no solo estamos en un mundo que nos tienta con sus atractivos, posibilidades y comodidades. Vivimos en una esfera donde reina el pecado, que invoca

constantemente nuestra carne. Y de nuevo aparece la elección. Conocemos las alternativas, sucumbir, satisfacer nuestras pasiones o huir, a riesgo de quedar desnudos y ser juzgados mal. Esta fue la elección de José (Génesis 39:1-20).

El encarcelamiento, el sufrimiento y la injusticia, fueron los resultados inmediatos de la decisión tomada por él de no pecar contra Dios. Sin embargo el Señor no tardó en recompensar a su servidor por el temor que tenía por su nombre. Leemos: *Pero el Señor estaba con José y extendió a él su misericordia* (Génesis 39:21). La difícil elección de José le condujo finalmente al gozo, la alabanza y la gloria.

Esta elección entre el Espíritu y la carne se renueva constantemente, y para orientarse hay que utilizar la misma regla que para discernir lo que viene del mundo. Todo lo que no es del Espíritu es de la carne (Juan 3:6). Debemos huir de la lujuria si queremos honrar a nuestro Dios (1 Pedro 2:11-12). Así que, todos los días hemos de huir del mal y perseverar en la fe, el amor, la justicia y la paz junto a los que invocan al Señor con un corazón puro (2 Timoteo 2:22).

La elección de Moisés

Finalmente, además de Satanás, el mundo y el pecado, tenemos que afrontar las legítimas satisfacciones que exige nuestro ego, que quisiera aprovecharse de las ventajas naturales que nos brinda la carne. Consideremos la elección de Moisés que, por la fe, *siendo ya adulto, rehusó llamarse hijo de la hija del faraón, y prefirió ser maltratado con el pueblo de Dios, antes que gozar de los deleites temporales del pecado. Pues consideró que sufrir el oprobio por causa de Cristo era una riqueza de más valor que los tesoros de los egipcios, porque tenía puesta la mirada en la recompensa. Por la fe se fue de Egipto sin temer la ira del rey, y persistió en su propósito como si estuviera viendo al Invisible* (Hebreos 11:24-27). Esta era la fuerza del gran legislador de Israel.

Encontramos una estrecha semejanza con el apóstol Pablo, que renunció a todo por la excelencia del conocimiento de Cristo su Señor (Filipenses 3:7-11). La renuncia del verdadero discípulo es, por tanto, diaria. Toda la enseñanza de Jesús aclara estas verdades. Para seguir al Maestro es necesario tomar cada día nuestra cruz (Lucas 9:23). Sin esta acción no hay vida victoriosa (1 Juan 5:5). Las diferentes elecciones nos conducirán a la mediocridad o a la santidad.

Ser como los demás

Siendo hombres y mujeres de carne y hueso es muy difícil, incluso si hemos *nacido de nuevo* (Juan 3:3), dejar de ser influenciados por el mundo. Abando-

nado a sí mismo, el hombre permanece carnal. Sus obras son las de la carne, no solamente en sus acciones más deplorables, sino también en sus actos más razonables.

La historia del pueblo de Israel nos proporciona un ejemplo sorprendente de lo que acabamos de decir. Dios era el Rey de Israel. Tenía una relación directa con su pueblo. Pero un día el pueblo se acercó a Samuel diciéndole: ... *danos ahora un rey que nos juzgue, como tienen todas las naciones* (1 Samuel 8:5b). ¿Por qué esta petición? Los israelitas habían dejado de fijar la vista en su gran Dios Salvador. Miraron a la tierra, a los hombres, hacia las naciones y lo que vieron les llevó a pensar que les faltaba algo como pueblo. Israel no tenía un rey visible. Israel quería ser semejante a los demás pueblos de la tierra, imitando su moral y sus costumbres. Dejando de ser ejemplo y modelo para las naciones, el pueblo de Dios se identificó con el mundo y cayó en la idolatría.

Esto fue retroceso en vez de progreso, empobrecimiento y no enriquecimiento. Mientras Israel había recibido todo de Dios, el rey al que iba a servir le quitaría todo: sus hijos, sus hijas, sus campos, los diezmos de sus cosechas, sus sirvientes, su libertad (1 Samuel 8:10-18). Reclamando y eligiendo tener un rey, Israel suprimió su razón de ser. Dios lo puso aparte para libertad y unidad. Gracias a la relación directa entre Dios e Israel, el pueblo no conocía las obligaciones ni las cargas de las naciones bajo un yugo carnal.

Sucede lo mismo con la Iglesia de Dios, pueblo redimido, separado, independiente del mundo. El día que la Iglesia quiso ser reconocida por el mundo perdió, poco a poco, la libertad que tenía en Cristo y se hizo esclava del mundo. Dividida, desgarrada, rota, la Iglesia ya no conoce la unidad. Infiel a su Maestro, acaba abandonándole. La pobreza y la impotencia espirituales que sufre actualmente la Iglesia proceden esencialmente de su flirteo y su fusión con el mundo.

Dios ya no es suficiente. Tenemos sed del mundo y su lujuria. Queremos vivir como todo el mundo. Habiendo comenzado con Dios, no queremos llegar hasta el final con él. Nos detenemos a mitad del camino para instalarnos en la mediocridad. A partir de ese instante no solamente no somos capaces de responder a las necesidades reales del mundo, sino que nos volvemos inútiles e incluso dañinos para las almas que nos rodean.

La mediocridad, posiblemente, consiste en estar delante de la grandeza y no darse cuenta.

G. K. Chesterton

¿Qué es la mediocridad?

Definiciones y citas

La palabra mediocre, del latín *mediocris*, viene de *medius*, que está en el medio. Así pues, etimológicamente, la mediocridad es la naturaleza, el carácter de lo que está entre lo grande y lo pequeño, lo bueno y lo malo. Es lo que se tiene en poca consideración, es poco bueno, poco distinguido. Es una insuficiencia, una posición entre la opulencia y la miseria, entre la nobleza y la bajeza.

Para Voltaire¹, la elección es clara: *No debemos burlarnos de los que hacen el bien, ni de los que hacen el mal, sino de los que, siendo mediocres, se creen genios y se hacen los importantes.* Conviene citar aquí el famoso poema "El arte poético", de Boileau²: *... en el peligroso arte de la rima y la escritura no hay grados de mediocre a peor.* Sin embargo, algunos ven la mediocridad como la imagen de la moderación y el justo punto medio. Pascal³ parece hacerse eco de este sentimiento cuando dice: *El espíritu extremo es acusado de locura, como el máximo defecto; solamente la mediocridad es buena.*

En sus cartas persas, Montesquieu⁴ declara: *La aprobación universal suele ser para el hombre mediocre.* Sin embargo para Henri de Montherland⁵: *Sufrir la mediocridad de las personas es a menudo una señal de que uno mismo es medio-mediocre.* Por su parte Ernest Renan⁶ escribía: *En todas las cosas, el que triunfa en nuestros días es el mediocre.* Y para concluir estas citas añadiremos las palabras del moralista francés Joseph Joubert⁷: *La mediocridad es excelente para los mediocres.*

De hecho, la mediocridad es falta de grandeza, nobleza de espíritu, excelencia, mérito, es la insuficiencia en cantidad o en calidad.

El testimonio de las Escrituras

La palabra mediocre no aparece en la Biblia. Sin embargo, lo que representa esta situación se describe en muchas páginas de las Sagradas Escrituras. La Biblia contiene ejemplos de hombres mediocres, viviendo mediocremente en la mediocridad. Un simple vistazo al Antiguo Testamento nos proporcionará algunos retratos de este tipo de hombres.

Lot

Ya hablamos de este hombre en el capítulo anterior. Lot no está despojado de todo. Es poseedor de bienes materiales y espirituales (Génesis, capítulos 13, 14 y 19). Junto con su tío abandonó el paganismo y siguió los pasos de Abraham. Desciende con él a Egipto y sube a su lado a la tierra de Canaán. Se enriqueció con Abraham y le acompañó en todos sus viajes. A primera vista Lot tiene toda la apariencia de la excelencia. Conocía el llamamiento de Dios, obedeció la orden divina, se unió al guía espiritual que Dios le dio; participó en el camino de la fe y en las bendiciones que se derivaban de él.

Sin embargo una circunstancia fortuita, una querrela entre los pastores de Abraham y Lot, manifestará el estado real de su corazón. Abraham, queriendo evitar a toda costa nuevas disputas, propone a su sobrino separarse de forma pacífica. Generosamente el de más edad deja que sea el más joven el que elija la parte del país que más le guste. Lot revela de repente cuán apegado está a los bienes de este mundo. Su vista se posa sobre la rica llanura del Jordán y elige para sí Sodoma y sus alrededores. No hay ningún móvil espiritual que determine su elección. Su mente está solamente por lo terrenal (Filipenses 3:19).

En aquel lugar, Lot vivirá mediocrementemente. Está en Sodoma, pero no es de Sodoma. Quiere los beneficios y los honores de aquella ciudad, sin aceptar la moral relajada de los habitantes de la misma. La conducta y los actos criminales de aquellos hombres serán un continuo tormento para su alma (2 Pedro 2:7-8). En aquellas condiciones, incluso el testimonio de un hombre justo es mediocre, sin poder. Comprometido con el mundo, Lot no gana ninguna alma, ni siquiera la de sus yernos. En cambio, perdió su casa, sus bienes, su mujer y, víctima de sus dos hijas, acabó en la deshonra del incesto. Todos los mediocres están destinados a vivir mediocrementemente y a acabar en el oprobio y la mediocridad. Es la quiebra moral. Puede que el hombre no esté perdido, pero todo está perdido para él, para los demás y para Dios (1 Corintios 3:15).

Balaam

Balaam, el adivino o mago que vivía a orillas del Éufrates, nos ofrece un segundo retrato del hombre mediocre. Se le ha llamado la figura más enigmática de toda la historia bíblica. Este hombre conoce a Jehová desde hace mucho tiempo, porque tan pronto como Balac, rey de Moab, lo llama para maldecir a Israel (Números, capítulos 22 a 24), Balaam inmediatamente consulta al Señor. Lamentablemente su corazón duda entre la gloria de Dios y el amor al dinero. Después de una lucha interior, termina cediendo a la codicia y comete el terrible error que le destinaría a la oscuridad de las tinieblas eternas (2 Pedro 2:15-17).

Balaam conocía los pensamientos de Dios, pero su voluntad no estaba unida a la del Señor. Creyó poder servir a dos señores, pero en realidad no sirvió más que a uno. Su boca se vio obligada a proclamar los oráculos de Dios mientras su corazón buscaba su interés personal. La posición de Balaam es de las más incómodas. Dios momentáneamente le hace su profeta, pero Balaam ya había sido juzgado y condenado. Su pecado le alcanzó. Terminó bajo el filo de la espada y murió envuelto en la derrota de los enemigos de Israel (Números 31:8).

En las iglesias encontramos a veces algunos que, como Balaam, pretenden estar al servicio de Dios, pero se comprometen con el mundo por interés o comodidad. Llenan su boca con las palabras de Dios, pero sus corazones solo buscan los honores y bienes de este mundo.

Elí

Después de Lot y Balaam, Elí nos ofrece un tercer retrato (1 Samuel, capítulos 1 a 4). Este sacerdote tenía toda la apariencia de santidad. Vestía las santas vestiduras, había recibido la unción del Señor y oficiaba en el santo lugar en Silo. Sin embargo honraba más a sus hijos que a Dios. La falta de virtud de Elí, su debilidad moral, resultó en la pérdida de sus hijos, su servicio y su vida. Morirá derribado por la noticia de los desastres de los que él era en parte responsable.

Incluso hoy Dios no se comunica con los mediocres, sean cuales sean sus títulos, su importancia o su ordenación. Se revela a los santos, a los que obedecen su Palabra, que tienen su corazón vuelto hacia él para escuchar su voz. Dios quiere el primer lugar en nuestras vidas, antes que padre, madre, mujer, hijos, amigos o iglesia (Lucas 14:26). Esta posición lo honra y este es nuestro servicio para él.

Saúl

El rey Saúl es el cuarto ejemplo de un hombre mediocre. Fue el primer rey de Israel. *Entre los hijos de Israel no había otro más hermoso que él; de hombros arriba sobrepasaba a cualquiera del pueblo* (1 Samuel 9:2b). Pero Saúl, que tiene todo para agradar a la carne, no sigue ni observa plenamente las órdenes divinas. Oye la voz de Dios, sigue el plan indicado por él para luchar contra Amalec, pero no cumple hasta el fin las órdenes del Señor. Influenciado por el pueblo, cree poder sustituir los pensamientos de Dios por los suyos y agradarle mientras desobedece su voz (1 Samuel, capítulo 15).

Saúl se detiene a medio camino en la obediencia, la humillación, su arrepentimiento y sus buenas intenciones. Su fin fue semejante a su vida. Herido por sus enemigos, no tuvo coraje para afrontar la suerte que le esperaba y se

da muerte en el monte de Gilboa (1 Samuel, capítulo 31). Servir a Dios de todo corazón consiste ante todo en guardar escrupulosamente su Palabra, sometiendo completamente la voluntad humana a la suya.

Giezi

Finalmente Giezi, servidor de Eliseo, es el último ejemplo de mediocre que tomaremos del Antiguo Testamento (2 Reyes, capítulos 4 y 5). Este hombre está al servicio del profeta que un día le entrega su báculo, para devolver la vida al hijo de la sunamita. Giezi tiene el báculo, pero no el poder del hombre de Dios; y si le falta este poder es porque su corazón está apegado al dinero. La historia de Naamán nos revela el estado interior de Giezi. No sigue el ejemplo de su señor quien, por motivos espirituales, rechaza los regalos del general sirio, sino que corre tras este último para obtener, por medio de la mentira, lo que codiciaba su corazón. Dios lo castiga por su infidelidad hiriéndolo con la lepra.

El hombre que está al servicio de Dios no se debe dejar guiar por sus necesidades o por las circunstancias. Los deseos de su corazón deben ser llevados cautivos a Cristo, y su manera de reaccionar el reflejo de una obediencia sin reservas, cuya meta es la gloria de Dios. Todos los días tenemos que aprender de Dios qué dones podemos aceptar y cuáles debemos rechazar. Para ser verdaderamente discípulo de Cristo, hay que ir hasta el final en la renuncia.

Recordemos siempre que nuestra posición y nuestros privilegios no nos aseguran un final feliz, detengámonos en el camino y no nos juzguemos por nuestras tendencias naturales. Un patriarca terminó su vida en el incesto, un profeta murió por la espada, un sacerdote muere al romperse la nuca, un rey se suicida y un sirviente acaba sus días leproso.

Algunos ejemplos en el Nuevo Testamento

En el Nuevo Testamento, encontramos a los fariseos como ejemplos de mediocridad. En el evangelio de Mateo, capítulos 15 y 23, Jesús muestra, a través de llamativas escenas, el error fundamental de los que creen honrar a Dios a través de las formas, mientras su corazón carece de vida y amor por él. Sepulcros blanqueados, esta es la enérgica expresión de la que se sirve Jesús para estigmatizar a aquellos que tenían una piedad aparente, pero cuyo corazón estaba todavía lleno de las cosas sucias de este mundo.

Jesús nos muestra que la mediocridad es parecer y no ser. Es dar una importancia capital a lavarse las manos antes de comer, mientras el corazón no se preocupa por estar lleno de malos pensamientos, asesinato, adulterio, fornicación,

robo, falsos testimonios, calumnias. Es limpiar el exterior del vaso y del plato, mientras que el interior está lleno de rapiña e intemperancia.

Los mismos discípulos, antes de recibir el Espíritu Santo, se caracterizaban a menudo por la mediocridad. Más de una vez, Jesús suspira al ver su falta de inteligencia, de perseverancia y de fe. Tomás y Felipe, después de tanto tiempo de estar con Jesús, aún no conocían el camino de la vida y no discernían al Padre en él (Juan 14:5-11). Y qué decir de Pedro, tan fogoso en palabras. En la hora decisiva dormía. En el momento de tomar partido por Cristo, le niega, demostrando que él también solo seguía al Maestro de lejos. Asimismo Jacobo y Juan, que querían que cayera fuego del cielo para castigar una ofensa contra su Maestro, no fueron capaces de acompañar a Jesús en la oración, en Getsemaní, y se durmieron de tristeza. El poder de Dios aún no conduce con fuerza a los apóstoles por el camino del Maestro y, a pesar de su buena voluntad, sus caídas son frecuentes. Pero qué cambio cuando Jesús, desde el cielo, les envió el Espíritu Santo. Entonces se vuelven fervientes y sabios, y pueden realizar las obras de Dios y caminar triunfalmente en las huellas de Cristo.

Estos hechos prueban que todos tenemos que velar por nuestros sentimientos para estar constantemente escuchando la voluntad de Dios. Somos discípulos de Cristo, y es a nosotros a los que se dirigen todas las exhortaciones de la Escritura. Es por eso que necesitamos conocer las trampas de la mediocridad para poder, por medio de la fe y el poder del Señor, evitarlas y unirnos a quienes, en el pasado, sirvieron a Dios con un corazón puro, un celo inalterable y una entrega total de sí mismos.

Analogías significativas

Estas trampas aparecen descritas en la Palabra. Ésta nos presenta la mediocridad bajo las siguientes imágenes: la sal sin sabor (Mateo 5:13), la lámpara sin aceite (Mateo 25:3), el remiendo nuevo en el vestido viejo (Mateo 9:16), el vino nuevo en odres viejos (Mateo 9:17), el metal que resuena (1 Corintios 13:1), el címbalo que retiñe (1 Corintios 13:1), las fuentes sin agua (2 Pedro 2:17), las nubes sin agua, llevadas de acá para allá por los vientos (Judas 12), el rocío de la madrugada que se desvanece (Oseas 6:4), los árboles otoñales sin fruto (Judas 12), las estrellas errantes (Judas 13).

Es también la preocupación del hombre por la comida y el vestido, creyendo que puede servir a dos señores (Mateo 6:24). Es poner la mano en el arado y mirar atrás, es querer enterrar a su padre primero o despedirse de los de su casa cuando el Señor nos llama para seguirle (Lucas 9:59-62). Es la tibieza de la iglesia de Laodicea, que pretendía ser rica y sin embargo era pobre, ciega y desnuda

(Apocalipsis 3:17). Es la irresolución, la inconstancia de la que habla Santiago (Santiago 1:6-8); el adulterio espiritual que denuncia el mismo autor (Santiago 4:4). Son los *niños fluctuantes* sacudidos y llevados de aquí para allá por todo viento de doctrina (Efesios 4:14). Es el carácter carnal del cristiano descrito en las epístolas (1 Corintios 3:1); es, finalmente, el celo por Dios, pero sin inteligencia (Romanos 10:2).

Análisis final

Así definida, esta mediocridad se manifiesta en nuestra existencia por la falta de capacidad para dar a las almas el gusto de las cosas de Dios, la falta de poder para caminar nosotros mismos en la luz e iluminar a los demás. Se hace visible en nuestros fracasos, nuestros déficits, nuestro cansancio, nuestro débil amor, nuestra falta de esperanza, nuestra vida desilusionada, estéril y llena de preocupaciones, nuestro miedo al sufrimiento, nuestra inercia espiritual. Finalmente se revela en todas las obras de la carne que el apóstol Pablo opone al fruto del Espíritu (Gálatas 5:19-20). ¿No se identifica entonces, para el cristiano, con la falta de plenitud en la felicidad?

El cristiano mediocre es aquel que no ama plenamente, que no obedece plenamente y que no renuncia por completo. El mediocre es el que no quiere llegar hasta el final. Pero ir hasta el final, para el cristiano, es ir a la cruz. ¿Quién es el que no quiere ir a la cruz? Soy yo, mi yo, mi personalidad. La mediocridad ya no es algo, es alguien, soy yo. En oposición a esta mediocridad, está la santidad. Esta santidad no es algo, un cierto grado de pureza, de justicia, de verdad. La santidad en oposición a la mediocridad, no es una cosa opuesta a otra. Es alguien que se opone a alguien, es Dios que se opone a mí. La santidad es Dios mismo en su esencia. Este es el último fin del hombre.

1 ► François-Marie Arouet (1694-1778), más conocido como Voltaire. Escritor, historiador, filósofo y abogado francés que figura como uno de los principales representantes de la Ilustración, un periodo que enfatizó el poder de la razón humana, de la ciencia y el respeto hacia la humanidad.

2 ► Nicolas Boileau (1636-1711), poeta y crítico francés.

3 ► Blaise Pascal (1623-1662), matemático, físico, teólogo, filósofo y escritor francés. Después de una experiencia religiosa profunda en 1654, Pascal se dedicó también a la filosofía y a la teología. En esta cita en realidad Pascal parece abogar por una actitud equilibrada, el punto medio, y no por la mediocridad entendida como algo de poco mérito, tirando a malo (Diccionario RAE).

- 4 ► Charles Louis de Secondat, señor de la Brède y barón de Montesquieu (1689-1755), filósofo y jurista francés cuya obra se desarrolló en el contexto del movimiento intelectual y cultural conocido como la Ilustración.
- 5 ► Henry de Montherlant (1895-1972), novelista, ensayista, autor dramático y académico francés.
- 6 ► Joseph Ernest Renan (1823-1892), conocido simplemente como Ernest Renan. Escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés.
- 7 ► Joseph Joubert (1754-1824), moralista y ensayista francés recordado sobre todo por sus "Pensamientos", publicados póstumamente.

Así que, hermanos, os ruego por las misericordias de Dios, que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional.

Romanos 12:1

¿Qué es la santidad?

Definición y manifestación

Desde las primeras páginas de la Biblia hasta las últimas exhortaciones del Apocalipsis, Dios se revela a los hombres como el Espíritu Santo por excelencia. La palabra *santo* designa aquello que es supremamente elevado y perfecto, esencialmente puro y conforme a la ley divina. Por su etimología, santidad significa separación, poner aparte, y también consagración. La imagen con la que la Escritura nos la retrata es la de la luz, es decir de la pureza misma (Isaías 10:17, Santiago 1:17, 1 Juan 1:5). La santidad es pues la esencia misma de Dios (Éxodo 15:11). Aplicada a las cosas, este término se opone a *profano*, *común*, *vulgar* y algunas veces a *manchado* e *impuro*. Si uno pudiera, supuestamente, quitarle a Dios con el pensamiento uno u otro de sus atributos, sin que él dejara de ser, despojarle de su santidad sería aniquilarlo. Aplicando este principio al amor, alguien podría decir que si nos redujéramos a la terrible alternativa de renunciar al amor de Dios o a su santidad, es ésta la que habría que salvar, ya que al suprimir el amor en Dios, el hombre solo haría imposible su propia felicidad, mientras que al suprimir la santidad en él, el universo moral sería sacudido hasta sus cimientos. El último trasfondo de las cosas divinas y la última meta de las criaturas morales ya no existirían.

Según Frédéric Godet¹ lo sobrenatural, en su forma más excelsa, no es el milagro, sino la santidad. *La santidad* —escribió— *es el bien moral en su aspecto más sublime*. Pero, ¿qué es el bien? Para Ernest Naville² *el bien no es un ser o un objeto. Es un orden que determina las relaciones de los seres, relaciones que deben ser regidas por las voluntades*. En Dios la santidad es, por tanto, la plena posesión de sí mismo o la unión indisoluble y armoniosa de todas sus perfecciones. Su voluntad inquebrantable de mantener el orden debe reinar entre los seres y llevarlos a todos a una relación que debe unirlos. En el hombre la santidad consiste en la realización completa de su verdadera vocación, que no es otra que la perfecta armonía de su voluntad con la de Dios. La santidad en la criatura es su consentimiento voluntario a la posición suprema de Dios. Así, tanto en el dominio de lo absoluto como en el de lo relativo, la santidad es, en realidad, siempre idéntica a sí misma.

El triunfo de la santidad

Al decir que Dios es santo, la Biblia no solo afirma que su voluntad está de acuerdo con el bien, sino que es la naturaleza del bien, la ley moral misma. Es por eso que a esta santidad se le llama también *la gloria de Dios*, que debe brillar con todo su esplendor después de haber triunfado sobre todas las contradicciones (Isaías, capítulo 60).

Soberanamente, por encima de todas las cosas (Isaías 57:15), de todos los pueblos y dioses (Salmo 99:2-3, 2 Crónicas 2:5), el santo y bendito no puede ser alcanzado por el mal y no se puede encontrar imperfección en él (Santiago 1:13, Habacuc 1:12-13). Toda santa iniciativa viene de él. Su santidad, lejos de ser inerte e inactiva, es como una llama que consume el pecado y, a veces, al pecador.

Si Dios es dueño de sí mismo; si su paciencia es grande para con los culpables, no es menos cierto que llegará el día en que Dios saldrá de su aparente silencio y se afirmará con un celo invencible, que en realidad es sólo la actividad de su santidad (Éxodo 34:6-7). El mal moral atrae su ira. Su ira ardiente finalmente eliminará todos los obstáculos y su santa voluntad tendrá la última palabra (Hebreos 10:26-31).

Probado, tentado de muchas maneras, el creyente sabe que Dios es Dios. Tiene la seguridad de que el mal no triunfará. En la fe, mantiene la esperanza y se refugia en el amor del Padre, cuyo testimonio indiscutible le fue dado en la cruz, en el sacrificio de su único Hijo, Jesucristo. Allí, en la carne de Cristo, Dios condenó el pecado de los hombres mientras les ofrecía un Salvador maravilloso. Por lo tanto, la santidad de Dios es inseparable de su amor, Dios no quiere que los impíos mueran, sino que se conviertan y vivan (Ezequiel 18:23).

Un llamamiento supremo

Ya sea que leamos el Antiguo Testamento o el Nuevo, en todas partes resuena este supremo llamamiento de Dios a sus criaturas: *Sed santos, porque yo soy santo* (Levítico 11:44-45, 1 Pedro 1:16). El Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob; el Dios de la ley, de los salmos y de los profetas, es el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles. Creador y redentor, el mismo ser *que es y que era y que ha de venir, el Todopoderoso* (Apocalipsis 1:8), es proclamado tres veces santo por los serafines que contemplaba Isaías y por los cuatro seres vivientes descritos por Juan, en su visión en la isla de Patmos (Isaías 6:2-3, Apocalipsis 4:8).

El nombre de Dios, símbolo de su persona, es santo y temible y debe ser reconocido como tal (Salmo 111:9). Para toda criatura él es el santo incomparable

(Isaías 40:25). En su relación con los descendientes de Abraham él es el Santo de Israel (Isaías 47:4). El mismo Jesús le llama Padre santo (Juan 17:11) y enseñó a sus discípulos a santificar su nombre (Mateo 6:9). Les pide también que sean perfectos, como su Padre celestial es perfecto (Mateo 5:48). Esta santidad consiste en estar separados del mundo profano, es decir, pecador (2 Corintios 6:16-18) y consagrados a Dios en nuestro espíritu, alma y cuerpo (1 Tesalonicenses 5:23).

El desafío de lo profano

Como ya sucedió en el curso de la historia del mundo, vivimos de nuevo en una época donde lo santo y lo profano tienden a confundirse. Las palabras secularización, desacralización y desmitificación están a la orden del día en los discursos y escritos de los filósofos, sociólogos y teólogos. Si algunos hombres todavía afirman que hay un Dios de amor, la mayoría del mundo, proveniente de la *cristiandad tardía*, ya no se preocupa por un Dios santo. Cuando la noción de la santidad disminuye, se pierde la del pecado y, en consecuencia, ya no se concibe la idea de un castigo temporal o eterno. Seríamos los primeros en regocijarnos en la conjunción de lo sagrado y lo profano, si pudiéramos creer que todos los hombres y todas las cosas existentes estuvieran totalmente llenos de Dios y unidos en la armonía de las perfecciones divinas.

Un recordatorio necesario

La distinción entre lo sagrado y lo profano es a causa del pecado. Cuando este último ya no exista, sabemos por las Escrituras que todo el Universo participará de la santidad de Dios (Hechos 3:19-21). Pero el hombre, que afirma haber alcanzado la edad adulta, ¿ha alcanzado realmente la estatura de la plenitud de Cristo (Efesios 4:13)? ¿Ha renunciado a este mal que comete contra sí mismo, contra su hermano y contra Dios? ¿Se ha desembarazado del pecado y sus funestas consecuencias? Los avances en la ciencia y la tecnología nos hacen avanzar hacia el cumplimiento de los tiempos y la reunión de todas las cosas en Cristo (Efesios 1:10).

Un simple vistazo sobre la humanidad *en mutación* nos quita todas las ilusiones. En los días en que el hombre camina sobre la luna³ y desde este astro hace llegar su voz y a su imagen a los hogares más aislados de la tierra; bajo un mismo techo, los matrimonios no tienen nada que decirse, y el diálogo entre padres e hijos se vuelve a menudo imposible.

Por otro lado, en la era espacial donde todo se hace para facilitar las comunicaciones, los encuentros y el entendimiento entre las personas; paradójicamente los conflictos políticos, sociales y religiosos se multiplican e intensifican.

Y mientras tanto el hombre justifica el gasto que dedica a la dominación del cosmos, enumerando los resultados de dichas acciones y sus sensacionales consecuencias, todos los beneficios de los que pronto se beneficiará la humanidad gracias a innumerables investigaciones y a los revolucionarios descubrimientos debidos a la investigación espacial. Sin embargo aumentan las víctimas de los terremotos, se perpetúan las guerras atroces y los hombres, mujeres y niños de los países subdesarrollados mueren de hambre.

Entre los pueblos embriagados por la independencia, los ideales racistas y nacionalistas dividen a los estados y reavivan fuegos sanguinarios que los intereses de las grandes potencias no hacen más que avivar con su hipócrita ayuda u oposición. La tortura, la violencia, la injusticia y la muerte proliferan en nuestro planeta. El erotismo y las drogas son divinizados, y todos estos viejos y nuevos falsos dioses devoran a los hijos de los hombres.

Incluso en los países más cristianizados, no es el evangelio el que penetra los diversos elementos del mundo para santificarlos. Por el contrario, en todas partes son los elementos del mundo los que abruman a las iglesias que han permanecido infieles demasiado tiempo. Lo que quedaba de santo se ha transformado en profano, por la alteración de los valores. Es la santidad a nuestra manera, según nuestro entendimiento, nuestros deseos; una santidad que no cuesta nada, como ya denunciaba el jesuita Bourdaloue⁴ en el siglo XVII.

Qué dice la Escritura

Mucho antes que el mencionado predicador jesuita, Dios, a través del profeta Ezequiel, reprochó a los sacerdotes de Jerusalén por violar su ley y profanar sus santuarios. Leemos: *... entre lo santo y lo profano no hicieron diferencia, ni distinguieron entre inmundo y limpio. De mis sábados apartaron sus ojos, y yo he sido profanado en medio de ellos* (Ezequiel 22:26).

En el libro de Levítico vemos que Dios había dado pautas para que los sacerdotes pudieran distinguir lo santo de lo profano, lo inmundo de lo limpio, y enseñar a los hijos de Israel todas las leyes que el Señor les había dado a través de Moisés (Levítico 10:8-11).

En el último capítulo del Apocalipsis aparece una advertencia, válida para todos nosotros, *porque el tiempo está cerca. El que es injusto, que siga siendo injusto; el que es impuro, que siga siendo impuro; el que es justo, que siga practicando la justicia, y el que es santo, que se siga santificando. ¡Vengo pronto! Traigo mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según lo que haya hecho* (Apocalipsis 22:10b-12).

A cada uno su propia esperanza

Pero, ¿deberíamos recordar los textos bíblicos a una generación que, desde julio de 1969⁵, piensa que ya vive más allá de Babel? Tras haber visto la huella del primer hombre sobre la luna, algunos afirman que la humanidad no tiene ya nada más que esperar antes de fin de siglo que *el fatal segundo acto: el nacimiento del primer niño humano en otro mundo, el comienzo de la colonización real del espacio. Cuando haya hombres que ya no tengan nuestro planeta como su tierra natal, los terrícolas se acercarán más entre sí* ("El correo de la UNESCO", marzo 1970).

Pero gracias sean dadas a Dios porque nosotros no esperamos nada fatal, pero nos gusta repetir con toda humildad, junto con el apóstol Pablo: *Pero nuestra ciudadanía está en los cielos, de donde también esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Él transformará nuestro mísero cuerpo en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas* (Filipenses 3:20-21). A cada uno su esperanza y su responsabilidad.

Un regreso a la Biblia

Si queremos entender qué es la santidad, debemos volver a leer y estudiar la Palabra de Dios. En las Escrituras aprendemos que Dios invariablemente quiere la salvación de sus criaturas (Ezequiel 18:32, 1 Timoteo 2:3-4). Para lograr este objetivo e irradiar su santidad entre los hombres, Dios siguió un método de educación progresiva e histórica. Después del llamamiento de Abraham y el cumplimiento de sus promesas en Isaac y Jacob, Dios forma un pueblo aparte en el horno de la esclavitud en Egipto. En el tiempo conveniente, Dios se revela a los esclavos hebreos como el Dios santo, el *Santo de Israel*. Tras hacer de las doce tribus su pueblo, Dios les libera, protege y guía con celo. Lo único que les pide es que reflejen su santidad: *Vosotros seréis para mí un reino de sacerdotes y un pueblo santo* (Éxodo 19:6a).

La proclamación de la santidad de Dios era el fundamento mismo de las instituciones de este pueblo. Las múltiples y minuciosas ordenanzas que constituían su culto, purificación, distinción entre alimentos, sacrificios y utensilios sagrados eran sólo la expresión infinitamente detallada y puesta constantemente ante los ojos de Israel de esta doble verdad, Jehová es santo y su pueblo está llamado a ser santo: *... y seréis santos, porque yo soy santo* (Levítico 11:44b).

Los sacerdotes encargados de la celebración del culto estaban, a su vez, separados del resto del pueblo, como representantes del Dios santo, así como el pueblo mismo los estaba del resto de la humanidad (Éxodo 28:1). Aarón, el pri-

mer sacerdote, es llamado el santo de Jehová (Salmo 106:16). Tanto él como sus sucesores debían llevar en su frente estas palabras, grabadas en una placa de oro: *Consagrado al Señor* (Éxodo 28:36-38).

Así como había personas santas y ceremonias santas en Israel, también había instrumentos santos y lugares santos para el servicio de Dios, separados de todos los demás; un templo lleno de la santidad de Jehová (1 Reyes 8:10-11). Este templo era la imagen terrenal del templo celestial en el que Jehová tiene su trono (Salmo 11:4). En el templo terrenal existía una separación entre el *lugar santo* y el *lugar santísimo* (Éxodo 26:33). Durante todo el año había períodos santos, días de reposo y fiestas solemnes en las que se concentraba la vida religiosa de Israel (Levítico, capítulo 23).

El fin último de este vasto simbolismo será un estado de cosas en el que toda la vida y todos los objetos existentes serán consagrados al Señor, incluidas las campanillas de los caballos y las ollas (Zacarías 14:20-21). La separación acentuada en todas partes en las Escrituras entre lo sagrado y lo profano, separación necesaria debido al pecado, será finalmente abolida. Entonces se realizará el pensamiento original de Dios para la creación, es decir, la felicidad suprema de sus criaturas por una completa y voluntaria comunión con él.

La santidad en nosotros

En el hombre, la santidad es la afirmación invariable, humilde, gozosa y filial hacia Dios, por todo el poder de su ser y su completa entrega por nosotros (1 Juan 3:16). La santidad en nosotros, por tanto, no es una superación debida al trabajo laborioso de nuestra naturaleza. Es Dios manifestado en nuestra carne mortal por la vida de Jesús (2 Corintios 4:11).

Esta santidad se hace visible en nosotros en la medida en que nosotros disminuimos y Dios se convierte en todo. Por la fe nos sumergimos en el océano de su santidad. Su vida, su reino, su gloria, todo pertenece a los discípulos (1 Corintios 3:21-23) que escuchan a su Señor exclamar: *Sed santos, porque yo soy santo* (1 Pedro 1:16).

El encuentro sublime

Un Dios que habla así no puede ser un desconocido para aquellos a quienes llama y le obedecen (Juan 14:21). Es por eso que podemos afirmar que el llamamiento de Dios no sucede sin una revelación de su gloriosa persona a nuestras almas (Juan 17:3). Es este encuentro personal del alma con Dios lo que hace de la santidad una realidad simple y luminosa, mientras que sigue siendo una noción insondable para la pura inteligencia.

Si solo tenemos definiciones abstractas de santidad no nos gustará, y seremos impotentes para caminar por el camino que conduce a ella. El secreto de todos los santos, ya sean del Antiguo o del Nuevo Pacto, radica en la revelación personal que Dios les concedió al llamarlos. Esta necesaria revelación no fue dada en virtud de los méritos, obras, experiencias, posición social o edad de quienes se benefician de ella. Viene únicamente de la pura gracia de Dios que trae salvación a todos los hombres. Allí donde se recibe la gracia en la vida, el Espíritu Santo provoca un cambio radical (2 Corintios 5:17). Sin esta intervención divina, la vida que proviene de Dios seguirá siendo un deseo, una esperanza, pero no una posesión, una certeza (1 Juan 3:1-3).

En todos los tiempos, tal revelación siempre ha tenido el efecto de arrojar al hombre a los pies de Dios, en el sentimiento de su infinita miseria. El mejor de entre los hombres se ve como una espina, y el más recto como una zarza (Miqueas 7:4). El más fuerte se siente como estopa ante un fuego consumidor (Isaías 1:31). El más sabio reconoce su locura (1 Corintios 1:20). El más perfecto exclama: *Indigno soy* (Job 40:4). Bajo el rayo luminoso de las perfecciones divinas el más fiel descubre su impureza, y toda su justicia se le aparece como un vestido sucio (Isaías 6:5, 64:5-6). El rostro del más íntegro cambia de color y se descompone (Daniel 10:8). Ante Dios ni siquiera la luna brilla y las estrellas no son puras a sus ojos; cuánto menos el hombre, un gusano, y el hijo del hombre, un gusano (Job 25:5-6).

Si el hombre, sin embargo, se levanta después de tal revelación, es solo por la intervención providencial de Dios. Se le da gracia. Si comienza a caminar, es apoyado solo por la promesa divina que cree con todo su ser y se apropia de ella. Ahora ya no es el mismo. Su vida está separada del mundo y está fija en Dios.

Aparece una nueva creación. Las tendencias naturales ya no se enseñorean más del hombre, sino que son dominadas. La mente es renovada, es dada una nueva visión. Se enciende un fuego en el hombre, lo impulsa una pasión. Una fuerza sobrenatural lo sostiene y alimenta, y la carrera termina en plena victoria (2 Timoteo 4:7-8).

Una seria advertencia

En la historia de los primeros siglos de la Iglesia no hay ninguna mención de honores religiosos rendidos a los que hoy se llaman santos. Esta palabra no tenía el significado que se le ha dado después. No estaba reservada exclusivamente para los fieles que murieron en la práctica de las virtudes cristianas, y que la veneración de los vivos colocó en el Paraíso. Se aplicaba sin distinción a todos los miembros vivos de las nuevas comunidades eclesiales. El libro de los Hechos

de los Apóstoles y las epístolas del Nuevo Testamento dan fe de ello. Los santos según Dios, por tanto, no son hombres que hayan creído en una teoría, o que se hayan adherido intelectualmente, o incluso de corazón, a una doctrina particular. Tampoco son individuos que a fuerza de disciplina y esfuerzo lograron superarse a sí mismos, sin que necesariamente hubieran realizado milagros o acciones extraordinarias. Son seres que creyeron a Dios (Juan 6:29), una persona viva que les reveló su condición y el amor de su corazón.

Ahora conocen su voz, saben en quién creen y a quién adoran. Si todavía tienen defectos y padecen mil imperfecciones saben, sin embargo, que ya no tienen que languidecer en su miseria, ni desanimarse y detenerse en el camino. Conocen a Dios y ya no aceptan la derrota, porque saben que son amados por él y están predestinados a ser conformados a la imagen de su Hijo Jesucristo (Romanos 8:29). Dios no pudo mentirles. Además, dejando de mirarse a sí mismos, a lo que son por naturaleza, fijan sin cesar la mirada en aquel que prometió y que es fiel y poderoso para realizar todo en ellos y por ellos. Redimidos por Cristo, pertenecen a Dios, quien hizo su hogar en ellos por su Espíritu. Son santos por aquel que habita en ellos, por la vida de la vida que fluye en los pámpanos (Juan 15:1-3).

Con el evangelio vemos lo lejos que estamos de los disparates, el fanatismo, las leyendas bufas y las barbaridades que encontramos en las "*Vidas de los santos*" escritas por autores religiosos de la Edad Media. Como muchos otros, estamos convencidos de que obras de este tipo han hecho caer sobre la religión un ridículo más indeleble que los amargos sarcasmos de Voltaire.

La vida de los hombres de la Biblia

Tal como vimos en el capítulo anterior que, en última instancia, la mediocridad no era otra cosa que nuestro yo, ahora podemos enfatizar que la santidad es Dios mismo contemplado en el santuario de su gloria. Las verdades que acabamos de recordar acerca de esta revelación que Dios da de su persona, se ven a simple vista en la vida de los hombres de la Biblia.

Fue esta revelación la que hizo de Abraham un hombre obediente a Dios, dejando todo para vivir por la voluntad del Señor en tierra extranjera (Génesis 12:4). Convertido en *padre de todos los creyentes*, Abraham nos deja las huellas de su fe para que podamos caminar en ellas (Romanos 4:12).

Fue un encuentro con Dios lo que hizo del ladrón Jacob un hombre con un nuevo nombre, Israel. Fue en este encuentro que Jacob recibió bendición. Después de una noche de lucha agotadora, su alma atormentada finalmente fue liberada (Génesis 32:24-31).

Moisés, un asesino que huía, vio que su exilio llegaba a su fin después de ver la zarza ardiendo. Se convirtió en el libertador de su pueblo y en el hombre más manso de la tierra (Éxodo, capítulo 3).

El preocupado Josué, anonadado por pesadas responsabilidades, verá venir a él al Príncipe del ejército del Señor. Encontrará en esta conversación la fuerza y la dirección necesarias para cumplir su misión hasta el final y conquistar la tierra de Canaán (Josué 5:13-15).

El pobre y mezquino Gedeón se convertirá, después de su encuentro con el Señor, en el héroe que derrotó a los madianitas (Jueces 6:11 y siguientes).

Manoah y su esposa, una pareja anciana y estéril, darán a luz al poderoso Sansón después de ver y escuchar a aquel cuyo nombre es maravilloso (Jueces, capítulo 13).

Un niño, Samuel, se convertirá, por esta revelación, en el depositario de las palabras de Dios en lugar del anciano sacerdote Elí (1 Samuel 3).

Isaías, en la visión del Inefable, descubrirá su impureza, pero después de verse perdido conocerá la felicidad que trae la seguridad de la expiación de nuestros pecados y el gozo de servir a Dios entre los pecadores (Isaías, capítulo 6).

Jeremías perderá sus complejos de inferioridad y se convertirá en el profeta de la palabra de fuego, *ciudad fuerte, columna de hierro, muro de bronce*, cuando Dios haya hablado con él (Jeremías, cap. 1).

Ezequiel después de haber visto la sorprendente imagen de la gloria del Señor, será en la mano de Dios el hombre con la frente de diamante, más dura que la roca, para oponerse a los israelitas infieles (Ezequiel, capítulos 1 al 3).

Daniel, desfallecido y sin fuerzas ante la visión divina, se vio fortalecido y seguro del amor de su Dios, que lo haría capaz de conocer y comprender lo que sucederá al final de los tiempos (Daniel 10:8-21).

Jesús, el santo y verdadero

La enseñanza del Antiguo Testamento no deja de ser importante para nosotros, porque todas estas cosas son sombras de la verdadera santidad que debe manifestarse en nuestra vida, mediante la entrega total al Señor de todo nuestro ser, y la separación de todo aquello que pueda desagradarle (Romanos 12:1-2). Pero mientras que el período mosaico, que responde al período de la infancia del pueblo de Israel, sitúa la santidad sobre todo en formas externas (Éxodo 19:10-15), los Profetas, al predicar, lo expresan principalmente en el corazón (Isaías 1:16-17). Para encontrar la santidad realizada, sin embargo, es a la persona y a la vida de Jesucristo a lo que debemos mirar (Juan 6:38).

Solo él ha aceptado plenamente la voluntad de Dios y la ha cumplido perfectamente (Lucas 22:42). En él, la santidad descendió del reino abstracto de los preceptos o las promesas a la realidad histórica. Desde su venida al mundo, no solo hemos conocido, sino que hemos contemplado lo que es la verdadera santidad en la vida humana (1 Juan 1:1-3). Por fe, habiendo recibido a Jesús en nuestro corazón como Salvador y Señor, fijemos nuestros ojos en este modelo perfecto. Alimentemos nuestros pensamientos con él, y estaremos seguros de terminar nuestro camino y no seremos avergonzados en nada (Filipenses 1:20). Cuando Cristo vino a la tierra, los que se acercaron a él con fe conocieron la profundidad de su propia miseria, pero también vieron su vida física, psíquica y espiritual completamente transformada (ver los 4 evangelios).

Después de su ascensión a la diestra del Padre, fue nuevamente por la revelación de su gloria y su santidad que Cristo eligió a Saulo de Tarso para convertirlo en el apóstol Pablo (Hechos, capítulo 9, Gálatas 1:13-16). También fue por la manifestación de la gloriosa santidad de Cristo que Juan, en la isla de Patmos, fue preparado para recibir la revelación contenida en el libro del Apocalipsis (Apocalipsis 1:9-20).

Camino a la santidad

Para que toda la gloria sea sólo para Dios, es siempre por un llamamiento y una revelación por lo que nos hacemos partícipes de su santidad (Colosenses 1:12, 2 Pedro 1:3-4). Como pueblo elegido, para cada uno de nosotros la santidad consiste, repetimos, en estar apartados del mundo profano, es decir pecaminoso, y en estar consagrados a Dios (2 Corintios 5:17-18). El deber absoluto de luchar por la santidad se funda para nosotros, hijos de Dios, en la santidad de nuestro Padre celestial en el que hemos creído y hacia el que nos dirigimos. No tenemos una relación sentimental con nuestro Padre celestial, sino una relación natural (1 Juan 3:1).

Nacemos de nuevo y hemos sido engendrados de un Padre cuyo carácter esencial es la santidad. Habiendo recibido a Cristo por la fe, a medida que crecemos en la vida espiritual su personalidad debe hacerse más clara en nosotros, formarse, desarrollarse, emerger, y eso por el Espíritu Santo, en una justicia y santidad producidas por la verdad (Colosenses 1:26-29). Dios nos ha elegido para glorificarlo a través de nuestra santidad. ¿Que haremos ahora? ¿Escucharemos el llamamiento de Dios? ¿Anhelaremos con todo nuestro corazón una revelación más perfecta de él, o permaneceremos en la mediocridad?

Dios espera la decisión de nuestro corazón. Su deseo es ver como nos comprometemos en el camino que conduce a la santidad, el estado ideal y definitivo.

Este camino es santificación, trabajo espiritual y continuo que el Espíritu Santo opera en nuestras almas si le permitimos actuar durante nuestro andar terrenal. Sin embargo, seguir este camino presupone haber tenido un primer encuentro con el Hijo de Dios, Jesucristo.

-
- 1 ► Frédéric Godet (1812-1900), teólogo evangélico suizo.
 - 2 ► Ernest Naville (1816-1909), filósofo y teólogo suizo, autor de una serie de obras sobre moral protestante, entre ellas "El problema del mal" (1869), obra a la que pertenece la cita mencionada.
 - 3 ► El primer viaje a la luna fue el año 1969 con el Apolo XI, siendo el último el año 1972 con el Apolo XVII. En total se hicieron siete viajes, de los que solo seis fueron un éxito. Este libro fue escrito en 1971, cuando ya se habían hecho varios viajes al satélite de la Tierra y antes del último de ellos.
 - 4 ► Louis Bourdaloue (1632-1704), jesuita francés, reconocido por ser un brillante predicador y por la calidad de sus sermones.
 - 5 ► El astronauta Neil Armstrong pisó la luna el 21 de julio de 1969.

*Ha habido hombres tan ocupados en difundir
el cristianismo que nunca han pensado en Cristo.*

C. S. Lewis

La santidad, o la vida en Cristo

Revestirse del Señor Jesucristo

Dios nos llama a su reino y a su gloria (1 Tesalonicenses 2:12). Su objetivo para nosotros es la santidad (1 Pedro 1:15-16). Para ello nos invita a revestirnos de la vida de Cristo en nuestro caminar por este mundo (Romanos 13:14). De hecho, solo él nos permite responder aquí abajo a nuestra santa vocación y caminar de una manera digna de nuestro glorioso llamamiento (Colosenses 2:6-7). Si no tenemos nada, sabemos que en él habita toda la plenitud de la deidad, y nos encontramos en él asociados con su plenitud (Colosenses 2:9). En otras palabras, es solo en Cristo en quien el hombre se realiza, y Dios espera que sus hijos manifiesten en este mundo la vida misma de su Hijo (Efesios 1:4-6). Para que nadie se jacte ante Dios (1 Corintios 1:29-31), es por él que estamos en Cristo Jesús, quien, por Dios, se ha hecho para nosotros sabiduría, justicia, santificación y redención.

Aprender de Cristo

Tras recibir a Cristo por la predicación y enseñanza, de acuerdo con la verdad que está en Jesús, aprendemos de su vida mientras estuvo en la tierra (Efesios 4:20-24). Desde el pesebre hasta la cruz, en medio de la pobreza y en medio de un clima hostil, Jesús hizo brillar el conocimiento de la gloria de Dios (2 Corintios 4:6) a través de una vida de amor, obediencia, renuncia, dependencia, humildad, mansedumbre, confianza, fe, luz, verdad, justicia, santidad, gozo, paz y poder. Cristo realmente sufrió por nosotros, dejándonos un modelo para que sigamos sus pasos (1 Pedro 2:19-21). La aprobación de Dios reposa totalmente en ese tipo de vida. En varias ocasiones vibró el cielo y la voz del Padre manifestó su infinita satisfacción, designando públicamente a Jesús como su Hijo amado, objeto de todo su favor, su elegido, el único Maestro a quien debemos escuchar (Mateo 3:17, Lucas 9:35, Juan 12:28).

Alimentarse de Cristo

A quienes lo escuchan y creen en él, Jesús les promete la vida eterna (Juan 3:16). Y esta vida es la del Padre (Juan 1:4-14, 1 Juan 1:2), la vida misma de Dios, encarnado en su Hijo unigénito. Para que esta vida sea nuestra, Jesús tuvo que

dárnosla (Juan 10:11, 17-18). Por ello era necesaria su muerte, sin la cual su carne y sangre no podrían ser comida ni bebida para nuestras almas (Juan 6:50-58). Creer es apropiarse de esta vida entregada, es alimentarse de Cristo y dejar que Dios manifieste en nosotros el fruto de esta vida. Releamos los evangelios y escuchemos a aquel que tiene palabras de vida eterna describir en imágenes lo que significa para los que creen en él.

Unos ejemplos incomparables

Es en nosotros el frescor de una fuente de agua que brota para vida eterna. Quien beba de esta agua nunca tendrá sed (Juan 4:14). Es la satisfacción del alma por un alimento celestial, el pan vivo. Si alguno come de este pan, vivirá para siempre (Juan 6:35, 48, 51). Son ríos de agua viva que fluyen de nuestro pecho hacia nuestros hermanos y el mundo; nuestro cuerpo convertido en templo del Espíritu Santo (Juan 7:37-39). Es la luz de la vida que disipa la oscuridad de nuestro camino, la posibilidad de caminar aquí abajo bajo la luz del rostro de Dios (Juan 8:12). Es la protección y la dirección de un buen pastor, libertad de movimiento, alimento seguro y una vida abundante a la que la muerte no puede poner fin (Juan 10:1-10, 11:25-26). Es un íntimo conocimiento del Padre, la presencia misma de la Trinidad en nosotros, un poder real, la capacidad de hacer obras más grandes que Cristo y dar mucho fruto, y fruto que permanece (Juan, capítulos 14 y 15). Es ser consolados en toda circunstancia y guiados por el Espíritu Santo a toda la verdad (Juan, capítulo 16).

Una realidad para nuestro tiempo

Hombres como nosotros conocieron esta vida en Cristo. Como anunciaba la antigua profecía *el siervo perfecto del Señor*, después de haber entregado su vida en sacrificio por el pecado, verdaderamente prolongó sus días en la tierra (Isaías 53:8-11), animando con su vida a personas con las mismas pasiones que nosotros. Jesús no cambia y todavía hoy quiere manifestar los signos de su presencia en los que llevan su nombre (Hebreos 13:5, 8). Todos podemos experimentar en nuestra existencia la realidad de todas las promesas del Hijo de Dios, convertirnos en su simiente, en una plantación del Señor para servir para su gloria (Isaías 61:3).

El testimonio de Pablo

El apóstol Pablo proclama que en todo somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó (Romanos 8:37). Dios nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo (1 Corintios 15:57). Él nos da la victoria en Cristo y, a

través nuestro, difunde la fragancia de su conocimiento por todas partes. Porque en verdad somos, para Dios, el olor grato en Cristo entre los que se salvan y entre los que se pierden; para unos, olor de muerte para muerte; para otros, olor de vida para vida (2 Corintios 2:14-16). Salir victorioso en todas las circunstancias, triunfar sobre todo y siempre, esta es la verdadera manera de dar a conocer a Cristo al mundo de una manera capaz de despertar el interés por él entre los hombres.

Pablo nos revela el secreto de esta vida en estos términos: *Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí* (Gálatas 2:20). En otra parte, el mismo apóstol dirá: *Porque para mí el vivir es Cristo...* (Filipenses 1:21). Y más adelante añadirá: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece* (Filipenses 4:13). Tras su encuentro con el resucitado, Pablo nunca se detuvo. Con la mirada fija en Cristo, que se había convertido en el centro y la meta de su vida, no dijo "camino", sino "corro" (1 Corintios 9:26). Y terminó su carrera exclamando: *He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe* (2 Timoteo 4:7).

Que ninguno de nosotros dude al afirmar que la vida de Pablo fue excepcional, pues Dios eligió a este hombre para ser el mensajero del Evangelio entre los gentiles. Mientras estaba en prisión, escribió: *Hermanos, sed imitadores de mí y mirad a los que así se conducen según el ejemplo que tenéis en nosotros* (Filipenses 3:17). Ciertamente el Señor se apoderó de Saulo de Tarso. Pero este no se resistió. No solo se dejó coger, sino que también corrió con todas sus fuerzas en pos de Cristo, buscando asirlo él mismo (Filipenses 3:12). ¿Estamos corriendo, caminando o siguiendo los pasos de Cristo?

El testimonio de Santiago

Santiago nos invita a considerar como un gozo supremo ser objeto de todo tipo de pruebas. La prueba a la que se somete nuestra fe produce paciencia. Pero es necesario que nuestra constancia vaya acompañada de un trabajo perfecto, para que seamos perfectos, irreprochables. El mismo autor nos asegura que toda gracia excelente y todo don perfecto vienen de lo alto y descienden del Padre de las luces, en quien no hay variación, ni sombra de cambio (Santiago 1:17). De él podemos recibirlo todo, si no dudamos, porque Dios da gratuitamente a todos, sin reprochar nada.

¿Tenemos, en la oración, la valentía y el poder que provienen de una vida vivida en la presencia de Dios y en Dios mismo?

El testimonio de Pedro

Encontramos la misma nota de victoria en las epístolas de Pedro. Después de Pentecostés este hombre es transformado. Lleno del poder del Espíritu Santo, vio su predicación coronada de éxito. Al final de su carrera declara, por haberlo vivido que *Dios, por su poder, nos ha dado todas las cosas que pertenecen a la vida y a la piedad. Y este todo lo obtenemos por su divino poder, mediante el conocimiento de aquel que nos llamó por su gloria y excelencia. Por medio de estas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas para que, después de escapar de la corrupción que hay en el mundo por causa de los malos deseos, lleguéis a ser partícipes de la naturaleza divina* (2 Pedro 1:3-4).

Dios ha hecho todo para que el carácter y la gracia de su Hijo se encuentren y abunden en nosotros, para que no permanezcamos ociosos o estériles en el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo. Por tanto, pongamos más celo en fortalecer nuestra vocación y nuestra elección. Al hacerlo, no hay peligro de que caigamos. Porque de esta manera se nos concederá amplia y generosa entrada al Reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo (2 Pedro 1:5-11). Así como hemos encontrado un camino nuevo y vivo para llegar a Dios, a través de la propia carne de Jesús (Hebreos 10:19-20), nuestra carne mortal entregada a Dios se convierte en un camino por el cual los hombres pueden llegar a Cristo. Hemos sido redimidos a un gran precio y Dios espera de nosotros la ofrenda viva, santa y agradable de nuestro cuerpo (Romanos 12:1-2, 1 Corintios 6:20; 2 Corintios 4:10-12). ¿Sabemos en el tiempo presente cómo glorificar a Dios en nuestro cuerpo?

El testimonio de Juan

Para el apóstol Juan, la vida en Cristo trae gozo perfecto en comunión total con el Padre y su Hijo Jesucristo. El caminar del discípulo se vuelve como el del Maestro. Es una vida en luz, amor y verdad. Habiendo nacido de Dios, sus mandamientos no son gravosos. Tiene confianza ante Dios. La intimidad con Jesús lo hace triunfar sobre Satanás, el pecado y el mundo. La esperanza de su regreso lo purifica como Jesús es puro. La vida en Cristo vence al mundo, y la victoria que vence al mundo es su fe. En esta confianza que tiene en él, el redimido busca la voluntad de Dios y tiene la seguridad de ser respondido en todas sus oraciones. En un mundo sumergido enteramente en el mal, el nacido de Dios es guardado, y el maligno no tiene poder sobre él (1 Juan, capítulos 1 a 5). Habiendo recibido la inteligencia para conocer al que es verdadero, ¿tenemos excusa para no estar diariamente en él?

El testimonio de Judas

Judas, el hermano de Santiago, confirma a su vez que la vida en Cristo nos enseña acerca de todas las cosas. Afirma que la fe, es decir la totalidad de las verdades del cristianismo, fue transmitida a los santos de una vez por todas (Judas 3). Por tanto, no tenemos nada que modificar en la enseñanza recibida de Cristo y sus apóstoles. Nada que añadir ni nada que quitar. Es permaneciendo fieles a nuestro único Maestro y Señor, Jesucristo, edificándonos sobre nuestra fe, orando por el Espíritu Santo, que permaneceremos firmes en el amor de Dios, listos para recibir la misericordia de nuestro Señor Jesucristo para la vida eterna. En Cristo, tenemos la seguridad de que Dios puede salvarnos de cada caída y presentarnos ante su gloria sin mancha, con abundancia de gozo. Teniendo tal futuro, ¿podemos murmurar, quejarnos de nuestra situación y caminar en nuestros deseos?

El testimonio de Lucas

La lectura del libro de los Hechos de los Apóstoles debería convencer a quienes aún dudan de la plenitud del don de Dios. Vemos en estas páginas escritas por Lucas, *el médico amado*, la vida misma de Jesús manifestada con poder en la carne mortal de los discípulos. Nadie puede negar que Pentecostés fue la hora decisiva para los apóstoles. Antes de aquel acontecimiento, su testimonio fue el de una mediocridad dorada. Ciertamente habían respondido al llamamiento de Cristo. Sin dilación, lo habían dejado todo para seguirle: familia, bienes materiales, sustento. Sin embargo, no habían abandonado su yo. Todavía se preocupaban por su futuro. ¿Cuáles serían las consecuencias de su sacrificio? Su vida no estaba completamente en dependencia de la de su Maestro (Mateo 19:27). Este milagro se cumplió el día de Pentecostés (Hechos 2:1-4). El Espíritu Santo entró en ellos y los transformó. Cristo ya no estaba físicamente con ellos. Fue aún mejor, vino a habitar en ellos (Juan 14:23). Lo que ocurrió el día de Pentecostés debe ser una realidad para todo creyente (Hechos 2:39). ¿Conocemos individualmente la plenitud y renovación del Espíritu Santo?

Una comparación necesaria

Enseñamos fácilmente que nuestros privilegios en la era cristiana son infinitamente superiores a los que disfrutaban los creyentes del Antiguo Pacto. El Espíritu Santo revestía momentáneamente a aquellos hombres con su poder. A través de él realizaron actos valerosos. Sin embargo, el Espíritu Santo no habitaba permanentemente en ellos (Juan 7:39). Pero en el nuevo pacto, desde la ascensión de Cristo al Padre, el Espíritu prometido, el Consolador, fue enviado a la tierra a habitar en la Iglesia y en cada creyente (1 Corintios 12:13). Si esto es

cierto, ¡qué vida deberíamos tener! Cualquier alma regenerada que contemple la vida de los hombres de Dios del Antiguo Testamento solo puede exclamar:

—¡Cómo debería ser mejor mi comprensión de los pensamientos de Dios que la de Abel, cuyas obras eran justas! Había seguido el consejo de Dios sobre el pecado y el sacrificio. Su ofrenda sangrienta fue aceptada por la divinidad.

—¡Cómo debería ser mi caminar en este mundo más santo y más fiel que el de Enoc! Este patriarca caminó trescientos años con Dios, en medio de una generación corrupta y perversa. Supo agradar a Dios hasta tal punto que el Señor se lo llevó, para que no viera la muerte.

—¡Cuánto más útil debería ser mi obra que la de Noé! Divinamente advertido de hechos que aun no se habían producido, fue presa de un respetuoso temor y construyó un arca para salvar a su familia.

—¡Cómo debería superar mi obediencia a la de Abraham! Por orden de Dios, este hombre dejó su país y sus parientes y se fue sin saber a dónde se dirigía.

—¡Cómo, finalmente, mi fe debería estar más viva que la de todos estos héroes citados en la epístola a los Hebreos! Muchos conquistaron reinos, impartieron justicia, obtuvieron promesas, cerraron la boca de los leones, abrazaron el poder del fuego, escaparon del filo de la espada, sanaron sus enfermedades, fueron entregados al tormento y no aceptaron la liberación. Otros fueron burlados y azotados, encadenados y encarcelados. Otros fueron apedreados, aserrados, torturados. Murieron asesinados a espada, iban de aquí para allá, vestidos con pieles de oveja y pieles de cabra, desprovistos de todo, oprimidos, maltratados, vagando por los desiertos, las montañas, las cuevas y las guaridas de la tierra, de los cuales el mundo era indigno (Hebreos, capítulo 11).

A pesar de nuestras ventajas espirituales, ¿estamos viviendo mejor que los testigos de Dios que precedieron a la era cristiana?

Una honesta confesión

Si somos rectos ante Dios, vemos nuestra miseria y la gran debilidad del testimonio cristiano. Somos lentos de entendimiento para comprender y creer los pensamientos profundos de Dios, incluso sobre el pecado y su expiación a través de la sangre de Cristo. Abel comprendió lo que muchos de nuestros contemporáneos aún no pueden concebir. Nuestras dificultades para caminar con Dios son cada vez más visibles. Su aprobación ya no es suficiente para nosotros. Su santa presencia apenas deleita nuestro corazón. No podemos estar cara a cara con Dios. Nos amoldamos al mundo y nos hacemos amigos de él. El temor saludable al juicio de Dios tiende a perderse. Ante los terribles acontecimientos que

vendrán sobre la tierra, permanecemos inconscientes. ¿Dónde está nuestro celo por advertir a las almas y avisar a los que están a punto de morir? Somos reacios a tomar partido y trabajar por una obra que condena al mundo. Nos es difícil ir contra la corriente del pensamiento y la sabiduría humanos.

Religioso o ateo, el hombre quiere mejorar el mundo, mientras que el plan de Dios es sacar del mundo, al que va a juzgar, un pueblo que lleve su nombre. Noé creyó, temió, predicó y trabajó por su propia salvación. Apenas sabemos cómo obedecer los mandamientos de Dios, cuando su voz confunde nuestros pensamientos, proyectos y planes. En medio del paganismo, Dios encontró a un hombre del que podía disponer. Abraham estaba dispuesto para Dios. Reconozcamos cuán reacios somos a dejar todo por Dios. Nuestra posición, nuestra comodidad, nuestra reputación, nuestro prestigio, nuestros derechos todavía significan mucho para nosotros. Moisés supo rechazar una posición destacada y perderlo todo por su pueblo y su Dios. Nuestra incredulidad nos paraliza. No creemos que Dios pueda hacer algo a través nuestro, si nos entregamos a él. Hemos olvidado que su poder se perfecciona en nuestra debilidad (2 Corintios 12:9). Incluso en los días críticos de los jueces, Gedeón y otros con él, y después de él, creyeron. Conocieron victorias asombrosas.

Finalmente, el miedo al sufrimiento, el apego a nuestros bienes, la búsqueda de honores, toda nuestra actitud clama al mundo que todavía nos aferramos a nuestra vida terrenal, a este yo odioso al que solo hemos renunciado en teoría. No vivimos ni aplicamos los ideales que profesamos. Los héroes del Antiguo Testamento, a pesar de sus faltas, lo perdieron todo, despreciando al mundo y sus propias vidas por amor a su Dios.

Un severo diagnóstico

Es inútil dogmatizar. Si queremos sanar es hora de admitir nuestra mediocridad. Se refleja en la Iglesia y en nuestro testimonio por todos los males que sufrimos colectiva e individualmente. Pobre entendimiento de las verdades fundamentales del cristianismo, andar cojos espiritualmente, hacer obras muertas, desobediencia flagrante a los mandamientos de Dios. Algunos van en dirección opuesta a la voluntad de Dios. Otros se quedan donde están. Se toleran la idolatría y las falsas doctrinas, deseando a toda costa permanecer en *el país de su nacimiento y de su parentela*. No sabemos renunciar. Por otro lado, insistimos en nuestros derechos, nos aferramos a lo que tenemos. Sin ni siquiera darse cuenta, algunos se oponen con todas sus fuerzas al Espíritu Santo, que quisiera llevarlos más lejos. De estas actitudes nacen el cansancio, las disputas, las riñas, los celos, las divisiones que entristecen y apagan el Espíritu.

En este estado, las iglesias ya no conocen la oración victoriosa. Las respuestas son raras. La duda corroe los corazones. Al exponer nuestras peticiones a Dios, sentimos la necesidad de inclinarnos hacia la derecha y hacia la izquierda, cerrando así nuestro acceso al cielo por nuestra falta de fe. Mientras afirmamos servir al Señor, ya no tenemos tiempo para él; estamos ocupados organizando nuestra vida y nuestras comunidades de tal manera que Dios ya no tenga que intervenir. Sin darnos cuenta, estamos construyendo refugios contra las dispensaciones de la Providencia, asegurándonos en este mundo contra todos los riesgos posibles. Y esta vida que se adapta al mundo se ha vuelto tan normal en las iglesias que cualquier cosa que no parezca mediocre resulta extraña. Es aquí donde podemos recordar una vez más las palabras de J. Joubert¹: *La mediocridad es excelente para los mediocres.*

Un remedio posible

Dios quiere una vida plena para los suyos (Efesios 5:18b). Despertemos y consideremos seriamente nuestra vocación y nuestra elección. No llegamos hasta el final de la experiencia cristiana. Conocemos la Navidad, el Viernes Santo y la Pascua, pero parece que ignoramos el poder de Pentecostés. O, si lo hemos sabido, hemos perdido nuestro primer amor y hemos contristado al Espíritu Santo de Dios que está en nosotros (Apocalipsis, capítulo 3).

No escuchemos o defendamos la Palabra. Practiquémosla. Las promesas de Dios son ciertas y verdaderas, las condiciones de su cumplimiento están a nuestro alcance. Habiendo reconocido y confesado nuestro pecado, caminemos en una nueva obediencia a los mandamientos del Señor. Él quiere nuestra felicidad. No tengamos miedo de renunciar a nosotros mismos. De lo contrario nos quedamos a mitad de camino, y estar a mitad de camino es elegir la mediocridad como nuestro objetivo en la vida. Es servir y no servir a Cristo. El servicio al que Dios nos llama debe realizarse con alegría (Salmo 100:2). Pero para servirle con alegría hemos de amarlo. Este amor nos conduce a la obediencia. Y esta obediencia nos lleva a renunciar a todo por él. Mediante esta renuncia, vivimos en medio del mundo en completa dependencia de él, manifestada por la confianza, la fe, la humildad y la mansedumbre de Cristo (2 Corintios 10:1).

Debemos tener una comprensión clara de lo que Dios espera de nosotros. Estamos llamados a amar al Señor; a acompañar a las almas a someterse a Dios y llevarlas a renunciar a todo por él. Dios no espera nada más de nosotros. No le importan nuestras iniciativas ni nuestra imaginación. No hemos de preocuparnos por lo que somos o seremos algún día a los ojos del mundo, sino de que a través de nuestro amor, nuestra obediencia y nuestra renuncia total, Dios pueda hacer algo con las almas a través nuestro. No perdamos nunca de vista esto,

porque si no muy pronto acabaremos en el callejón sin salida de la mediocridad. Hace cuatro siglos, una notable cristiana dijo: *Lo importante es aborrecer la propia vida e ignorar los honores. Cuando los apóstoles proclamaban la verdad y la defendieron, para la gloria de Dios, no les importó si lo perdían o lo ganaban todo. Porque es indiferente para aquel que sacrifica todo por Dios. ¡Qué gran libertad disfrutamos, cuando consideramos como esclavitud vivir y ser dirigidos según las leyes del mundo!*

Como esta libertad se obtiene de Dios, no hay esclavo aquí en la tierra que no deba estar dispuesto a arriesgarlo todo por Cristo. Él es el camino verdadero. Caminemos en él sin detenernos, porque no podremos llegar a la posesión total de tan rico tesoro hasta el final de nuestra carrera. Que el Señor nos conceda la gracia para hacerlo.

Entonces nacerá tu luz como el alba y tu salvación se dejará ver en seguida; tu justicia irá delante de ti y la gloria del Señor será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá el Señor; clamarás, y dirá él: «¡Aquí estoy!» (Isaías 58:8-9a).

*¡Cantad al Señor, vosotros sus santos, y celebrad
la memoria de su santidad!*

Salmo 30:4

La santificación **El camino que conduce a la santidad**

La infinita y multiforme sabiduría de Dios

Dios aún no ha terminado de asombrar a los discípulos de su Hijo, por la conversión de los más lejanos o cercanos a él. También quiere que entendamos que todos los caminos que conducen al bien (Proverbios 2:9) no necesariamente siguen la ruta que él nos ha trazado, o que siempre estamos dispuestos a imponer a los demás.

¿Quién podría haber previsto la conversión de la mujer samaritana después de su encuentro con Jesús en el pozo de Jacob? ¿Quién hubiera pensado que esta mujer llevaría la fe en el Salvador del mundo, a muchos de sus conciudadanos? (Juan 4:4-42).

¿Quién podía esperar la liberación del peligroso loco que vivía entre los sepulcros de la tierra de los gadarenos? ¿Quién podía imaginar todo el trabajo que este endemoniado liberado haría por Jesús en Decápolis? (Marcos 5:1-20).

¿Quién hubiera pensado que Jesús, en Jericó, a pesar de los murmullos de la multitud, iría y se quedaría en la casa de Zaqueo, recaudador de impuestos, trayendo la salvación a aquella casa y produciendo allí fruto inmediato? (Lucas 19:1-10).

¿Quién hubiera esperado la conversión del malhechor en la cruz y quién hubiera creído que iría al cielo, cuando poco antes de su muerte había insultado, junto con su compañero, al Señor crucificado? (Mateo 27:44, Lucas 23:40-43).

¿Quién hubiera pensado que, tras su grave fracaso y su triple negación, Pedro, restaurado por el Señor traería en su primera predicación de Pentecostés tres mil almas al Señor? (Hechos 2:41).

¿Quién podía pensar que, en el mismo momento en que Saulo de Tarso caminaba hacia Damasco, respirando amenazas y muerte contra los creyentes, Dios iba a derribarlo en el camino y convertirlo en el apóstol de los gentiles? (Hechos 9:1-16).

¿Quién podía suponer que en la ciudad de Filipos, una mujer llamada Lidia creería lo que Pablo estaba diciendo, en una reunión al aire libre junto a un río?

¿Quién hubiera imaginado que esta vendedora de púrpura pondría inmediatamente su casa a disposición del apóstol y sus compañeros? (Hechos 16:12-15).

En esa misma ciudad de Macedonia, ¿quién hubiera creído que el carcelero de la prisión, una noche, escucharía la palabra del Señor y sería salvo y bautizado, él y toda su casa? (Hechos 16:23-24).

Y podríamos citar otros ejemplos de conversiones, tanto en el Antiguo Testamento como en los Evangelios, los Hechos y las Epístolas. Todas corroboran las palabras de Jesús a Nicodemo el fariseo: *El viento sopla de donde quiere y oyes su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Lo mismo ocurre con quien nace del Espíritu* (Juan 3:8).

Las inmensas riqueza de su gracia

Cuando Dios, en su absoluta soberanía, ofrece su gracia a un alma, no está limitado por hombres, lugares o circunstancias. Gloriosamente libre, su hora no es siempre nuestra hora y, muy a menudo, el modo en que el Señor se revela a sus criaturas y los medios que emplea, no se corresponden en absoluto con nuestros pequeños esquemas evangélicos y nuestra comprensión teológica de las cosas espirituales (Romanos 11:33-36). Incluso los inconversos tienen también sus ideas de cómo Dios debería operar hacia ellos para purificarlos. Naamán, el sirio es un ejemplo. Sin las insistentes exhortaciones de sus servidores, este general habría perdido la bendición y hubiera vuelto furioso, pero todavía leproso, a su país. Para ser sanado, tuvo que renunciar a su orgullo y a los pensamientos de su propio corazón, para someter su voluntad a la Palabra de Dios, pronunciada para él por el profeta Eliseo (2 Reyes 5:1-19).

No son nuestras buenas obras o nuestras formas de piedad, ni nuestra concepción personal de la verdad, ni la comprensión recibida las que producen nuestra salvación. Sólo la fe nos salva, cuando se aferra a la gracia de Dios en el momento en que él, en su gran paciencia, nos la concede.

Una salvación tan grande

Una cosa, sin embargo, no varía. En todo momento, la salvación ofrecida al hombre por un Dios santo solo puede ser la santidad misma. La obra redentora de nuestro Creador no termina con la justificación de los pecadores. Siempre incluye su santificación y su glorificación. Por eso la Palabra de Dios es totalmente ajena a esa *pequeña salvación* que daría al perdido la seguridad gratuita del perdón de sus pecados y una garantía contra el infierno y los tormentos eternos, pero dejándolo vivir bajo el dominio del pecado (Romanos 6:14).

Si ya hemos mostrado cómo la gracia de Dios, fuente de salvación para todos los hombres, se manifiesta de varias formas, por otro lado, es bueno enfatizar nuevamente que la enseñanza de la gracia es la misma en todos los tiempos y para todos los hombres. Esta gracia enseña a los que son salvos a renunciar a la impiedad y a las concupiscencias mundanas, y a vivir en la era presente de acuerdo con la sabiduría, la justicia y la piedad, aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación de la gloria del gran Dios y de nuestro Salvador Jesucristo (Tito 2:11-14).

La revelación de tan gran salvación de Dios para los hombres es obra del Espíritu Santo (1 Corintios 2:9-10). Desde el principio y hasta el final de la carrera cristiana, el Espíritu continúa su acción en nosotros, deseando llegar a todos los ámbitos de nuestra vida. En algunos, opera mediante una iluminación repentina que les hace aceptar como verdaderas, no sólo la existencia de Dios, sino también el testimonio que las Escrituras dan del hombre y de la persona y obra de Jesucristo.

El descubrimiento de la luz

Muy a menudo, digámoslo, es escuchando la predicación fiel del evangelio, o simplemente leyendo la Biblia, que los incrédulos entran en contacto con el Señor. Aprenden por sí mismos que no hay salvación en nadie más que en Jesús; porque no hay otro nombre debajo del cielo dado a los hombres, en el que podamos ser salvos (Hechos 4:12). Lejos de producir en el oyente o lector de la Biblia un gozo estimulante, la Palabra de Dios suscita primero en el corazón de quien la recibe, un temor saludable y una profunda humillación (Habacuc 3:2a).

Si a veces en la obra de la gracia la fe precede al arrepentimiento, así como el conocimiento del amor de Dios puede llegar antes que la revelación de su justicia y santidad, podemos estar seguros de que, tarde o temprano, el Espíritu de Dios hará que nos conozcamos a nosotros mismos y nos revelará las maldades de nuestro corazón carnal. No es probándonos a nosotros mismos que aprendemos a descubrir el pecado dentro de nosotros y nuestra debilidad natural. La luz que ilumina todo nuestro ser emana de la vida misma de Cristo, y la excelencia de esta vida nos hace descubrir nuestra propia ruina. Llenos de horror por lo que somos ante Dios comprendemos que, con o sin nuestras obras, solo merecemos la condenación y la muerte.

El arrepentimiento ante Dios

Este dolor agudo, esta tristeza, según Dios, no es otra cosa que el arrepentimiento, que es el comienzo o la profundización de la obra de la gracia en el

hombre (2 Corintios 7:9-11). Ya sea que venga antes o después de la fe, no hay vida profunda con Dios sin que el alma humana sepa por experiencia qué es el arrepentimiento. Los hombres más rectos y puros han conocido este arado del alma que conduce a la vida abundante y permite que se den más frutos para Dios. Nuestro Padre Celestial no permite que sus hijos vivan en ilusiones o incluso en el deslumbrante amanecer. A través de sus caminos y según el estado de cada uno de nosotros, Dios nos está educando. Su Espíritu nos presenta las declaraciones formales de la Sagrada Escritura. La conciencia del pecador, siendo despertada, exige imperiosamente la expiación de sus faltas.

Pero, ¿qué expiación puede dar paz a una conciencia cansada y descanso a un corazón atribulado? Una expiación que nos dejara la vida y que se cumpliera con obras, penitencias, mortificaciones y un ascetismo muy estricto, no llegaría a cubrir nuestros pecados. Una convicción nacida de la acción del Espíritu Santo y de la Palabra de Dios nos hace admitir que la paga del pecado es muerte (Romanos 6:23a), y que sin derramamiento de sangre no hay perdón de pecados (Hebreos 9:22). En el amanecer gris de un nuevo día, el creyente clama: *¡Ay de mí que soy hombre muerto!* (Isaías 6:5). Y también: *¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?* (Romanos 7:24).

La fe en nuestro Señor Jesucristo

La convicción de pecado y la confesión de nuestra incapacidad para salvarnos a nosotros mismos suelen estar entre los primeros signos de la gracia de Dios operando en el corazón. El Espíritu Santo dirige entonces nuestra mirada a Cristo, cuya misión terrenal no sólo consistió en hacer saber a los hombres lo que son ante Dios, sino en mostrarles su amor y convencerlos de su perfecta justicia (Juan 16:8-11).

Por el don de su Hijo unigénito, Dios quiere salvar de la perdición eterna a todo aquel que crea en él. Al revelarnos las infinitas perfecciones de su Hijo unigénito, Dios nos asegura que esta vida ha cumplido con todos los requisitos de su santidad. Esta vida fue dada por nosotros. A través de la Palabra de Dios, el Espíritu Santo aplica la sangre derramada de Cristo a nuestra conciencia, y nos recuerda que Jesús expió nuestras iniquidades en la cruz del Calvario, para que su vida resucitada se convierta en nuestra vida.

Ante las declaraciones de Dios, que no puede mentir y que nos ha mostrado su amor en el Gólgota, la fe brota del corazón y se apropia de este divino Salvador. Al confesar al Señor Jesús con nuestra boca y creer en nuestro corazón que Dios lo levantó de los muertos, somos salvos (Romanos 10:9-10).

Justificación y santificación

Desde el momento en que un alma acude a Cristo, por la fe en su Palabra, la justificación del pecador es total ante Dios (Romanos 3:21-26; 5:1-2). Creyó lo que Dios le dijo sobre el hombre y lo que le reveló sobre su Hijo. Ahora sabe que sus pecados están perdonados y que Dios ya no los recuerda (Hebreos 10:17). La certeza de la Palabra de Dios llena de alegría su corazón y el mismo Espíritu Santo viene a dar testimonio a su espíritu de que es hijo de Dios, que tiene vida eterna (Romanos 8:16).

Entonces comienza en los redimidos del Señor la obra de santificación, que es la obra espiritual continua del Espíritu Santo dispuesto a reproducir la vida de Jesús en nuestra carne mortal. Fijando nuestros ojos en Jesús, él nos transforma en la misma imagen, de gloria en gloria (2 Corintios 3:18), hasta que el Señor Jesús, en su venida, nos haga semejantes a él cuando lo veamos como él es (Filipenses 3:20-21). Es a esta obra de santificación, que sigue a la justificación y precede a la glorificación, a la que estamos llamados a trabajar con temor y temblor (Filipenses 2:12-13), renunciando totalmente a nosotros mismos y a lo que somos por naturaleza, para seguir a Cristo, convertido en nuestra vida, nuestro modelo, nuestra meta.

Os aseguro que si el grano de trigo que cae en la tierra no muere, seguirá siendo un único grano, pero si muere produce mucho fruto. El que ama su vida la perderá; y el que en este mundo aborrece su vida la guardará para vida eterna. Si alguno quiere servirme, sígame. Donde yo esté, allí también estará mi servidor. A quien me sirva, mi Padre le honrará (Juan 12:24-26).

Un recordatorio necesario

En el lenguaje de las Escrituras, santificar significa apartar para el servicio de Dios. Si la santidad es el fin a alcanzar, la santificación es el camino que conduce a esta gloriosa meta. Dios quiere formar en la tierra, separándolo del mal, un pueblo que le honre y le sirva (Efesios 1:4-5), esperando del cielo a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, Jesús, que nos libra de la ira venidera (1 Tesalonicenses 1:10). El Dios que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad (1 Timoteo 2:3-4) nos llama de ahora en adelante a participar de su santidad, que es más que su carácter, es su propia naturaleza (Hebreos 12:10). Según las Escrituras, la santificación no es solo una condición de la salvación, sino que es una parte integrante de la misma. Es un elemento necesario. Así como sin derramamiento de sangre no hay perdón (Hebreos 9:22), sin la santidad nadie verá al Señor (Hebreos 12:14).

Anunciar correctamente la palabra de verdad

Cuando predicamos el evangelio, nos corresponde llevar a las almas todo el consejo de Dios (Hechos 20:27), para no dejar que los hombres vivan en la más trágica de las ilusiones. El que dispensa justamente la Palabra de verdad (2 Timoteo 2:15) nunca podrá enfatizar lo suficiente el precio de la gracia de Dios (1 Corintios 6:20, 1 Pedro 1:18-20). Si el pecado reinó para muerte, la gracia reina por la justicia para vida eterna (Romanos 5:21).

Entonces, la fe que salva no consiste solo en creer en el sacrificio redentor de Cristo. Toda fe real deposita en nuestro corazón el germen de una nueva vida que nos conduce desde nuestra conversión, por el camino de la salvación. En este camino aprendemos que nuestra persona y nuestra vida, todo nuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, pertenecen al Señor que quiere consagrarlos por su Espíritu al servicio de Dios (1 Tesalonicenses 5:23).

Cuando la conversión es obra del Espíritu Santo, y no producto de un condicionamiento religioso artificial, tendente a arrancar una decisión de un corazón carnal, engañoso y desesperadamente malvado, la fe que se aferra a la gracia de Dios produce una renovación interior total (Romanos 6:19). La vida entera es transformada (2 Corintios 5:17). De ahora en adelante ya no nos pertenecemos a nosotros mismos (1 Corintios 6:19), sino que nos convertimos en siervos de Dios. Somos su obra, habiendo sido creados en Jesucristo para las buenas obras que Dios ha preparado de antemano, para que las practiquemos (Efesios 2:10).

Unas verdades inseparables

Como ya hemos señalado, la santificación es inseparable de la justificación por la fe, sin la cual no es posible. Sin embargo sería un error confundirlas. Las Escrituras las distinguen pero también asocian siempre estos dos elementos de nuestra salvación, ambos centrados en Jesucristo. El apóstol Pablo escribió a los corintios: *Pero gracias a él vosotros estáis en Cristo Jesús, que ha sido hecho para nosotros sabiduría de Dios, justificación, santificación y redención* (1 Corintios 1:30).

La justificación es completa desde el primer momento para cualquiera que, sin esperanza en sí mismo, haya respondido al llamamiento del Salvador: *¡Ven a mí!* (Mateo 11:28-30). El hombre pecador encuentra entonces en Jesús perdón y paz. Bebe gratis de la fuente del agua de vida (Apocalipsis 22:17).

La santificación, por el contrario, nunca se completa. Es la asimilación progresiva por el alma de la vida de Cristo, y la respuesta del creyente a esta otra llamada de Jesús: *Permaneced en mí y yo (permaneceré) en vosotros* (Juan 15:4).

La santificación que no se basa en la justificación por fe no tiene valor ante Dios. Asimismo, no existe una justificación que no sea seguida de santificación.

El fruto natural de la fe

La gran salvación que nos presenta la Palabra no es otra que la posesión de Dios en la eterna bienaventuranza. En la conversión, Dios nos hace conscientes de su inmenso amor por nosotros. Entendemos no solo que él nos ama (Apocalipsis 1:5b), sino que siempre nos ha amado (Jeremías 31:3b), y que nada podrá separarnos de su amor (Romanos 8:38-39). Sin embargo él no nos conforma instantáneamente a la imagen de su Hijo ni nos lleva inmediatamente a la gloria. Por eso la Escritura declara que en esperanza somos salvados (Romanos 8:24).

Dios nos promete la salvación, hecha posible por la obra perfecta de Cristo. La fe se apropia de esta promesa y el Espíritu Santo deposita en nuestro corazón el germen de una nueva vida. Este germen se va desarrollando y su crecimiento es la santificación o, si se quiere, un elemento de la regeneración. Por tanto, la santificación no es un esfuerzo de la vieja naturaleza que busca una reparación o una nueva dirección. Es el fruto natural de la fe en Jesucristo, una vida en el Espíritu que también nos lleva a caminar en el Espíritu (Gálatas 5:25).

Este caminar por la fe consiste en dejar de seguir nuestros propios caminos y los deseos de nuestros ojos, en no seguir más las inclinaciones de nuestro corazón. Desde el día en que conocimos el amor que Dios tiene para con nosotros, desde el momento en que creímos (1 Juan 4:16), el Espíritu Santo vino a morar en nosotros, solo él puede reducir la carne al silencio, crucificándola junto con sus pasiones y deseos (Gálatas 5:24). Llenando nuestras almas con el conocimiento de la voluntad de Dios, con toda sabiduría y entendimiento espiritual, el Espíritu Santo nos hace andar en un camino digno del Señor, para ser enteramente agradables a él, dando fruto en toda clase de buenas obras y creciendo mediante el conocimiento de Dios. Fortalecidos así en todos los aspectos por su glorioso poder él puede mantenernos siempre perseverantes y pacientes (Colosenses 1:9-11).

Como Cristo

El modelo de santificación es Cristo. Siervo de Dios por excelencia, se santifica por los suyos (Juan 17:19). Está totalmente dedicado a Dios y a su obra de salvación. Jesús es el camino. Es la verdad, ¡Cristo es la vida! (Juan 14:6). Los discípulos siguieron sus huellas y, en virtud de nuestra fe, estamos comprometidos en los caminos de la santificación (1 Corintios 1:2).

Lamentablemente, a lo largo de la historia, muchas iglesias, ignorando la

espiritualidad del cristianismo, han reducido la santificación a un judaísmo obsoleto. La obra del Espíritu en nosotros no nos conduce a un ascetismo exterior: celibato, abstinencia, mortificación. Muchas almas ignorando la sencilla enseñanza del evangelio han dado con sus prácticas y su forma de vida una imagen caricaturesca y repulsiva de la santificación.

La auténtica vida cristiana no se manifiesta en la privación de personas y cosas, sino en la entrega total de uno mismo al Señor y al prójimo por el que murió Jesucristo. No es cuestión de obedecer reglas y mandamientos humanos: ¡no manejes, no gustes, no toques! (Colosenses 2:20-21). Todo lo que es verdaderamente natural es bueno, es don de Dios y puede ser santificado por la oración y hecho para la gloria de Dios (1 Timoteo 4:1-5, 1 Corintios 10:31). Por tanto, el deber del cristiano no es abstenerse, sino subordinar lo visible a lo invisible.

Así es como Cristo unió la disciplina espiritual y la libertad práctica en su vida. Al liberarnos, Cristo nos hizo verdaderamente libres (Gálatas 5:1). Solo que no tenemos que usar nuestra libertad como una oportunidad para satisfacer la carne. Al contrario, por amor, hemos de servirnos unos a otros ya que toda la ley se cumple en esta declaración: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo* (Gálatas 5:13-14).

La necesidad de la santificación

Habiendo nacido de Dios, hemos recibido el Espíritu de su Hijo en nuestro corazón. No estando ya bajo la ley, sino bajo la gracia, nos consideramos por fe muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo. Sin embargo, la lucha contra el pecado y, por tanto, la obra de santificación se renueva constantemente, porque los enemigos de nuestra salvación, si bien han sido vencidos, aún no están aniquilados. Debemos tener en cuenta a Satanás, el tentador, también llamado nuestro adversario, el diablo. Merodea a nuestro alrededor como león rugiente, buscando a quien devorar (1 Pedro 5:8). También se transforma en ángel de luz, esperando la oportunidad favorable para seducir a los elegidos y hacerlos caer en sus terribles redes (2 Corintios 11:14).

Hasta el final del camino, estamos llamados a ser sobrios, a velar y a orar para resistir y vencer al Príncipe de este mundo. El mundo en el que vivimos, y donde estamos para dar testimonio de Dios, también hará todo lo posible por seducirnos con sus engañosos atractivos. Sabiendo que todo lo que hay en él, la concupiscencia de la carne, de la vista y la soberbia son ajenas a la vida de Dios (1 Juan 2:15-17), rechazaremos la amistad de este siglo, recordando que Jesús, el amor del Padre, no tiene cabida en el corazón de los que aman al mundo (Santiago 4:4).

El pecado, no pudiendo ya dominarnos, buscará encontrar en nuestra carne un terreno adecuado para manifestar sus obras. Sabemos que el pecado nos envuelve fácilmente con las preocupaciones diarias (Hebreos 12:1). La única forma de rechazarlo es considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo (Romanos 6:11). Debemos saber finalmente, que nuestra muerte con Cristo y nuestro nuevo nacimiento, no puso fin a la carne, sino a su reinado, a sus crudas manifestaciones, a este viejo hombre, a esta antigua forma de vida que manifestaba nuestro ser no regenerado (1 Pedro 1:18). En efecto, nuestro viejo hombre, manifestación del pecado y de la carne, fue crucificado (Romanos 6:6). Por tanto, tenemos que deshacernos de él por completo (Colosenses 3:9), habiéndonos revestido del nuevo hombre creado según Dios (Efesios 4:20-24), para ser alimentados por la Palabra y dirigidos por el Espíritu Santo.

El nuevo hombre no es deudor de la carne para vivir según ella (Romanos 8:12). Los derechos que ella reclama los ha perdido. Por eso la Escritura nos exhorta a no proveer para los deseos de la carne (Romanos 13:14). Así es como todo lo anterior nos hace comprender por qué la vida cristiana que sigue a la conversión se nos presenta siempre en los evangelios y las epístolas como una carrera, una lucha, un esfuerzo, un acto continuo de vigilancia para permanecer en la dependencia del Señor y en total entrega a su voluntad (Colosenses 4:12b).

Mas ahora que habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios, tenéis por vuestro fruto la santificación, y como fin, la vida eterna.

Romanos 6:22

El secreto de la santificación

Una obra del Espíritu de Dios

Estar en Cristo

Por amor, Cristo se santificó a sí mismo por los suyos (Juan 17:19). Él es, por tanto, el camino por el que todo discípulo debe andar al cruzar este mundo. No hay vida cristiana real fuera de este camino, nuevo y vivo. A través de su propia carne, Jesús inauguró para todos sus redimidos el único camino que conduce al Padre (Hebreos 10:19-20; Juan 14:6). Si por la fe permanecemos en Cristo, él permanece en nosotros, y no tenemos nada para mostrar al mundo excepto a Cristo. Siendo Jesús nuestra santificación, los que están en él están protegidos por él de todo mal. Cualquiera que permanezca en Cristo ya no tiene que preguntarse de qué separarse o de qué abstenerse. Cristo está entre él y todo lo que le rodea. Cualquier cosa que pueda destruir el carácter de Cristo ante los hombres debe considerarse una caída, aunque puede que no parezca un pecado grave.

Con demasiada frecuencia, son las cosas que ignoramos las que contristan al Espíritu Santo y retrasan nuestro progreso espiritual en el camino hacia la santificación. En este caminar en Cristo, que debe caracterizar a todos los redimidos del Señor, el alma aprende a conocer la verdad que está en Jesús. Esta verdad es el pensamiento de Dios con respecto a todas las cosas. El que ha recibido la Palabra divina y cree en el Hijo de Dios, obtiene del Señor la fuerza necesaria para seguirla. Con este nuevo poder, puede pelear la buena batalla y terminar su carrera terrenal manteniendo la fe (2 Timoteo 4:7). A cualquier edad, según el plan de Dios, el hombre regenerado está listo para dejar esta vida en circunstancias tranquilas o violentas. El sentimiento de la gracia de Dios y la seguridad de la recompensa llenan su corazón hasta el final. Su paso de este mundo al Padre será el acto final por el cual el hijo de Dios sellará su testimonio ante incrédulos y creyentes.

Esta vida de total dependencia del Señor solo puede concebirse si Dios se ha convertido en el objeto de nuestros más queridos afectos. La fuerza para seguir los pasos de Cristo tiene su origen en el amor de Dios revelado por el don inefable de su Hijo. Este amor del hombre por Dios es fruto del Espíritu Santo que nos conduce a un conocimiento cada vez más íntimo del Señor y de sus pensamientos de gracia para con nosotros. Convertidos en hijos de Dios por la

fe, adoramos al Padre en espíritu y en verdad, relacionándolo todo con Dios en la vida práctica. Tanto si Dios nos prueba como si nos castiga, si nos libera o nos da gozo, todo es recibido de su mano, con la seguridad de que los motivos del Padre siempre proceden de su bondad infinita para con el hombre. Permanecemos así en la certeza que da la gracia, en la presencia de Dios, que está por encima de todo, en todas partes y en todos (Efesios 4:6). Este es el secreto de un caminar santo y tranquilo en perfecta paz de espíritu (Isaías 26:3). El amor del Padre, la gracia del Hijo y la comunión del Espíritu Santo están constantemente activos en nuestra vida (2 Corintios 13:14).

Una doctrina esencial

Toda la doctrina de la salvación en el Nuevo Testamento se basa en el principio de nuestra muerte y resurrección con Cristo. Jesús no solo murió y resucitó por nosotros, sino que morimos y resucitamos con él y somos asociados con él en su gloria. La fe nos hace tomar las Escrituras en serio. A medida que hacemos la voluntad del Señor cada vez mejor, aprendemos por experiencia que la doctrina de Jesús es divina y no habló por su propia cuenta (Juan 7:17).

En nuestro estado natural, ajenos a la vida de Dios, se nos consideraba muertos en nuestras faltas y en nuestros pecados y por tanto, incapaces de salvarnos a nosotros mismos (Efesios 2:1, Romanos 5:6). Al revestirse de un cuerpo de carne semejante al pecado, Jesús hizo posible la condenación del pecado en la carne. Con su muerte en la cruz, el Unigénito de Dios satisfizo plenamente los justos requisitos de la ley (Romanos 8:3). Pero Cristo no solo expió todas nuestras faltas al tomarlas sobre sí mismo. Con la ofrenda de su cuerpo, hecha una vez para siempre, Jesús quiso separarnos del pecado atrayéndonos a él en su muerte y resurrección (Hebreos 10:10-18). Habiendo sufrido por nosotros en la carne, Jesús terminó con el pecado, dándonos la posibilidad de no vivir más según los deseos de la carne, sino según la voluntad de Dios, durante el tiempo que nos queda por vivir (1 Pedro 4:1-2). Por ello debemos considerarnos muertos al pecado y vivos para Dios en Jesucristo (Romanos 6:11).

El Espíritu, el agua y la sangre

Dios obra nuestra santificación a través de su Espíritu, que tiene la Palabra de Dios como órgano y la preciosa sangre de Cristo como fundamento. El Espíritu de Dios, tan distinto del nuestro, obra en todo el hombre. Penetra en nuestra mente, la regenera, la ilumina, la persuade y la dirige. Al morar en nosotros, el Espíritu Santo somete gradualmente las capacidades de nuestra alma. Ilumina nuestra inteligencia con los rayos de la fe. Invade nuestra memoria sumergiéndola en la

esperanza viva que nos traen las promesas del Señor. Finalmente, cautiva nuestra voluntad al derramar el amor de Dios en nuestros corazones.

El Espíritu Santo nunca anula las capacidades de nuestra alma. Al contrario, las libera, las dirige y utiliza nuestros sentidos y nuestros miembros para convertirlos en instrumentos de justicia (Romanos 6:19). Su acción nos lleva a sentir afecto por las cosas del espíritu. Una vez llegados a este punto, sigue todo lo demás. Cuando se nos hace amar la voluntad de Dios, lo hacemos con gozo. El canal que habitualmente usa el Espíritu Santo para nuestra santificación es la Palabra de Dios. Semejante al agua que purifica, la Palabra de Dios aplicada a nuestros corazones y conciencias por el poder del Espíritu Santo, nos lava de todas las impurezas que podemos contraer en el caminar. Donde la Palabra de Dios tiene autoridad no hay ocasión de caída, porque la Palabra de verdad nos santifica, nos corrige, nos enseña y nos instruye para hacernos aptos para toda buena obra (2 Timoteo 3:16-17).

Pero el Señor Jesús no vino a nosotros solo con el agua de la Palabra (1 Juan 5:6-8). Vino con su propia sangre, que derramó por nosotros. Por tanto, tenemos cuidado de no considerar profana esta sangre de la alianza por la que hemos sido santificados, y no insultemos al Espíritu de la gracia pisoteando al Hijo de Dios (Hebreos 10:29). La sangre de Cristo nos cubre. Bordea el camino de la santificación y nos separa del mal. El que sabe discernir la sangre del Señor, no camina sobre esta sangre que nos limpia de todo pecado (1 Juan 1:7b).

Las características de una vida santificada: unidad, progreso, libertad

La primera característica de una vida santificada es su unidad. De principio a fin, la vida es homogénea, siendo dirigida en cada detalle por un mismo principio, el que Jesús formuló a los doce años: *¿No sabíais que es necesario que me ocupe de los asuntos de mi Padre?* (Lucas 2:49). O como dijo el apóstol Pablo: *presentad vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia* (Romanos 6:13b), o también: *hacedlo todo en el nombre del Señor Jesús* (Colosenses 3:17). Toda la vida transcurre *en Cristo*, en estrecha comunión con él. No hay una vida laica y una vida religiosa. En el Señor trabajamos, amamos a nuestros hermanos, damos la bienvenida a las almas, las saludamos. En él hablamos, descansamos, nos casamos y morimos. Quien camina así en la santificación, es decir en Cristo, aporta en toda su vida, en el uso de los bienes terrenales, en los afectos de la familia, en las relaciones profesionales, en las alegrías y las tristezas, un espíritu de renuncia, fidelidad y caridad, incluso en las pequeñas cosas. La meta de una vida así es la gloria de Dios solamente.

La segunda característica de una vida santificada es el progreso (2 Tesalonicenses 1:3-4). Siendo la santificación una nueva dirección dada a la vida, se desarrolla, se acentúa, se fusiona cada vez más con la vida misma. Nuestro crecimiento espiritual sigue el patrón del crecimiento humano natural, aunque la edad de la gracia no siempre corresponde a la edad de la naturaleza. Primero somos niños, luego adolescentes y finalmente hombres adultos. El cristiano no deja de correr, liberándose de las preocupaciones y las ataduras del pecado (Filipenses 3:14). Aumenta su tesoro de bienes espirituales. Deja que el Señor lo padezca para que dé más fruto y fruto que permanece (Juan 15:16). Habiendo aprendido a conocerse a sí mismo, aborrece su vida y desprecia los honores. Toma conciencia de ser el templo donde habita Dios (1 Corintios 3:16). Su ambición es lograr tal transparencia que solo se vea a Jesús en él.

El tercer rasgo de una vida santificada es la libertad (Juan 8:32-36, Gálatas 5:1, 13). La santificación comienza con un acto de libertad. La gracia de Dios ofrecida al pecador ha sido aceptada por el culpable (Apocalipsis 22:17). El odio a la esclavitud del pecado y la consagración voluntaria y filial a Dios por Jesucristo marcan ahora esta vida. El alma ahora está libre del yugo de Satanás, el mundo, el pecado y la carne. Esta liberación obtenida en Cristo le da al creyente un gran celo por servir al Dios vivo. Se dedica a practicar con gozo obras que glorifican a Dios y son útiles a los hombres (Tito 3:8). En su hambre y sed de justicia, se alimenta de la voluntad de Dios y adquiere una maravillosa vitalidad espiritual.

En el camino a la santidad

Conclusión

El camino de la santificación es el único que le da al alma la posibilidad de vivir en verdadera independencia frente al mundo y sus principios (1 Corintios 2:15). La ley del Espíritu de vida que está en Jesucristo encuentra su expresión visible en nosotros en una obediencia sin limitación, ni formalismo, a la voluntad de Dios, que se ha convertido en el motivo de nuestra vida (Romanos 8:15). En un mundo donde todo pasa y todo cambia, el creyente es transformado por una renovación interior diaria que produce en él el fruto del Espíritu. Ya sea verano o invierno, primavera u otoño, como el árbol de la vida en la ciudad de Dios, los redimidos del Señor dan su fruto todos los meses del año (Apocalipsis 22:1-2). Este fruto del Espíritu se nos presenta como un todo armonioso donde la infinitamente variada gracia de Dios se mantiene en perfecto equilibrio.

El apóstol Pablo lo describe de esta manera: *Pero el fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza. Contra estas cosas no hay ley* (Gálatas 5:22-23). En este desarrollo espiritual, la santificación y la felicidad tienden a fusionarse (Salmo 73:25-28). Tal vida interior da como resultado las buenas obras recomendadas, tanto en el Antiguo Testamento (Miqueas 6:8) como en los Evangelios (Mateo 7:21), las Epístolas (Santiago 2:26), y hasta las últimas páginas del Apocalipsis (Apocalipsis 21:7-8). Tanto para Jesús como para Pablo o Santiago, Pedro o Juan, las buenas obras demuestran al mundo incrédulo la realidad y la vitalidad de nuestra fe. Es por nuestras obras que muchos ignorantes y contradictores serán inducidos a creer. Las buenas obras de los fieles son como las hojas del árbol de la vida. No sirven para cubrir nuestra desnudez ni para ocultar nuestros pecados. Están para sanar a las naciones de sus males (Apocalipsis 22:2).

Las obras hechas en Dios llaman la atención de los incrédulos hacia la fuente oculta donde bebe el piadoso, para que, incluso en año de sequía, se llene de savia y verdor (Salmo 1:3; Salmo 92:13-15; Jeremías 17:8). Repitémoslo una vez más: lejos de llevar a los hombres a la relajación y al libertinaje (Romanos 6:1), la justificación por la fe nos lleva a la santificación manifestada por todo tipo de buenas obras realizadas por amor y no para adquirir méritos (Juan 14:15). Estas obras son las que Dios preparó de antemano para que las practicásemos (Efesios 2:10). Señalan la presencia del Espíritu de Dios en el corazón (1 Juan 3:24).

Luz en el Señor, el creyente no se jacta de sus obras, sino que actúa ante los hombres para que las vean y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos (Mateo 5:16). La santificación procedente de una comunión permanente de vida con Jesús (Juan 15:4) solo puede ser nutrida y mantenida permaneciendo en Cristo, revistiéndose de Cristo (Romanos 13:14) y alimentándose de su Palabra y de su Espíritu, como verdadero pan de vida (Juan 6:35, 51, 57-58). Cuando Cristo se ha convertido en nuestra morada, nuestro vestido, nuestra comida y nuestra bebida, Dios mismo se complace en morar en nosotros. Le gusta embellecer a sus hijos con su propia presencia. Constantemente sacia y apaga la sed del alma que tiene hambre y sed de la presencia de su Hijo amado. La vigilancia, la oración, la contemplación constante de Jesucristo y la meditación personal de la Palabra de Dios son, entonces, elementos esenciales para nuestra santificación.

La vigilancia

La vigilancia es lo opuesto al sueño y a la ligereza (Marcos 13:35-36). Disciplina espiritual controlada por el Espíritu Santo, la vigilancia consiste en discernir los peligros que amenazan, desde fuera y desde dentro, toda nuestra vida. Para evitarlos o superarlos, disponemos de todas las armas de Dios (Efesios 6:13-18), el equipo completo del buen soldado de Jesucristo (2 Timoteo 2:3-4). La vigilancia también se ejerce haciéndonos severos con nosotros mismos, para juzgarnos sin demora de cualquier cosa que pueda desagradar a Dios y contristar al Espíritu Santo en nosotros. Nos lleva a abstenernos de toda apariencia y de toda forma de maldad (1 Tesalonicenses 5:22), y nos aleja de todo lo que no edifica (1 Corintios 10:23). El creyente que ha entendido esto ya no siente la necesidad de justificarse a sí mismo o de excusar su comportamiento una y otra vez. Humilde pero firme, se mantiene inquebrantable en las situaciones más difíciles (1 Pedro 5:10). En cambio, si se deja sorprender por alguna falta, se humilla y confiesa su pecado a aquel que puede limpiarlo sin cesar (1 Juan 1:8, 2:1-2; 3:3).

La oración permanente

El creyente que ora sin cesar (1 Tesalonicenses 5:17) se encuentra en un estado de ánimo en el que su vida está totalmente abierta a Dios, su refugio y fortaleza en todas sus necesidades (Salmo 46:2). La oración expresa a Dios nuestra total dependencia de él (Salmo 5:1-4). Dolores y alegrías, angustias y liberaciones, enfermedad y salud, trabajo y descanso, amigos y enemigos, abundancia y pobreza, saciedad y hambre, ayuno y comidas, sueño y vigilia, frío y calor, desnudez y vestido, vida y muerte, todo se convierte, para el creyente, en una ocasión de oración.

Pero orar no es dar consejos ni órdenes a nuestro Dios. Es simplemente ser consciente de que Dios está ahí, que no nos abandona (Hebreos 13:5-6). Es, por el Espíritu, dejar que sea Cristo quien ore en nosotros y nos mantenga a la altura de su corazón en todo momento, a toda hora, en todo lugar. Entonces comprendemos la expresión *en el nombre de Jesús* (Juan 16:23). Notemos aquí la relación que existe entre la oración y los hechos. El propósito de la oración es darnos la fuerza para hacer obras. Es por un acto fundamental, la unión de nuestra voluntad con la de Dios, que se nos hace semejantes a Jesús y se nos asegura que la entrada en el reino eterno de nuestro Señor y Salvador Jesucristo se nos concederá amplia y generosamente (2 Pedro 1:8-11).

La contemplación constante de Jesucristo

Lo más importante en la carrera cristiana es tener siempre ante los ojos la persona de Jesucristo (Salmo 16:8; Hebreos 12:1-2). Tenemos en él, verdadero hombre y verdadero Dios, el modelo perfecto y todo el poder para vivir por su vida. Cuando nuestra mirada está fija en él (Hebreos 2:9), nuestro ojo está en buen estado y, como una lámpara, ilumina todo nuestro cuerpo (Mateo 6:22-23). Nuestro corazón, nuestra inteligencia, nuestra voluntad, todo se ilumina en contacto con el Señor y nos llenamos de su luz y del fruto de la luz que consiste en toda bondad, justicia y verdad, experimentando lo que es agradable al Señor (Efesios 5:8-10).

Este Jesús que contemplamos por medio de la fe, no es producto de nuestra piadosa imaginación, ni el Jesús revisado y corregido por algunos teólogos modernos. Es el Cristo de la revelación, el Hijo del Dios viviente, como confesó el apóstol Pedro (Mateo 16:16). Es aquel de cuya gracia conocemos (2 Corintios 8:9), mientras iba de lugar en lugar, haciendo el bien y sanando a todos los que estaban bajo el imperio del diablo, porque Dios estaba con él (Hechos 10:38). Él disipa todo mal en nosotros con su mirada (Proverbios 20:8) y transforma a su imagen, cada vez más gloriosa, a quienes, con el rostro descubierto, reflejan la gloria del Señor como en un espejo (2 Corintios 3:18). Ciudadanos del cielo, desde allí esperamos ardientemente, como Salvador, al Señor Jesucristo, que transformará nuestro cuerpo de miseria y lo hará semejante a su cuerpo de gloria, por el poder que tiene de sujetar a sí mismo todas las cosas (Filipenses 3:20-21).

Por ahora, todavía vemos como en un espejo, oscuramente, pero luego veremos cara a cara (1 Corintios 13:12). La carrera habrá terminado, la obra de santificación estará completa y nuestra salvación será consumada (1 Pedro 1:6-9). Pero no nos equivoquemos al respecto. Hasta que Jesús regrese, nuestra santificación nunca estará completa. Nadie ha alcanzado la perfección, ni en la fe, ni en el conocimiento, ni en el amor (Efesios 4:13).

La meditación personal de la Palabra de Dios

Por eso no podemos enfatizar lo suficiente la importancia de leer la Palabra de Dios en nuestra santificación diaria (Juan 17:17). Meditemos en todo lo que Dios ha considerado útil revelarnos en las Escrituras (Salmo 119:147-148). Creemos que todos estos textos nos conciernen y deben ser utilizados para nuestra instrucción (Romanos 15:4, 1 Corintios 10:11). Jesús afirmó a los judíos que todas las Escrituras daban testimonio de él (Juan 5:39). El día de su resurrección, explicó a los discípulos que iban a Emaús todo lo que la ley de Moisés, los Salmos y los Profetas decían de él (Lucas 24:27, 44). A Timoteo, este fiel servidor que, desde su infancia, conocía las Sagradas Escrituras (2 Timoteo 3:14-17), el apóstol Pablo le pidió expresamente que se ocupara en la lectura, la exhortación y la enseñanza (1 Timoteo 4:13).

Este conocimiento siempre nuevo de las Escrituras, nos impedirá caer en la presunción. Siempre tendremos memoria de las palabras de Jesús enseñando a sus discípulos a pedir perdón por sus ofensas (Mateo 6:12). El apóstol Juan, si bien afirma que el nacido de Dios no practica el pecado (1 Juan 5:18), subraya sin embargo que el creyente todavía peca y necesita un abogado para con el Padre (1 Juan 1:8; 2:1-3). Santiago, por su parte, declara claramente que todos ofendemos de una u otra forma (Santiago 3:2), y si Dios ha creído oportuno darnos a conocer las faltas de sus siervos: la mentira y la glotonería de Isaac, los engaños de Jacob, la incredulidad de Moisés y Aarón, el crimen de David, las pasiones de Salomón, o la falta de discernimiento espiritual, la negación y el encubrimiento de Pedro; es para mostrarnos que las mayores gracias recibidas y las más hermosas experiencias espirituales no pueden protegernos de caídas y tentaciones (1 Corintios 10:12). La carne no mejora nunca y, hasta el final, tendremos que cargar sobre nosotros mismos el juicio del Dios tres veces santo.

Una tarea urgente

Antes de concluir, y en un momento en el que la Biblia está entrando de una manera nueva en multitud de hogares, quizás sea útil recordar lo que escribió Paul Claudel¹ en los últimos años de su vida, respecto al Antiguo Testamento:

»Debemos devolver el Antiguo Testamento al pueblo cristiano. No hay trabajo más necesario y urgente. Debemos devolverle al pueblo cristiano esa mitad de su herencia que estamos tratando de quitarle, esa tierra prometida siempre fluyendo con la misma leche y la misma miel que estamos tratando de arrebatarse y que le pertenece. Debemos devolver al pueblo cristiano para su propio uso este gran edificio, liberado de todo aparato pseudocientífico de conjeturas arbitrarias e hipótesis frívolas que sólo sirven para desanimar y desconcertar a

los fieles; a ensordecерles tanto que ya no oigan, en medio del ridículo cacareo de los escribas incapaces de lograr nada articulado y positivo, el fuerte grito de los profetas: ¡Todos los que tenéis sed, venid a las aguas!

»Debemos mostrarles en esta magnífica obra del Espíritu Santo, de la sabiduría de Dios, no un confuso montón de materiales heterogéneos, medio devorados por el tiempo, sino un soberbio monumento sobre el que los siglos no han tenido influencia y que todavía se nos ofrece, intacto y virgen, en su sublime y profunda composición, en su sentido original, en la invitación que dirige, tan poderoso hoy como en el pasado, a nuestro corazón, a nuestra inteligencia, a nuestra imaginación, a nuestra sensibilidad, a todas nuestras necesidades de amor y belleza...

»¡Qué alegría haber recuperado nuestra propiedad! Qué alegría admirar con el corazón libre, con el corazón abierto, a nuestro Dios, nuestro Creador, que no es menos sino infinitamente más, en esta Palabra vivificante que se dirige claramente a nosotros, y no hacerlo en la radiante confusión de la naturaleza. Nutrámonos de esta historia que tiene sentido, de esta serie de acontecimientos que Dios dirige para nuestra enseñanza y para la revelación de su gran e infinita misericordia. Dios ya no es esa fría entidad que nos presentan los filósofos. Él es alguien. Moisés, David, nos lo muestran como es, su vida, cómo tenemos derecho a verlo ya que nos dicen que estamos hechos a su imagen; los eruditos nos lo explicarán como quieran.

»Pero, ¡qué alegría, qué emoción ver a nuestro Padre viviendo allá arriba, desbordado de paternidad hacia nosotros, ternura, compasión, todos los sentimientos necesarios, hasta ira! Sí, amamos esta santa ira, amamos que tome en serio nuestras transgresiones así como nuestros intentos de hacer el bien. ¡Y todos esos necios que nos hablan de un Dios feroz! ¡Un Dios celoso, eso sí, tanto como quieran! Así es como nos gusta. Lancémonos sin miedo, de cabeza, a este océano de amor y belleza, el Antiguo Testamento, donde tantos santos, tantos genios, han encontrado alimento inagotable. Volvamos a conocerlos de nuevo, en su realidad viva y distintiva, a estos personajes verdaderamente sobrehumanos, en los cuales, quiero decir, una humanidad integral se transfigura enteramente por el sentido auténtico, Abraham, Jacob, José, Moisés, Job, Samuel, David. No son héroes de novela ni de teatro.

»Podemos cogerlos del brazo. Son nuestros hermanos y nuestras hermanas, pero hermanos y hermanas llenos de Dios, rebosantes de la voluntad del Altísimo. Leamos la Sagrada Escritura... ¡Leámosla no con intención de criticarla, con esa estúpida curiosidad que sólo lleva a la vanidad, sino con la pasión de un corazón hambriento! Nos han dicho que la vida está ahí, que la luz está ahí, ¿por qué no probamos un poco por nosotros mismos para ver que sabor tiene?

Ante la elección

Al acabar esta lectura, ¿iremos hasta el final? Dejemos de desanimarnos por nuestra mediocridad y de exaltarnos por nuestros pequeños éxitos; preguntémonos: ¿Será él o yo? La situación es grave. ¿Qué haremos con este mensaje? Es hora de elegir. Dios habla una vez, dos veces, y no entendemos... (Job 33:14).

Sin embargo, hoy todavía resuena una voz:

El que es injusto, que siga siendo injusto; el que es impuro, que siga siendo impuro; el que es justo, que siga practicando la justicia, y el que es santo, que se siga santificando. ¡Vengo pronto! Traigo mi galardón conmigo, para recompensar a cada uno según lo que haya hecho (Apocalipsis 22:11-12).

Vosotros, pues, estad también preparados, porque el Hijo del Hombre vendrá cuando menos lo penséis (Lucas 12:40).

1 ► Paul Claudel (1868-1955) diplomático y poeta francés. Fue el principal representante del catolicismo francés en la literatura moderna. La cita está extraída de su libro "J'aime la Bible" (Amo la Biblia).

¿Opiniones o convicciones? La fe
Primera edición: noviembre 2021

¿Opiniones o convicciones?

La fe



Introducción

En un mundo donde todo se tambalea, donde siguiendo a Nietzsche o “*subvirtiendo valores*”, no solo ya no diferenciamos entre lo santo y lo profano, entre lo impuro y lo puro (Ezequiel 22:26), donde a lo bueno se le llama malo y la verdad es error; en un mundo donde se desprecia al débil para ensalzar al fuerte, donde se glorifica el odio y la venganza, y se desprecia la piedad y el perdón; en el corazón de los fieles, sin embargo, permanecen tres cosas: fe, esperanza y amor (1 Corintios 13:13).

Cristianos, es la hora de despertar del sueño, de hacer sonar con fuerza la trompeta. Estamos aquí para ser testigos de Cristo, no los sepultureros del cristianismo. Nuestro Señor nos llama a ir contra la corriente de este siglo, vestidos con la coraza de la fe, llevando en alto la antorcha de la esperanza y el estandarte del amor.

La fe, la esperanza y el amor son la esencia del cristianismo, las tres virtudes cristianas por excelencia. Resumen y forman los elementos esenciales de la vida del creyente. Son la divisa y el lema del verdadero discípulo de Jesucristo, cuya religión no es solo el cristianismo, sino cuya vida es Cristo.

Así, mediante estas tres pistas seguras reconocemos, dentro de la profesión cristiana y las múltiples divisiones que desgarran a la Iglesia, a los que están en el camino de la salvación, que invocan el nombre del Señor con corazón puro, con los que estamos llamados a caminar (2 Timoteo 2:22).

Se manifiestan por su amor a Dios, que solo puede expresarse en el mundo visible mediante la obediencia gozosa a sus mandamientos y el amor activo hacia el prójimo, amigo o enemigo. Por una esperanza viva, que ilumina su vida incluso en medio de la tribulación, siendo fuente interior de alegría y paz inagotable e independiente de las circunstancias en las que se encuentren. Y por una fe viva, basada en la confianza total en las promesas divinas y que produce obras para la gloria de Dios.

Es siempre por este carácter triple que el apóstol Pablo reconoce en sus epístolas a los verdaderos hijos de Dios. (Efesios 1:15-18, Colosenses 1:3-5, 1 Tesalonicenses 1:3, Hebreos 6:10-12). Pero, ¿qué pasa con cada uno de nosotros? ¡Detengámonos un momento! ¡Vale la pena! Dejémosnos examinar por la luz de Dios

que nos conoce y dirijámosle esta oración desde el fondo de nuestro corazón:

Examíname, Dios, y conoce mi corazón; pruébame y conoce mis pensamientos. Ve si hay en mí camino de perversidad y guíame en el camino eterno (Salmo 139:23-24).

La mayor de estas cosas, la que por tanto debe caracterizarnos sobre todo, aquella sin la cual no somos nada, es el amor, no solo porque subsistirá en el cielo cuando la fe se cambie en vista y la esperanza en realidad, sino también porque el amor es el alma, la vida misma de la fe y la esperanza.

Que la lectura de las siguientes líneas llegue a los corazones. Que el Espíritu Santo despierte a los tibios y dé vida a los muertos. Que se levante un ejército de nuevos creyentes para luchar por la única y verdadera causa.

Entonces, desde el seno mismo de su orgullo o de su desesperación, los hombres podrán ver que el cristianismo no es un ideal desfasado, una religión gastada y caduca, el barniz superficial de cobardes e hipócritas, sino una vida poderosa que se realiza en la debilidad humana, haciendo de los creyentes la luz del mundo y la sal de la tierra (Mateo 5:13-14).

A ti, pues, hijo de hombre, te he puesto por centinela...: tú oirás la palabra de mi boca y los amonestarás de mi parte (Ezequiel 33:7).

Leysin (Suiza), marzo de 1944

¿Opiniones o convicciones?

En nuestros países, donde el cristianismo se ha convertido en religión oficial, basta con nacer en una familia católica o protestante para ser bautizado¹ y recibir oficialmente el título de cristiano. Para muchos este título, ostentado por la gran mayoría, ha perdido su significado real.

No sucedía así al inicio de la era cristiana. Solo los que se habían convertido al Señor, tras haber oído y creído el evangelio, eran bautizados y añadidos a la iglesia (Hechos 2:41, 47). El nombre de cristianos fue dado en Antioquía por primera vez a los discípulos de Cristo (Hechos 11:26). Estos abandonaron el judaísmo, otros, más tarde, habiendo roto con el paganismo y sus costumbres por una verdadera conversión, manifestaron a los ojos del mundo un cambio total de vida. El cristianismo en su origen no era una simple etiqueta exterior, el emblema de una sociedad en particular o la observancia de nuevos ritos, la práctica de un nuevo culto, sino una vida nueva.

Hoy, a causa de un alejamiento progresivo de la verdad evangélica, se llega a atribuir el nombre de cristiano sin poseer la vida de Dios que está en su Hijo (1 Juan 5:11). Así, personas cuya conducta a veces ofrece un marcado contraste con las enseñanzas de Jesús, llevan el nombre de cristianos como si fueran unos fieles regenerados. Esta fatal inconsistencia crea una gran confusión y distorsiona el principio de verdadera pertenencia a la Iglesia. Perdiendo cada vez más la noción bíblica del cristianismo nos convertimos en cristianos por la fuerza de la costumbre, por tradición, por educación, como los hijos de padres budistas o musulmanes son budistas o musulmanes. Pero si el budismo o el islamismo pueden ser un privilegio de nacimiento, no sucede lo mismo con el cristianismo. No se nace cristiano, nos convertimos en cristianos por medio de un nuevo nacimiento (Juan 3:3).

Sea cual sea el nivel de piedad del ambiente en el que hayamos nacido, nacemos pecadores en este mundo. Nuestro gran privilegio sobre los paganos es que tenemos la posibilidad de oír el evangelio desde nuestra infancia. Esta inmensa ventaja, no lo olvidemos, también aumenta drásticamente nuestra responsabilidad.

Es necesario que entendamos de nuevo el profundo sentido y carácter del cristianismo. No nos contentemos con vagas nociones, porque ha llegado el momento de mostrar el color de nuestra bandera. Hemos llegado a un tiempo de

decisiones en el que la indiferencia y la neutralidad espirituales no pueden seguir subsistiendo. Se acerca la hora del “*a favor*” y el “*en contra*” (Apocalipsis 3:16, 22:11). Hasta ahora en nuestro país, los cristianos no han sido probados mucho, pero puede que no siempre sea así. ¿Está nuestro cristianismo listo para sufrir el fuego del crisol?

Mientras que una opinión es un sentimiento particular que uno se forma de una cosa, considerándola por sí mismo, una convicción es la certeza que se tiene de la verdad de un hecho, de un principio. Creencia probable, afirmación que no es cierta, la opinión tiene su lugar en las cosas sobre las que todos pueden pensar como les plazca.

Por otro lado, en el ámbito religioso, que es el de nuestras relaciones con Dios, las convicciones son necesarias, porque siendo criaturas dependientes, no somos libres para pensar fuera de la revelación divina. Creemos que hasta ahora demasiadas personas se han contentado con compartir puntos de vista comunes. Los propios hijos de los cristianos no han escapado a este peligro. Se limitan a compartir de una manera vaga y externa las convicciones de sus padres. Fueron bautizados, recibieron una educación religiosa y, probablemente, se han convertido en miembros de una asamblea. Sin embargo, es sintomático encontrar entre ellos una falta de certeza, que se refleja en toda su forma de vivir y actuar en este mundo.

Algunos todavía profesan opiniones religiosas, pero ya no confiesan su fe. De hecho la fe de muchos está tan diluida, es tan inconsistente, que en el momento del peligro se les resbala en sus manos infieles. Si las opiniones parecen bastar en la vida, en los tiempos fáciles, sin embargo provocan un desastre en los días malos y los tiempos de gran tentación. La vida basada en buenas o malas opiniones es como un edificio construido sobre la arena.

Aguantará durante un tiempo, pero cuando llegue la prueba, los vientos contrarios, los torrentes de pasiones, esta casa se derrumbará porque no está cimentada sobre la roca. Esta roca es Jesucristo, la Palabra viva, y la Biblia, la Palabra escrita, cuyas enseñanzas permanecerán eternamente cuando la apariencia de este mundo pase (1 Corintios 7:31). Pero, ¿podemos estar seguros de algo, tener convicciones en un momento en el que todo es inestable, cuando todo se tambalea, cuando llega el mañana para desmentir las esperanzas de ayer y de hoy, cuando muchas afirmaciones parecen contradecirse con hechos a veces trágicos? ¿No es más prudente no pronunciarse sobre esta horrible guerra? ¿No deberíamos ser neutrales o, por lo menos, no es más seguro apostar a dos bandos? ¿No deberíamos más bien esperar para no comprometernos?

Sí, si tenemos como fuente de convicciones solo las ideas humanas, hi-

potéticas y fragmentarias, susceptibles de cambio, de variación. Entonces tendríamos razón en buscar y hacer nuestra la opinión que actualmente parezca ser la correcta, reservándonos la posibilidad de abandonarla, si nuevos hechos llegan a invalidarla y se nos presenta una mejor opinión. ¡Y que perezcan entonces las doctrinas sectarias, fanáticas, consideradas inmutables! Seamos flexibles. ¡Vivamos el día a día con el paso del tiempo!

No, si tenemos una revelación divina, si la fuente de nuestras convicciones es la Palabra de Dios y el testimonio del Espíritu Santo. ¡Ahora tenemos una revelación divina! Jesús dio sin cesar testimonio de las Sagradas Escrituras. *¿No dijo: porque os aseguro que, mientras existan el cielo y la tierra, la ley no perderá ni un punto ni una coma de su valor, hasta que todo se haya cumplido (Mateo 5:18)?*

La pregunta es demasiado crucial, el tema demasiado candente, la autoridad de la revelación demasiado importante, para que permanezcamos indiferentes. No podemos negar la revelación divina sin haberla examinado. Para hacer esto tendríamos que ser insensatos o actuar de mala fe. Si tenemos dudas, indagemos, seamos sinceros en la búsqueda de la verdad y, sin prejuicios, averigüemos si Dios ha hablado o no, si la Biblia es un libro como cualquier otro o solo superior a otros, o si es verdaderamente la Palabra inspirada de Dios.

Leamos la Biblia y nos daremos cuenta de si es o no un libro que contiene todos los pensamientos de Dios y todos sus caminos en relación con el hombre, así como también su propósito acerca del Cristo y del hombre en él. Un libro que da a conocer al mismo tiempo quién es Dios, cuál es la responsabilidad del hombre hacia él, lo que ha hecho por el hombre y la nueva relación con Dios por medio de Cristo. Un libro que revela lo que Dios es moralmente en su naturaleza y los hechos en los que se glorifica a sí mismo ante los cielos y sus habitantes. Un libro que revela los secretos del corazón humano y pone al descubierto su condición y que, al mismo tiempo, descubre ante él las cosas invisibles. Un libro que comienza en el punto donde el pasado toca la eternidad y nos lleva, a través del desarrollo y solución de todas las cuestiones morales, a la meta donde el futuro se pierde en la eternidad según Dios. Un libro finalmente *que indaga en las cuestiones morales a la luz perfecta de Dios plenamente revelado, y nos da a conocer las bases de las nuevas relaciones con él según lo que él es en sí mismo y según lo que él es en amor infinito (J. N. Darby)*².

Convencidos entonces, seremos llamados a posicionarnos, porque no podemos permanecer neutrales si Dios ha hablado, si Dios se ha revelado en Jesucristo. Y es de Cristo de quien todas las Escrituras dan testimonio (Juan 5:39). En virtud de la autoridad de Dios, tendremos entonces unas convicciones profundas. Ya no seremos sacudidos y arrastrados aquí y allá por todo viento de doctrina

(Efesios 4:14). Los tiempos y las circunstancias cambiarán y también nos afectarán (Eclesiastés 9:11), pero no alterarán nuestras convicciones. En medio de la tormenta estaremos sobre la Roca y no en un frágil esquife, juguete de las olas, en la barca que zozobra en las hipótesis y conceptos humanos. Advertidos por la Palabra de Dios, mantendremos la calma en medio de la angustia actual. Los acontecimientos ya no sacudirán nuestra fe, al contrario, la confirmarán dando testimonio de lo que la Biblia nos enseña sobre el futuro de un mundo que cree que puede vivir sin Dios, o al menos sin el Salvador que Dios le dio.

Las atrocidades y los sufrimientos presentes ya no serán atribuidos a Dios, sino considerados como las consecuencias inevitables de la actitud del hombre, que cree que puede reinar solo o comportarse según sus propios pensamientos, o incluso salvarse por su esfuerzo, sus obras, sus méritos y su religión. Salvados por gracia, viviremos del perdón del Dios santo y justo, proclamando la Palabra de vida a los perdidos. La justicia de Dios ya no será una pregunta, un acertijo, un problema o un tema de discusión para nosotros. Será un hecho, el más profundo, el más íntimo, el más cierto de nuestra vida. Las guerras ya no nos harán hacer esta pregunta absurda: *Si Dios fuera justo, ¿permitiría todo lo que está sucediendo en el mundo? ¿Una pregunta absurda? Sí, realmente absurda si entendemos por Dios al Dios vivo. Porque el Dios vivo nunca se revela a nuestra conciencia más que como un Dios justo. Realmente absurda, porque si lo vemos tal como es, si lo escuchamos, pidiéndonos reconocerlo y aceptarlo tal como es, ¿qué sentido puede tener hacerle la pregunta: ¿Eres justo? Pero es una pregunta llena de significado, muy justa e importante si se la planteamos a este dios por quien, en nuestro orgullo y desesperación, hemos elevado nuestras torres de Babel, a este gran trasfondo, personal o impersonal, místico, filosófico o ingenuo, a ese gran mecenas protector de nuestra justicia humana, nuestra moral, nuestro estado, nuestra cultura, nuestra religión. Sí, si es este dios al que estamos escuchando, tenemos razón al hacer la pregunta: ¿Es Dios justo? Y la respuesta se encuentra rápidamente³.*

El cristianismo ha caído en la idolatría. Infiel, pisoteando el primer mandamiento del Decálogo (Deuteronomio 5:7), hace sacrificio a dioses innumerables (Deuteronomio 32:17). Nos llamamos cristianos, discípulos de Cristo, y una multitud de ídolos gobiernan nuestros corazones en lugar del Señor. Para algunos es una idea, una filosofía, el arte, la música, la belleza, el amor; en otros el dinero, una persona, una pasión. Es idolatría. Aquí en verdad está, en todos los tiempos, la fuente de todas las miserias de los hombres. A lo largo de los siglos, las mismas causas producen los mismos efectos.

Solo hay un remedio. La misericordia de Dios no se ha agotado. Su llamamiento todavía resuena como en los días del profeta Jeremías. Dios se dirige

a todos individualmente: *Ve y proclama estas palabras hacia el norte, y di: Vuélvete, rebelde Israel, dice el Señor; no haré caer mi ira sobre ti, porque misericordioso soy yo, dice el Señor; no guardaré para siempre el enojo... Si te has de volver, Israel, dice el Señor, vuélvete a mí. Si quitas de delante de mí tus abominaciones y no andas de acá para allá, y si con verdad y conforme al derecho y la justicia juras: «Vive el Señor», entonces las naciones serán benditas en él, y en él se gloriarán* (Jeremías 3:12, 4:1-2).

Al igual que Israel, por haber abandonado el objeto inmutable de la fe, la cristiandad está hoy herida y dividida. No ha sabido guardar el buen depósito (2 Timoteo 1:14). Se ha dejado distraer por ideologías extrañas; ya no confiesa en voz alta la fe y ha caído presa de una filosofía efímera. Muchos han permitido que su fe se disuelva en todo tipo de doctrinas, ya sea el racionalismo, el liberalismo, el modernismo o el estatismo⁴. Otros han reemplazado la fe, obrando a través del amor, por dogmas y formas sin vida.

Es hora de que redescubramos las características de la verdadera fe. Para ello, despejemos un terreno nuevo para nosotros y no sembremos entre espinos. Abandonemos nuestras ideas, nuestros ídolos; rechacemos todo lo que reina sobre nosotros y volvamos a Jesucristo, el único Señor de nuestros pensamientos, nuestros corazones y nuestras vidas. Despojemos la fe de todas las vestiduras eclesíásticas, ideológicas y filosóficas con las que la hemos disfrazado, y recobremos la fe pura y simple de los Evangelios, la fe que tiene por objeto el Dios de la Biblia manifestado en Jesucristo. Solo entonces, en la confesión de una fe viva y pura, los creyentes de la Iglesia, dispersos en las diferentes iglesias, experimentarán una renovación de vida y recuperarán la conciencia de su maravillosa unidad que no han podido mantener ni manifestar al mundo.

“Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6:68-69).

1 ► En algunas confesiones protestantes se practica el bautismo de niños al igual que en la iglesia católica romana.

2 ► J.N. Darby *“Introducción a la Biblia”*. (Nota del autor). John Nelson Darby (1800-1882) fue un evangelista angloirlandés y una figura de gran influencia entre los primeros Hermanos de Plymouth. Hizo una traducción de la Biblia basada en los textos griego y hebreo con el título: *“Las Sagradas Escrituras: nueva traducción desde sus lenguas originales”*.

3 ► Karl Barth *“Palabra de Dios, palabra humana”*. (Nota del autor). Karl Barth (1886-1968) fue un influyente teólogo protestante calvinista, considerado uno de los más importantes pensadores cristianos del siglo XX.

4 ► Tendencia que exalta el poder y la preeminencia del Estado.

*Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera,
la convicción de lo que no se ve.*

Hebreos 11:1

¿Qué es la fe?

En su sentido general, la fe es la creencia que se basa en un testimonio. Tener fe en algo es adherirse, por el testimonio de otros, a una verdad o un hecho que no podemos verificar por nosotros mismos. De ello se deduce que la fe es divina o humana según que el testimonio provenga de Dios o de los hombres (1 Juan 5:9-10, Juan 3:33). La palabra "fe" se encuentra con frecuencia en la Biblia, especialmente en el Nuevo Testamento, y tiene diferentes acepciones. Puede significar:

► **El conjunto de la verdad revelada por Dios** (Judas 3, 20, 2 Timoteo 4:7, Apocalipsis 2:13). Es en este sentido que decimos que los paganos o los judíos se adhieren a la fe cristiana. Cuando el apóstol habla del *misterio de la fe* que estamos llamados a guardar (1 Timoteo 3:9), se refiere a todas las verdades que constituyen el cristianismo y que fueron proclamadas por la muerte y resurrección de Cristo.

► **El grado en que el alma ha llegado al conocimiento del Señor y de su Palabra** (Romanos 12:3). En este pasaje, la fe nos da la medida exacta de quiénes somos y lo que se espera de nosotros. Visto desde esta perspectiva, nuestra fe puede ser "pequeña" o "grande", podemos tener "poca" o estar "llenos" (Mateo 6:30, 8:10, 8:26, Santiago 2:5, Hechos 6:5-6). En este sentido, es susceptible de crecimiento (2 Corintios 10:15, 2 Tesalonicenses 1:3), y como los discípulos podemos decir: *Señor, auméntanos la fe* (Lucas 17:5). Ya sea que la fe sea grande o pequeña, lo principal es usarla, y entonces se logran prodigios (Mateo 21:21-22). Bastaría tener fe como un grano de mostaza para mover montañas y nada sería imposible (Mateo 17:20). Si queremos tener más fe debemos poner en acción la que ya tenemos (Mateo 25:29).

► **Un don espiritual.** En la primera carta a los Corintios, capítulo 12, versículo 9, donde la fe se considera un don espiritual, el apóstol no habla de ella en el sentido de la fe salvadora, porque esta última se ofrece a todos los hombres (1 Timoteo 2:4) y la tienen todos los miembros del cuerpo de Cristo. Pero se trata de un don especial que permite al creyente ejercer un ministerio particular, como el de Georges Muller, Hudson Taylor, etc.

► **Una intuición del alma.** Finalmente, en su más estricta acepción y en sentido subjetivo, la fe es una intuición del alma por la cual percibimos verdades que están fuera del mundo de los sentidos y del ámbito del ra-

zonamiento. Es una virtud sobrenatural por la cual, bajo la inspiración y la gracia divina ofrecida a todos los hombres (Tito 2:11), consideramos verdadero lo que Dios ha revelado (Juan 3:33-34). La fe es la actitud del hombre ante una declaración de Dios, se somete, cree lo que Dios dice, no porque su razón humana esté satisfecha, sino en virtud de la autoridad de Dios mismo que revela sus pensamientos y que no puede mentir ni engañarnos (Hebreos 6:17-18, Tito 1:2). Así recibe lo que Dios le da (Juan 3:16) y se entrega a él sin reservas.

La incredulidad es la actitud contraria. Consiste en abandonar al Dios vivo y rechazar sus dones. La fe es creer. Creer en Dios es tener una confianza absoluta e inquebrantable en la verdad del testimonio de Dios, incluso si ese testimonio no está respaldado por ninguna otra evidencia. Es tener plena confianza y seguridad en el cumplimiento de las promesas de Dios, incluso si todo parece contradecirlas. Creer es tomar la palabra de Dios. La fe, por tanto, no es credulidad, ni creencia sin pruebas, porque sino se basa en la vista o en la lógica, tiene su raíz en la confianza en el Dios vivo. Su prueba suficiente es la Palabra de aquel que es imposible que mienta (Tito 1:2, Hebreos 6:17-18). Exigir otra prueba de esto no es racional, sino irracional. Si recibimos el testimonio de los hombres, ¡el testimonio de Dios es mayor! (1 Juan 5:9-11).

La fe es el único medio de salvación para el hombre (Efesios 2:8-9), porque solo ella se apropia de la justicia de Dios (Romanos 1:16-17). Por la fe entendemos que el universo fue formado por la Palabra de Dios, de modo que lo que se ve no fue hecho de cosas visibles (Hebreos 11:3). Es necesario creer para comprender. *La fe es el paso que conduce a la ciencia* (Agustín de Hipona).

Sin fe es imposible agradar a Dios (Hebreos 11:6) y es mediante la fe, y no de otra forma, que encontramos al Dios que habla, que ordena, que da, y al hombre que escucha, obedece y acepta. La fe se convierte en la nueva esfera en la que el cristiano vive (Gálatas 2:20, Romanos 1:17), ama (Tito 3:15) y muere (Hebreos 11:13). Como hemos visto, la palabra fe en las Escrituras tiene diferentes significados. Sin embargo, no hay más que una misma fe para los cristianos, ya sea que la veamos en su propósito o en su naturaleza más íntima (Efesios 4:5). Esta fe debe producir en todos los mismos sentimientos y el mismo tipo de vida (Filipenses 2:1-2). Une a hombres que habían sido enemigos de Dios (Colosenses 1:21), odiosos, que se odiaban entre sí (Tito 3:3), en una familia, la familia de Dios (Efesios 2:19), a la que Pablo también llamó la familia de la fe (Gálatas 6:10). A pesar de todas las divisiones que separan a la cristiandad, la unidad de la fe es un hecho. En sus diversos círculos, todos los verdaderos creyentes tienen la misma fe en las grandes verdades de la salvación. Sin embargo, a todos se nos insta a caminar hacia una unidad más perfecta en aquellas cosas en las que to-

davía diferimos (Efesios 4:13). Este objetivo no se logrará mediante concesiones recíprocas. La unidad resultante sería ficticia y podría producirse a expensas de la verdad. Una unidad en el equívoco solo sería confusión. La unidad según Dios, solo puede lograrse mediante un amor más vivo por Jesús y un conocimiento más perfecto del Hijo de Dios, quien es el único objeto de la fe. *Lo que constituye nuestras diferencias en la fe no es la naturaleza de esta última, sino su objeto conocido en muy diferentes grados. El progreso en este conocimiento y en la influencia santificadora que ejerce sobre los verdaderos cristianos los une cada vez más íntimamente con Cristo, de quien ellos son miembros, y así avanzan hacia "la medida de la estatura de Cristo", transformándose cada vez más a su semejanza, Cristo mismo creciendo en ellos¹.*

Si los cristianos abandonaran sus sistemas y sus puntos de vista particulares para someterse a la autoridad del Señor, y sus corazones solo estuvieran ocupados con la persona y los deseos de Cristo (Salmo 38:9, Isaías 26:8), la unidad por la que suspiran tantos creyentes sería real. La verdad separa del mal y del mundo, pero no divide a los hijos de una misma familia. La división es obra de la carne (Gálatas 5:20). La verdad nos lleva a juzgarnos a nosotros mismos y a orar por los perdidos. ¿Acaso no somos culpables de tomar partido en nuestras divisiones en nombre de la verdad y de acentuarlas con nuestro orgullo y nuestra falta de amor? En cambio escuchemos la oración que Jesús dirigió a su Padre pensando en nosotros los que hemos creído por la palabra de los apóstoles:

Pero no ruego solamente por estos, sino también por los que han de creer en mí por su palabra para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste para que sean uno, así como nosotros lo somos. Yo en ellos y tú en mí para que sean perfectos en unidad y para que el mundo conozca que tú me enviaste y que los has amado a ellos como también me has amado a mí (Juan 17:20-23).

En esta oración encontramos el pensamiento del Señor sobre la unidad de los creyentes. Conociendo este pensamiento y poseyendo en Cristo los recursos necesarios, somos responsables ante Dios y el mundo de manifestar la unidad de nuestra fe.

Así que, todos los que somos perfectos, sintamos esto mismo; y si sentís otra cosa, esto también os lo revelará Dios. Pero en aquello a lo que ya hemos llegado; sigamos una misma regla, sintamos una misma cosa (Filipenses 3:15-16).

1 ► L. Bonnet "Epístola a los efesios". (Nota del autor). Louis Bonnet (1805-1892). Doctor en teología. Pastor de la iglesia francesa de Londres (1830-1835) y, más tarde, en Francfort.

Por la fe comprendemos que el universo fue hecho por la palabra de Dios, de modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía.

Hebreos 11:3

Naturaleza de la fe

La fe no se transmite hereditariamente. No la heredamos de nuestros padres, no surge de nuestro corazón carnal. El hombre no puede inspirar al hombre. La fe se produce en el alma, no por medio de sutiles razonamientos o palabras persuasivas de sabiduría humana, sino por la intervención del Espíritu, por el poder de Dios (1 Corintios 2:5, Juan 6:44), o por la iluminación divina (2 Corintios 4:6), que acompaña a la predicación del evangelio (Romanos 10:14-17, 1 Corintios 1:21), de la que nace una convicción enérgica y profunda (1 Tesalonicenses 1:5, Hebreos 10:22).

Es la facultad que percibe lo invisible y capta las realidades espirituales (Hebreos 11:1). Por lo tanto los hijos de los creyentes aunque disfrutan de grandes privilegios (1 Corintios 7:14), no son cristianos desde el nacimiento en virtud de la fe de los padres (Juan 1:13). Son por naturaleza hijos de ira, igual que los demás (Efesios 2:3).

La educación cristiana que reciben, los conocimientos bíblicos que adquieren, todo eso no es todavía fe, sino que debe llevarlos a la fe, es decir a ese acto personal por el que el hombre reconoce la realidad de Dios que se revela y se dirige a él en sus diversos testimonios: la creación, las Escrituras y Cristo. La fe es, por tanto, una decisión, la respuesta precisa a la llamada de Dios.

Es la actitud de un corazón que se somete a la revelación de Dios, confesando su miseria y la pura gracia de Dios en quien cree. La fe, en su esencia subjetiva y moral, no es otra cosa que obediencia (Romanos 1:5), así como la incredulidad no es más que la rebelión de la criatura contra el creador (Juan 3:36).

Sin embargo, el valor y la fuerza de la fe no se encuentra en las impresiones o en el impulso de la voluntad que acompañan nuestra decisión, sino en Dios, que es principio, objeto y motivo de la fe.

La fe es, por tanto, sobrenatural:

► **Por su origen.** Es fruto de la gracia divina, que es manifestada a todos los hombres (Tito 2:11). Es el único medio dado por Dios para apropiarnos de su maravillosa salvación. Es una planta que tiene sus raíces en Dios y que florece en nuestro corazón.

► **Por su objeto.** Cristo, en quien se manifiestan todas las verdades reveladas (Efesios 4:21).

► **Por su motivo.** La autoridad de Dios.

“Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas. A él sea la gloria por los siglos. Amén” (Romanos 11:36).

Objeto de la fe

El objeto de la fe no es la existencia de Dios propiamente dicha, que solo los necios niegan (Salmo 14:1, 53:1), sino la realidad de Dios en sus testimonios, la fidelidad de sus promesas, la certeza de su Palabra. Es obvio que solo se puede creer en una persona si, de antemano, se tiene la certeza de que existe.

Especialmente en la Edad Media, varios teólogos y en particular Tomás de Aquino, creían que podían establecer varias pruebas de la existencia de Dios. Parece que habían olvidado que el cristiano y la Iglesia no tienen que demostrar la verdad, sino confesarla. Las sabias demostraciones tomistas y de otros, que afirman la existencia de un Dios santo y bueno, sabio y todopoderoso, no pueden llevar la inteligencia natural a una firme convicción acerca de Dios, ya que, mirando alrededor nuestro, nos preguntamos: ¿Dónde está la santidad de Dios? Vemos como se tolera la impiedad y la hipocresía. ¿Y su amor? Hay tanta miseria. ¿Y su sabiduría? El desorden invade su obra. ¿Y la omnipotencia de Dios? No parece que haga respetar sus leyes. Esto explica por qué no es suficiente mostrar que Dios existe, y quién es, para satisfacer nuestro entendimiento oscurecido y rebelde.

El hombre no puede llegar al conocimiento de Dios a través del ejercicio de su razón. El hombre conoce a Dios y está seguro de su existencia a través de una experiencia viva. La certeza de su existencia no se basa en un andamiaje filosófico, sino en el hecho de que Dios se ha acercado a nosotros, ha venido a nosotros y nos ha tomado para sí. El hombre no se eleva hacia Dios, pero Dios en su gracia ha venido a nosotros (Juan 1:14, 3:13). El creyente tiene la certeza de la existencia de Dios, porque ha experimentado su realidad en su vida, y no porque pueda dar una prueba científica de ello. Estas pruebas existen para él, pero evita los discursos vanos y profanos y las disputas de la falsa ciencia que algunos profesan (1 Timoteo 6:20-21). El creyente da testimonio de la existencia de Dios en este mundo, y su testimonio vivo tiene más fuerza y peso que cualquier evidencia razonada. Si quieres estar seguro de que Dios existe, tú, que encuentras dificultades intelectuales en la búsqueda de la verdad, no te escondas más de la mano de Dios, que te busca y quiere encontrarse contigo (Isaías 50:2). Abandona tu búsqueda vana e infructuosa, cuyo polvo oscurece tu vista, desea encontrarte con Dios y de repente verás a Dios ante ti, y en él te descubrirás a ti mismo.

Sólo entonces, sujeto y subyugado por Dios, en esta creación que gime (Romanos 8:22), en la naturaleza que te ofrece tantas cosas contradictorias, discernirás con fuerza el poder eterno y la divinidad del Creador (Romanos 1:20). El silencioso lenguaje de la expansión de los cielos llegará a tu corazón (Salmo 19:1-3). La voz de tu conciencia, saliendo de un largo sueño, te recordará tu origen mostrándote tus errores (Salmo 19:12).

La existencia de Dios, por tanto, no es un objeto de investigación, un vago sentimiento, una oscura idea, sino un hecho independiente de nuestras buenas o malas circunstancias. Los desafortunados hechos que suceden en este mundo, las dolorosas pruebas que encontramos en nuestro camino, nuestro sufrimiento actual, no pueden ponerla en duda, como tampoco la insuficiencia de una evidencia científicamente desarrollada. Las palabras de la Escritura acusan a los incrédulos, no de haber descuidado sus estudios para llegar al conocimiento de Dios, sino de haber ignorado la verdad divina que se revela manifiestamente a todos en la creación (Romanos 1:18-21). La negación de Dios es, por tanto, una ofensa contra la naturaleza y contra la razón.

A decir verdad, los librepensadores, los positivistas, los materialistas, los racionalistas niegan la fe, no porque no puedan creer, sino porque no quieren creer. El orgullo de algunos no puede tolerar la supremacía de un ser divino, ante quien tendrían que dar cuenta de su conducta. La desesperación, el despecho, la rebelión de aquellos que han visto sus preciados planes completamente alterados los llevan a rechazar la idea de un Dios justo y poderoso. Si este ser existiera, ¿no debería, como esclavo bueno y poderoso, haber realizado todos sus proyectos? Y otros, queriendo apaciguar las malas inclinaciones de sus corazones, excluyen el incómodo pensamiento de un Dios santo. Sin embargo, estos últimos desafortunados no son muy peligrosos para la fe cristiana. Los grandes enemigos de la fe son más bien los que hacen de su espíritu su dios, de su razón su única sabiduría. Tal vez llamándose a sí mismos, como Nietzsche¹: *nosotros los inmoralistas, nosotros los sin patria*; no son necesariamente grandes vividores, no siempre viven en graves pecados.

Tal vez sean, como Nietzsche y tantos grandes rebeldes, castos hombres cuya vida privada parece irreprochable. Son puros según el mundo, pero ciertamente no puros según Dios (Mateo 5:8). Sus pensamientos, sus palabras, sus escritos son blasfemias. No se les conoce, según el mundo, por grandes pecados, pero sin embargo viven en pecado, porque la pureza según Dios es obediencia a la verdad (1 Pedro 1:22). Si reniegan y niegan a Dios, si con Renan² gritan: *Padre nuestro de la nada*, para ellos es mejor creer en sí mismos y adorarse a sí mismos. Este pecado es el árbol maldito. Todos los demás pecados son solo los frutos de este árbol (Romanos 7:5). Este orgullo del espíritu humano que, a instancias de Sata-

nás (Isaías 14:13-14), quiere suplantar a Dios, engendra todos los pecados. Es la causa de las guerras y todos los males. El pecado de algunos intelectuales alienta los pecados de las clases ignorantes. Después de haber socavado en nombre de la razón todas las bases religiosas, o simplemente después de haber puesto en duda los valores más sagrados, no debería extrañarnos que todo se tambalee.

No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también cosechará (Gálatas 6:7).

Vosotros que estáis influidos por el ejemplo de ateos e incrédulos que conocéis, recordad que pecar es oponerse a la voluntad de Dios, destronar a Dios. No nos dejemos engañar por las bellas apariencias ni nos dejemos llevar por las divagaciones de nuestra mente. ¡Recordemos a nuestro Creador mientras aún hay tiempo! (Eclesiastés 12:1). Reconciliémonos con él (Job 22:21), antes de que el Dios vivo nos lleve a juicio ante él (Eclesiastés 11).

Nuestro destino es glorificar a Dios; si fallamos nos acercamos a la bestia. Si nos preocupa el problema del mal, el pecado, el sufrimiento, la injusticia; si consideramos a Dios injusto o impotente, comprendamos lo que somos, hijos del polvo, átomo en el espacio, relámpago en el tiempo, y veremos cuán miserables son nuestras dudas.

¿Quiénes somos para analizar a Dios, pesarlo en nuestra balanza, someterlo a nuestras apreciaciones humanas y a nuestra crítica insensata? El objeto formado, ¿dirá al que lo formó: «*Por qué me has hecho así*» (Romanos 9:20)? Si pudiéramos sondear todos los problemas, ya no seríamos criaturas, sino Dios mismo. Aprendamos a conocerlo a él y a conocernos a nosotros mismos, y descubriremos que el pecado y la injusticia están en nosotros y no en Dios. El rechazo de Cristo, el Santo y el justo, un rechazo que continúa a través de los siglos, ¿no es una prueba de la injusticia del hombre y de su estado de pecado?

¿No es nuestro orgullo, nuestra vanidad lo que nos ciega? Aceptemos las respuestas de la fe y entenderemos. Son los dioses, profanos o religiosos, que hemos elegido nosotros mismos, los que son injustos y nos han engañado. Son los que debemos rechazar para volver al Dios verdadero a quien hemos ignorado y abandonado. La cristiandad ha regresado al paganismo. Bajo un barniz de cristianismo, ha creado una nueva mitología. Este es su pecado y su ruina.

Solo volviendo a Dios, inclinándonos ante él, seremos salvos. En el reconocimiento de su soberanía absoluta y en la humilde confesión de nuestra dependencia, encontraremos paz. Podremos comprender que sus pensamientos no son nuestros pensamientos (Isaías 55:8). Seremos capaces de admitir que el Dios Creador puede tener pensamientos y puntos de vista que están más allá de nuestra comprensión.

Tras estas consideraciones que consideramos necesarias para la comprensión adecuada de nuestro tema, decimos, por tanto, que el objeto directo de la fe no es la existencia de Dios, sino Dios mismo, tal como se revela en Jesucristo (Juan 17:3), y de lo cual da testimonio la Sagrada Escritura (Juan 5:39). Por tanto, el objeto de la fe incluye todas las verdades reveladas por Dios, que se encuentran unidas en una sola persona, Jesús (Efesios 4:21), el santo y verdadero (Apocalipsis 3:7). Cristo es el objeto inmutable de la fe, pero uno no puede ni debe separar las verdades bíblicas de su adorable persona.

Debido a que todavía solo conocemos en parte (1 Corintios 13:12), puede haber diferencias en la interpretación de los detalles. Por otro lado, aquel que dice tener fe y niega ciertas verdades bíblicas, como la eterna preexistencia de Cristo, su divinidad, los milagros, la resurrección, o que espiritualiza verdades claramente establecidas, solo tiene una fe vana, hipócrita y muerta (1 Corintios 15:14, Mateo 15:7-9, Santiago 2:26). Eso no es fe, sino incredulidad disfrazada bajo el manto de la fe (Santiago 2:14).

Por otro lado, si la fe se aparta de su objeto único, que contiene toda la revelación, para centrarse en las tradiciones humanas, incluso las más antiguas y las más dignas de respeto (Colosenses 2:23), o en las concepciones científicas, incluso las más plausibles (Colosenses 2:8), pierde al mismo tiempo su carácter esencial, al dejar de ser exclusivamente religiosa.

Para concluir este capítulo, resumiré lo que debemos creer de acuerdo con las Escrituras para ser salvos.

Para tener vida eterna debemos creer con el corazón que Jesucristo venido en carne es el único y eterno Hijo de Dios (Juan 3:16, 1 Juan 4:2). Esta fe no es intelectual, no es una opinión teológica, sino una certeza, una convicción que nos lleva a actuar, a confiar en él y a someter toda nuestra vida a su control (Gálatas 2:20). Debemos creer en el evangelio (Romanos 1:16). Este evangelio, por el cual somos salvos, nos dice que Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras, que fue sepultado y resucitó al tercer día según las Escrituras (1 Corintios 15:1-4). Creer en el evangelio implica reconocer a Jesús como Salvador y Señor de todo nuestro ser (1 Corintios 6:19-20).

Para ser salvos debemos confesar con nuestra boca a Jesús como Señor y creer en nuestro corazón que Dios lo levantó de los muertos (Romanos 10:9). Esto involucra fe en su divinidad, porque si a nuestros ojos Jesús nació según la carne de la simiente de David, él fue determinado Hijo de Dios en poder, según el Espíritu de santidad, por la resurrección de entre los muertos (Romanos 1:4).

La resurrección de Cristo, demostración de su divinidad, se convierte en el fundamento de nuestra fe en su muerte expiatoria. Nuestra fe en la obra reden-

tora de Cristo encuentra en la resurrección del Señor el sello de Dios en la vida de Jesús y en su sacrificio, y su aprobación de esa vida y ese sacrificio (Romanos 4:25). Al resucitar Cristo, se nos induce a creer en su ascensión en gloria (Efesios 1:20), en su permanente intercesión por nosotros y en su poder para librarnos del pecado (Hebreos 7:25).

Para ser salvos, debemos creer que Jesús puede y quiere perdonar nuestros pecados (Lucas 7:36-50). Al creer esto, reconocemos y confesamos que Jesucristo es Dios, porque solo Dios puede perdonar los pecados (Marcos 2:7). *Cree en el Señor Jesucristo* —dijeron Pablo y Silas al carcelero de Filipos— *y serás salvo* (Hechos 16:31). De esta afirmación y esta circunstancia se hace evidente que el objeto de la fe es Cristo, una persona, y no una serie de verdades. Pero al creer en esa persona y luego aprender su Palabra, también recibiremos todas las verdades que se relacionan con nuestro Salvador, con quien formarán para nosotros una realidad viva.

Por lo tanto, la fe salvadora es más que una adhesión intelectual a las verdades reveladas en la Biblia, y mucho más que la simple confianza en la palabra de un hombre. La confianza, sin embargo, es de suma importancia como punto de partida de la fe. Pero la Palabra revelada, objeto de esta confianza, sólo debe servir para llevarnos a la verdad divina contenida en ella, para presentarnos a la persona viva de quien emana la Escritura. La fe es más que apropiarse de ciertas promesas. Nos hace vivir una relación íntima con Dios mismo, conocido como Padre, y con su amado Hijo conocido como salvador, amigo y Señor de nuestra vida.

Y en ningún otro hay salvación, porque no hay otro nombre bajo el cielo dado a los hombres en que podamos ser salvos (Hechos 4:12).

1 ► Friedrich Wilhelm Nietzsche (1844-1900), fue un filósofo, poeta, músico y filólogo alemán.

2 ► Joseph Ernest Renan (1823-1892), conocido simplemente como Ernest Renan, fue un escritor, filólogo, filósofo, arqueólogo e historiador francés.

Pero sin fe es imposible agradar a Dios, porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que él existe y que recompensa a quienes lo buscan.

Hebreos 11:6

Motivo de la fe

El motivo que nos hace admitir que algo es cierto puede ser triple:

- ▶ **Es obvio.** Todo el mundo reconoce, por ejemplo, que la parte es más pequeña que el todo.
- ▶ **Puede verificarse** mediante la experiencia o demostrarse mediante el razonamiento, como es el caso de todas las leyes físicas y teoremas de geometría.
- ▶ **Por el testimonio** de otros.

Sería absolutamente ridículo e irrazonable admitir como verdadero solo lo que es obvio y lo que se puede demostrar experimental o lógicamente. Si este fuera el caso, la historia tendría que ser suprimida porque, ¿cómo establecer la existencia de César, Juana de Arco, Napoleón, etc..., mediante otras pruebas que el testimonio? Sin fe la vida humana se detendría, porque la fe se ejerce en un terreno inmenso, ya que todos creen infinitamente más cosas de las que ven o han verificado científicamente.

El motivo de la fe no es la evidencia ni la posible verificación de las verdades que se nos enseñan, es el testimonio que descansa en la autoridad de Dios. Por tanto, cualquier acto de fe puede formularse como: *Creo porque Dios lo ha revelado y Dios es la verdad soberana, incapaz de mentir y de engañarnos.* El acto de fe supone, pues, como establecido el hecho mismo de la Revelación. Es obvio que solo se puede creer a una persona si se está seguro de antemano de que esa persona ha hablado.

Por tanto, la razón de la fe se basa en la confianza en Dios que ha hablado y en la veracidad de su testimonio. Este testimonio fue confirmado visiblemente por la venida de Jesucristo a la tierra, nacido en Palestina durante el mandato del emperador romano Tiberio, siendo Poncio Pilato gobernador de Judea y Herodes tetrarca de Galilea (Lucas 3:1). Dios no quería seguir siendo el *Dios no conocido* a quien los griegos habían levantado un altar (Hechos 17:23), ni el Dios que se esconde (Isaías 45:15) y a quien los israelitas servían. Para ambos, quería convertirse en un Dios cercano y conocido. Después de revelarse a los padres a través de los profetas, nos habló en el Hijo o por el Hijo (Hebreos 1:2). Dejando la gloria y la luz inaccesibles, habitó entre los hombres en un cuerpo de carne como

el nuestro, pero sin pecado (Romanos 8:3, Hebreos 4:15). Jesucristo, la Palabra divina, la Palabra encarnada (Juan 1:14), la imagen del Dios invisible (Colosenses 1:15), el resplandor de su gloria, la imagen misma de su sustancia (Hebreos 1:3), vino en medio de los hombres a revelarles la gloria del Dios incorruptible (1 Timoteo 1:17). Sí, la gloria de Dios, justicia, santidad, poder, luz, verdad, amor y gracia, este maravilloso conjunto de perfecciones divinas se manifestó en Jesucristo, quien caminó y habló en la tierra. Además, quien contempla a Jesús en los Evangelios, aún hoy se enfrenta inevitablemente con esta alternativa, decidir a favor o en contra de él (Lucas 11:23). No se puede tener una actitud neutral ante Jesucristo, porque él no es solo una gran figura histórica, sino la revelación de Dios en la carne, la Palabra por quien fueron creadas y por quien todas las cosas subsisten (Colosenses 1:16-17); el santo y el justo, negado y muerto por mano de hombres inicuos, a quien Dios levantó de los muertos, haciéndolo juez de vivos y muertos (Hechos 10:42). Todos los profetas y apóstoles dan testimonio de que por su nombre todo el que cree en él, recibe la remisión de los pecados, y que de todo lo que los hombres no pueden ser justificados por la ley de Moisés, el que cree es justificado por él (Hechos 10:43).

La partida de Jesucristo de la escena de este mundo no es una desaparición, sino una breve ausencia a los ojos de aquel para quien un día es como mil años y mil años como un día (2 Pedro 3:8). Su resurrección no es una leyenda inventada por vulgares impostores. Es una certeza establecida en varias pruebas seguras (Hechos 1:3, 1 Corintios 15:4-8), y atestiguada por testigos tanto o más dignos de confianza que Heródoto¹, Josefo² o Michelet³, los grandes historiadores que nos documentan sobre la historia antigua, la historia judía y la historia de Francia.

Después de encontrar el sepulcro vacío, ojos como los nuestros vieron las marcas de los clavos de la crucifixión en Cristo resucitado. El dedo de Tomás tocó los estigmas que los clavos dejaron en las manos de Cristo y metió su mano en el costado atravesado por la lanza del soldado romano en el monte Gólgota (Juan 20:24-29). Luego, después de ser visto y oído por sus discípulos durante cuarenta días (Hechos 1:3), habiéndoles prometido que volvería, ascendió al cielo, de donde había venido, y se sentó a la diestra de Dios (Hechos 1:9, Hebreos 10:12, Filipenses 2:9-11).

Según el testimonio de los apóstoles, Jesucristo murió por nuestras faltas en el Calvario y resucitó para nuestra justificación (Romanos 4:25), actualmente está vivo en el cielo y está presente en la tierra a través de su Espíritu en los corazones de todos los que creen. Desde el Monte de los Olivos, los apóstoles pudieron seguir con sus ojos la ascensión de su amado Maestro, recibido por una nube que le ocultó de su vista (Hechos 1:9). Esteban, Pablo y Juan vieron el cielo abrirse y contemplaron y escucharon cosas inefables que el hombre no puede

describir ni expresar. Desde entonces fueron testigos vivos y fervientes de su Maestro, invisible a los ojos del mundo, pero presente en su corazón por el Espíritu Santo. Sabían donde estaba su Señor. El Espíritu Santo que descendió sobre ellos el día de Pentecostés había sido el cumplimiento de la promesa de Jesús:

Os conviene que yo me vaya. Porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros; pero, si me voy, os lo enviaré... Pero cuando el Espíritu de verdad venga, os guiará a toda la verdad... (Juan 16:7-13).

También conocían la actividad de su Señor en la gloria. Estaba preparando lugar en la casa del Padre (Juan 14:2) para ellos y para todos los que creyeran en él por su testimonio. Sabían que estaba ocupado intercediendo por ellos ante el Padre como un Sumo Sacerdote fiel que podía compadecerse de sus debilidades, habiendo sido tentado en todas las cosas como ellos, pero sin pecado (Hebreos 4:15). Tenían la certeza de que él era su abogado divino, el garante de su salvación, adquirida a costa de su vida, la propiciación por sus pecados, y no solo por los de ellos sino también por el mundo entero (1 Juan 2:1-2). Sabían que estaba listo para volver a por ellos (1 Corintios 15:51-53, 1 Tesalonicenses 4:13-18), y luego establecer su reino en el día y la hora que solo el Padre conoce (Mateo 24:36). Ignorando el día y la hora del regreso de su Maestro, vivían constantemente en esta expectativa, vigilando sin cesar sus pensamientos, sus palabras, su conducta, para ser considerados dignos de él en su venida (1 Tesalonicenses 5:23).

Testigos de las cosas que habían visto y oído, la mayoría de los apóstoles murieron mártires por el testimonio de Jesús y por la Palabra de Dios. Sin embargo su voz no ha sido silenciada. Aunque muertos, todavía hablan. Hablan a través de sus escritos divinamente inspirados y con el mismo ardor que antaño os suplican, queridos lectores, si aún no lo habéis hecho, que recibáis su testimonio aceptando a Cristo como vuestro Salvador personal. Ni el mundo ni los hombres tienen excusa. Jesucristo, el Hijo Eterno de Dios, crucificado en debilidad, resucitado en poder y otorgando perdón de pecados y vida eterna a todo aquel que cree (Juan 3:16) es la razón suprema para creer.

Jesús dijo:

Yo, la luz, he venido al mundo para que todo aquel que cree en mí no permanezca en tinieblas. Yo no juzgo a quien oye mis palabras y no las guarda, porque yo no he venido para juzgar al mundo, sino para salvarlo. El que me rechaza y no recibe mis palabras tiene quien le juzgue: la palabra que he hablado le juzgará en el día final. Yo no he hablado por mi propia cuenta. El Padre, que me envió, es quien me ha ordenado lo que debo decir y enseñar. Y sé que su mandamiento es vida eterna. Así pues, lo que yo hablo lo hablo como el Padre me lo ha dicho (Juan 12:46-50).

Si yo no hubiese venido y les hubiera hablado, tendrían excusa para su pecado; pero ahora no la tienen (Juan 15:22).

1 ► Heródoto de Halicarnaso (484-425 a. C.) fue un historiador y geógrafo griego, tradicionalmente considerado como el padre de la Historia en el mundo occidental. Fue el primero en componer un relato razonado y estructurado de las acciones humanas.

2 ► Tito Flavio Josefo (37-100) fue un historiador judeorromano del siglo I, que nació en Jerusalén (entonces parte de la Judea romana). Registró la historia judía, con especial énfasis en el siglo I y la primera guerra judeo-romana (66-70 d. C.), incluyendo el asedio de Masada. Sus obras más importantes fueron *La guerra de los judíos* (c. 75) y *Antigüedades judías* (c. 94). *La guerra de los judíos* relata la revuelta judía contra la ocupación romana. *Antigüedades judías* describe la historia del mundo desde una perspectiva judía para una audiencia aparentemente griega y romana. Estas obras proporcionan información valiosa sobre el judaísmo del siglo I y los antecedentes del cristianismo primitivo, aunque este no es mencionado específicamente por Josefo. Las obras de Josefo son la fuente principal junto a la Biblia para la historia y la antigüedad de la antigua Palestina.

3 ► Jules Michelet (1798-1874) fue un importante historiador francés.

De dónde procede la fe

La fe, fruto de la gracia divina, es obra del Espíritu Santo en nosotros. Él es totalmente libre, puede operar en el hombre de formas muy diferentes. Nunca está sujeto a reglas establecidas de antemano. Puede apoderarse repentinamente de un individuo hasta ahora opuesto a Dios y convencerlo, así como también puede actuar de manera progresiva sometiendo su inteligencia y su voluntad a su acción bendita.

Siendo la razón de la fe la autoridad del testimonio divino, para creer, escuchar, conocer este testimonio, es necesario estar seguro si Dios ha hablado. Esto se consigue leyendo la Biblia y estudiando las razones que nos hacen creer en la existencia de la revelación divina. Entonces, acerquémonos a la Palabra y, siguiendo el consejo de Jesús, escudriñemos las Escrituras (Juan 5:39). En ellas encontraremos poderosas razones para creer. Frente al contenido de la Biblia, considerando su formación, su existencia y su preservación a través de los siglos, sus efectos en el mundo y en el corazón de los hombres, obtendremos convicciones. Solo recordemos, mientras la leemos, que la Biblia es un libro para niños pequeños y para grandes científicos, pero que permanece cerrada a aquellos que se creen sabios y que hacen de la inteligencia un fin y no un medio. Cuando el espíritu haya obtenido la seguridad de que Dios ha hablado en este Libro, se dará un gran paso en la dirección de la fe, y la razón por la que creer será en la autoridad del Dios que no puede mentir.

Sin embargo, para que el espíritu se incline cuando hemos adquirido la certeza de la revelación, el acto de fe mediante el cual nos adherimos de corazón al objeto de la fe requiere la cooperación de la voluntad por dos razones:

► El hombre puede resistirse a la gracia que se le ofrece. "... *no queréis venir a mí para tener vida* (Juan 5:40).

► Porque las razones para creer, aunque suficientes para generar certeza, pueden dejar dudas en un alma mal dispuesta. Para que la mente se doblegue, debemos querer y amar la verdad, a pesar de cualquier sombra que todavía la envuelva, o cualquier oposición que haya entre lo que la fe prescribe y las inclinaciones de nuestro corazón. Tal como dijo Agustín de Hipona¹: *el hombre no puede creer sin querer*.

Dejadas a sí mismas, la inteligencia y la voluntad humanas no pueden llegar a la fe. La intervención de la gracia es necesaria por tres razones:

► Para iluminar y orientar nuestra mente, para que elimine errores y prejuicios que podrían impedirle reconocer el hecho de la revelación, y recibir en el corazón las verdades que contiene y que, lejos de ser evidentes, están más allá de nuestra inteligencia.

► Para purificar y fortalecer la voluntad. La gracia debe inclinar el corazón a aceptar verdades que repugnan a sus pasiones. El acto de fe, de hecho, no es solo teórico, es decir, una adhesión intelectual a las verdades del cristianismo. La verdad incluye no solo la doctrina, sino también una vida que debe manifestarse de manera práctica en nuestra existencia diaria.

► Porque la fe nos transporta a un terreno sobrenatural, y solo la gracia puede salvar este abismo que separa lo visible de lo invisible.

De lo que precede, y según la enseñanza de las Escrituras, se sigue, pues, que la fe es:

► Un don de Dios, que se convierte en quien lo recibe en *el medio de salvación*, el vínculo que une su corazón a Dios, fuente única de toda gracia (Efesios 2:8). Como todos los demás dones de Dios, este es gratuito y está disponible para todos. Dios no hace acepción de personas. Se te ofrece hoy a ti, querido lector.

► La Palabra de Dios es el instrumento que él elige y usa para comunicarnos nuestra fe (Romanos 10:17, Hechos 4:4). Esta es la realidad de la fe salvadora. Fue al escuchar la Palabra del Señor, predicada por Pablo y Silas, que el carcelero de Filipos fue llevado a la fe y fue bautizado (Hechos 16:32-33). Este es también el caso de la fe del creyente que obtiene respuesta a su oración. La oración poderosa es aquella que se basa en las promesas de Dios, pero para ello es necesario conocerlas. En consecuencia leamos la Biblia y alimentemos nuestras almas con la Palabra de Dios, que no puede mentir. Esto es válido para la fe en todos sus aspectos. La fe viene de la Palabra de Dios y crece al alimentarse de ella. Si queremos que otros lleguen a la fe, o que crezcan en ella, démosles la Palabra de Dios e instemos a que la lean todos los días.

► La fe es obra del Espíritu Santo (Juan 16:8-11) que hace que la palabra cobre vida y penetre en el corazón.

La lectura de la Biblia nos hace descubrir la santidad, la justicia y el amor de Dios, en contraste con nuestra impureza, nuestro pecado y la malicia de nuestro corazón. Estamos llamados a reconocer nuestra condición y

romper, a través del verdadero arrepentimiento, con nuestro pasado. La verdadera fe implica la confesión y el abandono del pecado. Es inseparable del arrepentimiento real (Hechos 2:38, 3:19), cuyo elemento principal es un cambio que nos lleva a Cristo. Esta conversión, que conduce al nuevo nacimiento, es obra del Espíritu Santo.

El Espíritu Santo llama a todos los hombres. Desde su venida a la tierra convence al mundo de pecado, de justicia y de juicio (Juan 16:8). Si el hombre se resiste a esta convicción, silenciando la voz de su conciencia, entonces permanece en su estado de pecado y ya solo le cabe esperar la ejecución del juicio de Dios. Jesús incluso dice que ya ha sido condenado (Juan 3:18). Si, por el contrario, abre su corazón a la obra del Espíritu Santo y confiesa su miseria, el Espíritu Santo, arrancándolo de sí mismo, de su pecado, lo lleva a la cruz del Calvario y le presenta a Cristo, el perfecto Salvador que cargó con todos sus pecados.

Si queremos recibir fe, no nos resistamos a la convicción de pecado que el Espíritu Santo quiere crear en nosotros a través de la Palabra de Dios. Para entrar en el Reino de Dios se requieren dos condiciones: *arrepentirse*, una condición negativa que relega al hombre al polvo, y *creer en el evangelio*, una condición positiva que coloca al hombre regenerado en el cielo, donde está sentado Cristo (Marcos 1:15, Efesios 2:6).

► Jesús es el autor y consumidor de la fe (Hebreos 12:2). Para ser guiados por el camino de la fe, debemos seguir a Jesús. Es el guía de nuestra fe. En su caminar aquí, nos marcó y abrió el camino. Ahora nos atrae y nos ayuda a seguirlo. Jesús en su vida terrenal perfeccionó la fe. Mostró a los hombres lo que la fe puede hacer, lo que es, lo que vale y cómo pone a Dios por encima de todo. También quiere perfeccionar la fe en nosotros, cuando él mismo se convierte en el objeto de nuestra fe y luego puede transformar a su imagen a quienes lo contemplan. Hace de la fe en él el secreto de una vida pacífica, santa y triunfante. Esta vida solo es santa en relación con Cristo. El progreso en la fe no mejora mi naturaleza, que sigue siendo malvada. La fe crece en mí cuando aparta la mirada de mí y la fija en Cristo. No tengo, y nunca tendré, en mí mismo sabiduría, justicia o santidad, pero mi fe en Cristo me imputa sabiduría divina, justicia, santidad y redención (1 Corintios 1:30).

Si deseamos tener fe, pidámosla a Dios en oración, mediante la cual confesamos nuestra impotencia y nuestra dependencia, para que nos abra los ojos. Entonces sabremos que la fe no es más que un gran sí dicho a Dios, una palabra que está cerca de nosotros, en nuestra boca y en nuestro corazón (Romanos 10:6-10).

Si queremos que se afirme nuestra fe, confiemos en las promesas de Dios. Porque no dudó de la promesa de Dios, Abraham fue fortalecido en la fe y pudo dar gloria a Dios (Romanos 4:20). Para que nuestra fe no vacile apartemos la vista del mundo y las circunstancias, y fijémonos en Jesús (Mateo 14:29-31). Si quieres llevar un alma a la fe, ponla cara a cara con las promesas divinas y mantén su atención en ellas. Un gran obstáculo para la fe proviene de buscar la gloria de los hombres, en lugar de buscar solo la que viene de Dios (Juan 5:44). La fe nunca puede florecer en una atmósfera de egoísmo, auto-realización y orgullo.

¡Cuán hermosos son los pies de los que anuncian el evangelio de la paz, de los que anuncian buenas noticias! Pero no todos obedecieron al evangelio, pues Isaías dice: Señor, ¿quién ha creído a nuestro anuncio? Así que la fe proviene del oír, de escuchar la palabra de Dios (Romanos 10:15-17).

1 ► Agustín de Hipona, conocido también como san Agustín (354-430), fue un escritor, teólogo y filósofo cristiano. Después de su conversión, fue obispo de Hipona, al norte de África y dirigió una serie de luchas contra las herejías de los maniqueos, los donatistas y el pelagianismo.

Carácter de la fe que salva

Dijimos en nuestro segundo capítulo que la fe es creer. Sin embargo, apresurémonos a distinguir entre fe y fe. Podemos decir que creemos y no ser salvos. Podemos decir que tenemos fe (Santiago 2:14) y vivir en una trágica ilusión. Jesús no se fiaba de muchos de los que creían en él (Juan 2:24). La verdadera fe no es una profesión intelectual, externa, sino una realidad interior, que produce frutos conforme a la vida de Dios en nuestra vida exterior. La fe basada en el sentimiento, el sentimentalismo, no es la verdadera fe. Si los milagros de Jesús fueron para aquellos que los vieron una razón convincente para creer (Juan 8:38, 14:11), si pudieron producir fe en una minoría de personas sinceras (Juan 4:53), la mayoría de las veces producen una fe falsa en los hombres carnales (Juan 6:2, 14-15, 30, 41, 66), y en los que no son sinceros, incredulidad (Juan 5:14-18, 9:13-14, 11:46-53, 12:37-41).

Dichosos los que no vieron y creyeron (Juan 20:29b).

Muchos de los que se sienten profundamente conmovidos en las reuniones se vuelven atrás. En realidad no habían *nacido de nuevo*, no habían recibido la vida eterna. Es posible experimentar emociones, incluso sentirse profundamente conmovido, sin que el corazón cambie realmente. Los mayores dones espirituales no pueden reemplazar el fruto del Espíritu (Gálatas 5:22). Un gran ardor, una alegría exuberante tampoco prueban que el alma haya recibido la vida eterna.

La Escritura advierte solemnemente sobre la posibilidad de recibir en vano la gracia de Dios, de empezar bien y luego caer de la gracia (2 Corintios 6:1, Gálatas 5:4). Más de una vez el Señor habla de quienes reciben la Palabra con alegría, pero que no tienen raíz en sí mismos. Solo creen durante un tiempo (Lucas 8:13). Esto explica por qué personas que han sido tomadas por verdaderos creyentes han caído sin esperanza de regresar. Superficiales, no han perseverado en la fe (Hechos 14:22), no la siguieron (2 Timoteo 2:22), y Satanás, después de enganñarlos por un tiempo acerca de su estado real, los usa para desacreditar la verdadera fe con sus negaciones. El apóstol Pedro en su segunda epístola les aplica este proverbio: «*El perro vuelve a su vómito, y la puerca recién lavada vuelve a revolcarse en el lodo*» (2 Pedro 2:22). Su caso es grave, porque después de haber sido iluminados una vez y haber probado el don celestial, ya no tienen la excusa, al rechazar a Cristo, de no saber lo que hacen. Además, la carta a los hebreos nos

dice que es imposible que los que *volvieron a caer, ... sean otra vez renovados para arrepentimiento, y crucifiquen de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y lo expongan a la burla.* (Hebreos 6:6).

Después de que Jesús advierte contra una profesión de fe aparente, pero sin una realidad profunda, el apóstol Pablo nos muestra que podemos tener una fe que mueva montañas, y sin embargo ser nada, si nos falta el amor (1 Corintios 13:2). No más que muchas palabras piadosas (Mateo 7:21), las acciones extraordinarias no son prueba de la verdadera fe. Ésta tiene su fuente y manifestación en el amor de Dios. La fe conduce a los hombres a ser y no a parecer. El apóstol Santiago también reprende a los que se jactan de su fe mientras llevan una vida culpable. Les dice: *Tú crees que Dios es uno; haces bien. También los demonios creen, y tiemblan* (Santiago 2:19).

No basta con proclamar que Jesucristo es el Hijo de Dios. Pedro lo hizo (Mateo 16:16), pero también los demonios. Escuchemos lo que dijeron: *Sé quién eres: el Santo de Dios* (Marcos 1:24), y también: *¿Qué tienes contra mí, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?* (Marcos 5:7). Algunos de nuestros lectores pueden saber quién es Cristo. Quizás incluso tengan un conocimiento muy ortodoxo de su persona y su obra. Pero deben recordar que este conocimiento por sí solo no puede salvarlos. El conocimiento de Dios no es un fin en sí mismo, no tiene valor en sí mismo. Es un servicio cuyo valor viene dado por su objeto, su tarea, su objetivo, honrar a Dios (Colosenses 1:9-10). *El conocimiento de Dios no es un conocimiento que nos deja intactos, es un conocimiento que nos entrena. Dios nos lleva a su servicio. No nos deja ser nosotros mismos y conocerlo de forma independiente. Se convierte en todo para nosotros*¹. Pedro y los demonios confesaron a Cristo con fórmulas casi idénticas. Pero Pedro, al hacerlo, actuaba bajo la inspiración divina, mientras que los demonios obedecían al miedo. Por eso el Señor, que lee los corazones, que mira el origen y la naturaleza de la confesión, puede llamar a Pedro *"dichoso"* (Mateo 16:17), y decirle al demonio: *"¡Cállate...!"* (Marcos 1:25). Pedro creyó y amó, porque había sido amado primero (1 Juan 4:19), los demonios saben, creen, pero no conocen el amor que echa fuera el temor (Santiago 2:19, 1 Juan 4:18).

Cuidado con el conocimiento bíblico frío y seco. Podemos saber todo sin tener fe. La fe convierte las verdades conocidas en realidades en nuestras vidas. Ya no sabemos, no creemos, porque se nos haya dicho, sino que sabemos y creemos por haber experimentado el amor del Señor (Juan 4:42). Por tanto, tengamos cuidado en no confundir la fe con los sentimientos religiosos, con las acciones espectaculares o con un amplio conocimiento doctrinal.

Entonces, ¿cómo podemos reconocer a los verdaderos creyentes? Mediante este principio universal: *"... por sus frutos los conoceréis"* (Mateo 7:20). Una

prueba indiscutible de que somos hijos de Dios será nuestra perseverancia en la santidad y en la obediencia a la Palabra de Dios (Hebreos 12:4). Entonces el Espíritu Santo dará testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios (Romanos 8:16). Esta es la primera característica de la verdadera fe. Esta fe solo nos da la seguridad de nuestra salvación en una comunión viva con el Salvador viviente y en un caminar en la luz (1 Juan 1:6-7). Esto no significa que el creyente no peque, pues *todos ofendemos muchas veces* (Santiago 3:2). Teniendo fe, nos será imposible vivir en un estado de pecado, practicar la iniquidad (1 Juan 3:4-12). Sin embargo, si no estamos siempre velando, si nuestros ojos no están fijos constantemente en Jesús, una caída, o incluso varias, es inevitable. Sin embargo, esto es solo un accidente del cual podemos ser restaurados, al confesar nuestro pecado a aquel que es fiel y justo para perdonarnos y limpiarnos de toda maldad (1 Juan 1:9, Proverbios 28:13). El pecado rompe la comunión con Dios, y es imposible que quien la haya probado pueda vivir sin ella (ver Salmos 32 y 51). Ciertamente el Señor ha dicho de sus ovejas: *Yo les doy vida eterna, no perecerán jamás ni nadie las arrebatará de mi mano* (Juan 10:28). Sin embargo, según el contexto, estas palabras solo pueden dar seguridad a las ovejas que escuchan la voz del buen pastor y lo siguen (Juan 10:27). Para ellas sí hay total seguridad, y junto al apóstol Pablo, confiando solo en Cristo en quien se encuentran, y no en su fidelidad, pueden clamar en todas sus miserias y sus fracasos:

Ahora pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús... Por lo cual estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, ni ángeles ni principados ni potestades, ni lo presente ni lo futuro, ni lo alto ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús, Señor nuestro (Romanos 8:1, 38-39).

¡Este cántico de triunfo es el de la verdadera fe!

Quede bien entendido que la fe verdadera da la plena seguridad de la salvación. Pero perezca esta concepción falsa y diabólica, que hace de la fe una póliza de seguro contra los riesgos del castigo eterno. Nadie recibe la seguridad de su elección como una carta de inmunidad para luego vivir como mejor le parezca. La fe es una ley moral en el corazón del creyente y el germen de una nueva personalidad (2 Corintios 5:17). Lejos de conducir a la relajación moral, produce buenas obras necesaria y espontáneamente (Efesios 2:10). De hecho es la muerte al pecado, que es destruido en su raíz por la unión del pecador con Cristo crucificado y resucitado (Romanos 6).

Resumamos ahora las características de la verdadera fe tal como las encontramos descritas en la Biblia. La fe que salva es la del corazón (Romanos 10:9-10). En las Escrituras, el corazón es el lugar que contiene el pensamiento, los sentimientos, la voluntad (Marcos 7:21-23). La fe del corazón es, por tanto, una

fe que gobierna el pensamiento, los sentimientos y la voluntad. Se manifiesta externamente por la realización de las obras que Dios ha preparado de antemano para que caminemos en ellas (Efesios 2:10, ver también Hebreos 11 y Santiago 2:14-25). De esta forma se concilian las doctrinas de Pablo y Santiago. Para ambos, la fe que salva es la que produce obras, y las obras que Dios aprueba son las producidas por la fe (Romanos 4:2-8, Santiago 2:18-26). La fe sin obras está muerta, y la fe muerta no es fe.

La fe que salva actúa por amor (Gálatas 5:6). La verdadera fe está siempre unida al amor. Podemos tener fe sin amor (1 Corintios 13), pero no podemos tener amor verdadero sin fe. *Podemos confesar que Cristo vino y no amarlo, pero es imposible amar a Cristo sin proclamar que él vino* (Agustín de Hipona).

La fe salvadora recibe a Cristo, quien se da a sí mismo a nosotros como Salvador, como libertador, como Señor. Da la seguridad del perdón de nuestros pecados sobre la sola base de la obra expiatoria de Cristo (Romanos 3:24-25). Nos libera del poder del pecado, enseñándonos a confiar enteramente en Cristo (Juan 8:36, Romanos 8:2-4). Finalmente, somete sin reservas nuestra mente a las enseñanzas del Maestro y nuestra vida a su absoluto control. La fe salvadora confía únicamente en Cristo. Es inquebrantable, sabe en quien cree (2 Timoteo 1:12).

Invoca el nombre del Señor (Romanos 10:13-14). No retrocede a la hora de confesar públicamente el nombre de Jesucristo y no siente vergüenza de hacerlo. Cumple con su servicio a pesar de los peligros y pruebas (Hebreos 10:38-39). Soporta la prueba que la purifica y fortalece para alabanza, honor y gloria de Dios (1 Pedro 1:7).

En el pasaje de Hebreos 11:1 encontramos dos características de la fe: *la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve*. La fe percibe lo invisible y capta las realidades espirituales. Así como nuestros sentidos nos conectan con el mundo físico, la fe nos conecta con el mundo espiritual. Lo que afirma en el ámbito espiritual es tan valioso como lo que afirman los sentidos en el ámbito físico, o la razón en el ámbito científico.

Si la fe salvadora no se basa en la evidencia, sin embargo, no es ni credulidad ni especulación, ya que tiene sus propios motivos y métodos de demostración. Lejos de ser ciega o caer en la ignorancia, sabe en quién cree (2 Timoteo 1:12). Conoce, a su manera, lo que sobrepasa toda inteligencia (Efesios 2:18, Juan 6:69). Entiende lo que solo los santos pueden entender (Efesios 3:18). En una palabra, la fe tiene su certeza independiente de la lógica, cómo *el corazón tiene sus razones que la razón no conoce* (Pascal)². Vemos que de los tres elementos de la fe: un conocimiento más o menos claro de su objeto, es decir de Dios, la convicción de que la Palabra es verdadera, y la confianza en él, es el último el que constituye

esencialmente la fe religiosa. Pascal lo definió como: *Dios sensible al corazón*.

Hijos míos, no amemos de palabra ni con la lengua, sino con hechos y de verdad. De este modo conocemos que nosotros somos de la verdad y nuestro corazón puede estar tranquilo delante de él. Pues aunque nuestro corazón nos reprenda, Dios es más grande que nuestro corazón, y él sabe todas las cosas. Amados, si nuestro corazón no nos reprende, es porque tenemos confianza en Dios; y todo lo que le pidamos lo recibiremos de él, porque guardamos sus mandamientos y hacemos las cosas que le agradan (1 Juan 3:18-22).

1 ► Karl Bath "La confesión de fe de la Iglesia". (Nota del autor).

2 ► Blaise Pascal (1623-1662), matemático, físico, teólogo, filósofo y escritor francés.

Creo en Dios porque creo a Dios.

Miguel de Unamuno

Obra y resultados de la fe

La obra de la fe es inmensa, sus resultados innumerables. Nos hace entrar en posesión de la gran salvación de Dios (Hebreos 2:3), que no podemos descuidar sin perder nuestro destino en la tierra y, en última instancia, sin incurrir en la perdición eterna. Solo ella se apropia de esta salvación gratuita ofrecida a todos, por la gracia soberana de Dios (Efesios 2:8, Romanos 1:16, 1 Timoteo 2:4).

Dios declara que el hombre no solo no tiene que realizar su salvación, sino que no puede. Cristo es el único autor de la misma (Hebreos 5:9). Él lo cumplió todo en la cruz (Juan 19:30) para salvarnos por completo (Hebreos 7:25). No tenemos ni podemos añadir nada, porque nadie será justificado por las obras de la ley (Gálatas 2:16).

A los que una vez le preguntaron: *¿Qué debemos hacer para actuar como Dios quiere?*, Jesús respondió: —*Lo que Dios espera de vosotros es que creáis en el que él ha enviado* (Juan 6:28-29).

Enumeremos ahora algunas de las acciones de la fe:

- ▶ La fe en Cristo nos aplica todos los resultados de su obra expiatoria y nos reconcilia con Dios por toda la eternidad (1 Corintios 1:30-31, 2 Corintios 5:18).
- ▶ A través de ella recibimos el perdón de todos nuestros pecados, un perdón inmerecido, pero efectivo en virtud de la sangre derramada por el Salvador (Colosenses 2:13). Este perdón se convierte en nosotros en una fuente inagotable de reconocimiento y amor.
- ▶ Somos justificados por el principio de fe. La justificación total que Dios nos ofrece y que constituye el gran tema de la carta a los romanos, se basa en la maldición que cayó sobre Cristo (Gálatas 3:13). Por fe hacemos nuestra esta oferta, que nos da paz con Dios para todo nuestro pasado, su favor para el presente y la esperanza de gloria para toda la eternidad (Romanos 5:1-2).
- ▶ Recibimos la vida eterna por fe (Juan 3:16). Cristo es la vida (Juan 14:6); la fe en Cristo nos comunica esta vida (1 Juan 5:11). La tenemos desde el momento en que creemos (Juan 5:24, 1 Juan 5:13), y no podemos perderla (Juan 10:28).

- ▶ Por la fe recibimos el derecho de ser hijos de Dios (Juan 1:12-13). Cuando aceptamos a Cristo, Dios nos adopta en su familia y nada puede romper esa relación de los hijos con su Padre, que nos hace herederos de Dios y coherederos con Cristo, si es que sufrimos con él, para ser glorificados con él (Romanos 8:17). La fe, basada en las grandes y preciosas promesas de Dios, nos hace partícipes de la naturaleza divina (2 Pedro 1:4).
- ▶ Somos santificados por la fe. Dios nos ofrece en su Palabra una gracia santificante que nos apropiamos por fe (Hechos 26:18, Juan 17:17).
- ▶ Nuestros corazones son purificados por la fe (Hechos 15:9). Hay un poder purificador en la Palabra de Dios. Si creemos en esta Palabra, ejercerá ese poder en nuestros corazones.
- ▶ Por la fe, Cristo habita en nuestros corazones y hace allí su obra gloriosa (Efesios 3:17).
- ▶ Por ella, liberados del poder de las tinieblas (Colosenses 1:13), ya estamos sentados en los lugares celestiales en Cristo Jesús (Efesios 2:6).
- ▶ A través de ella nos mantenemos firmes (2 Corintios 1:24), siendo la fe la victoria que ha conquistado al mundo y que triunfa constantemente (1 Juan 5:4). La fe es también el escudo por el cual el creyente puede apagar todos los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16).
- ▶ Por la fe, medio de nuestra reconciliación con Dios, entramos en el reposo, en esa comunión viva con Dios, en la que el alma encuentra reposo y paz desde aquí abajo y por la eternidad (Hebreos 4:1-3, Mateo 11:28-30).
- ▶ Por ahora, somos salvos en esperanza (Romanos 8:24). Ahora tenemos la salvación por anticipación, y el poder de Dios nos guarda, por fe, hasta el día de la plena posesión de esta salvación, que atañe no solo a nuestra alma, sino también a nuestro cuerpo, a todo nuestro ser (1 Pedro 1:5-9, Filipenses 3:20). Por lo tanto, la obra de la redención incluye, en última instancia, la salvación de nuestros cuerpos mortales que Cristo, en su venida, transformará en la conformidad de su cuerpo glorioso (Filipenses 3:20-21). Así que, el Espíritu de aquel que levantó a Cristo de entre los muertos vivificará nuestros cuerpos mortales también, debido a su Espíritu que habita en los que creen (Romanos 8:11).

Si el anticipo de esta salvación final es ya un gozo inefable y glorioso, ¿qué será cuando lo alcancemos? Si la salvación es una operación sucesiva, que tiene varias facetas, cada uno de los factores que la componen depende de la fe. En Jesucristo, Dios nos ofrece la salvación total basada en la muerte y resurrección de su Hijo, quien nos da aquí en la tierra paz del alma, perdón de nuestros pe-

cados, justificación, reconciliación con Dios, vida eterna. Esta salvación, que nos reconcilia con Dios por la eternidad, es sin embargo una cuestión de vida y de dependencia diaria. Salvos, tenemos que cumplir nuestro destino en la tierra, vivir y caminar en el plan de Dios de una manera digna de nuestro llamamiento (Efesios 4:1).

Pablo nos exhorta en este sentido, diciendo:

... ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que produce en vosotros así el querer como el hacer, por su buena voluntad. Haced todo sin murmuraciones ni discusiones, para que seáis irreprochables y sencillos, hijos de Dios sin mancha en medio de una sociedad malvada y perversa, en medio de la cual resplandecéis como lumbreras en el mundo. Permaneced firmes en la palabra de vida... (Filipenses 2:12b-16a).

La felicidad y la única gloria del hombre es poder vivir glorificando a Dios. El hombre fue creado para ser el espejo de Dios. Si no cumple su destino, en este sentido es inferior a las bestias y al resto de la creación. Solo la fe en Cristo nos permite vivir nuestra salvación, porque es Dios quien produce en nosotros la voluntad y el hacer. ¡Solo a Dios la gloria!

La fe es la nueva esfera en la que el cristiano vive, actúa y muere. Es el principio que debe regir todas nuestras acciones. Todo lo que no hagamos según el principio de la fe es pecado (Romanos 14:23). En nuestra vida práctica, los resultados y la actividad de la fe son múltiples:

- ▶ Es por la fe, y no por la vista, que el creyente camina en su viaje terrenal (2 Corintios 5:7).
- ▶ En un mundo de muerte y oscuridad, nos da la luz de la vida (Juan 8:12, 12:46).
- ▶ En el valle de lágrimas y sombra de muerte (Salmo 23:4, 84:6), nos libra de toda la angustia de nuestro corazón y de todas las angustias de nuestra alma, manteniéndonos en paz (Juan 14:1, Isaías 26:3).
- ▶ La fe es una fuente inagotable de gozo (1 Pedro 1:8).
- ▶ Satisface plenamente nuestros corazones, siendo Jesús el cumplimiento de todos nuestros deseos (Juan 6:35, Colosenses 2:10).
- ▶ A través de la fe, el Espíritu Santo viene a morar en nosotros y hace que de nuestro interior fluyan ríos de agua viva (Juan 7:38-39).
- ▶ Nos da la fuerza física que necesitamos (Salmo 27:1, 68:28, 84:5, 7, Isaías 40:29-31) y puede, de acuerdo con los caminos de Dios para no-

sotros, darnos la curación de nuestro cuerpo (Mateo 9:22-29, Santiago 5:14-15).

► La fe se apropia del poder de Dios y recibe en Jesús la potestad de hacer cosas maravillosas (Mateo 21:21, Juan 14:12, Hebreos 11:31-34).

► Creyendo en las promesas de Dios, que son todas *sí y amén en Cristo* (2 Corintios 1:20), se convierten en nuestro disfrute efectivo y encuentran su plena realización (Marcos 11:23-24, 1 Juan 5:14-15). Si creemos, veremos la gloria de Dios (Juan 11:40) y en el nombre de Jesús nuestras oraciones serán contestadas (Mateo 21:22, Santiago 1:5-7). Solo la incredulidad se interpone en que podamos experimentar el poder de Dios (Mateo 17:19-20). Recibimos lo que creemos (Hebreos 4:1-4). El disfrute de la plenitud de las bendiciones de Dios (Efesios 1:3) es para quienes las reclaman y en la medida en que lo deseen (compárese con Josué 1:3). *Al que cree todo le es posible* (Marcos 9:23). Cuanto más sencilla sea nuestra fe, mayor será. A medida que creemos, experimentaremos el poder de Dios (compárese con Romanos 4:19-24 y Hebreos 11).

La fe encuentra su fundamento inquebrantable en Jesucristo. En él tiene la solidez de la roca y resiste todas las tormentas, las olas más violentas, las tempestades más devastadoras. Emerge de la ruina y el caos de los supuestos, opiniones y afirmaciones humanas. Permanece firme en el sufrimiento, cuando todo flaquea, y domina, serena e inmutable, la figura del mundo que pasa. Coraza protectora (1 Tesalonicenses 5:8), escudo indispensable para apagar los dardos de fuego del maligno (Efesios 6:16), la fe siempre nos da la victoria (1 Corintios 15:57) y nos hace más que vencedores por aquel que nos amó (Romanos 8:37). La fe combina en sí misma la fuerza del león (Proverbios 30:30), la mansedumbre y humildad del cordero (Isaías 53:7, Jeremías 11:19), la paciencia y la perseverancia del buey que camina sobre el surco. Finalmente, la fe nos da alas y ojos de águila, que nos permiten elevarnos por encima de las circunstancias del tiempo presente, evitar las trampas de Satanás y superar todos los obstáculos, manteniendo constantemente nuestra mirada fija en realidades invisibles pero eternas (2 Corintios 4:18, Isaías 40:31).

No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa, pues os es necesaria la paciencia, para que, por haber hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa. Porque aún un poco y el que ha de venir vendrá, y no tardará. Mas el justo vivirá por fe... (Hebreos 10:35-38a).

Manifestaciones de la fe

Quando la fe llena nuestros corazones, no nos deja indiferentes. Muy rápidamente manifiesta su presencia, y bajo su ímpetu nuestra vida exterior se convierte en el reflejo de nuestra vida interior.

Con Cristo viviendo en nosotros, y nosotros mismos viviendo en él, nuestra forma de pensar, hablar y actuar tenderá a parecerse cada vez más a Cristo (Filipenses 4:8-9, Colosenses 3:1-3).

Un cambio tan drástico no pasará desapercibido para el mundo. Al arrancarnos de nosotros mismos, la fe nos hará vivir según el plan de Dios, en obediencia inmediata e implícita a los mandamientos de aquel en quien creemos, no solo porque él lo manda, sino simplemente porque lo amamos. Nuestra obediencia ya no es legal, sino una obediencia de amor. No importa si no conocemos el propósito de tal o cual deseo del Señor y si ignoramos los resultados de nuestra obediencia.

Viviremos en completa dependencia del Maestro, llevando todas nuestras necesidades a Jesús y superando todos los obstáculos que se interpongan entre él y nosotros (Filipenses 4:6-7, Hebreos 12:1-3, Efesios 6:13).

Continuaremos implorando de él las bendiciones prometidas por él, a pesar de los motivos para el desánimo, e incluso ante su aparente negativa a concederlas (Hebreos 6:12, Mateo 15:21-28, 1 Reyes 18:42-44). Haremos con celo y alegría las buenas obras que Dios ha preparado de antemano para que podamos caminar en ellas. (Efesios 2:10).

Las dificultades en nuestro camino que puedan obstaculizar el cumplimiento de las promesas de Dios no nos detendrán (Hebreos 11:17-19, Romanos 4:18-20). Perseveraremos en seguir el camino que Dios nos marca, incluso frente a obstáculos, peligros y pérdidas aparentes (Hebreos 11:27). Preferiríamos sacrificar nuestros bienes, nuestra posición, nuestra reputación, nuestras propiedades, nuestra vida, si fuera necesario, en lugar de deshonrar o negar a Cristo (Hebreos 10:32-34, Hebreos 11, Filipenses 3:8). La fe no cuenta con las ventajas presentes y visibles, sino con las venideras, invisibles, pero permanentes. Sabe esperar pacientemente el cumplimiento de las promesas de Dios.

Mientras tanto, no nos avergonzaremos de confesar el nombre de Jesús ante

los hombres, a pesar de los reproches, las burlas o los insultos que puedan resultar de ello (Mateo 10:32-33, Juan 16:1, 33, 2 Timoteo 1:8). Nuestros ojos se abrirán a las necesidades espirituales y materiales de nuestros seres queridos, nuestros vecinos, las multitudes sin pastor, y de repente se nos dará la visión misionera (Mateo 9:36-38). La fe nos llenará de santa valentía (Hechos 4:29, Efesios 6:19-20) para proclamar la palabra de vida a todos los hombres, y mediante nuestro testimonio las almas se volverán al Señor (Hechos 4:29). Manifestaremos, en la noche de este mundo, la luz divina, porque por la fe somos hijos del día, y luz en el Señor (1 Tesalonicenses 5:5, Efesios 5:8).

El amor de Cristo abrazará nuestros corazones, instándonos a llevar a las almas perdidas el evangelio, el mensaje de reconciliación (2 Corintios 5:14-21). La fe hará de nosotros una predicación viva, la carta de Cristo leída y conocida por todos los hombres (2 Corintios 3:2-3). Seremos el buen olor de Cristo para Dios, vasos santos que derramarán la fragancia de su conocimiento por todas partes. Este olor será un olor de vida para aquellos que creen y aceptan el evangelio, pero un olor de muerte para aquellos incrédulos que se resisten a la acción de Dios (2 Corintios 2:14-16).

La fe en Jesús se manifiesta, por tanto, mediante un cambio radical de vida, que es más que una observación de formas, principios y hábitos piadosos. Es una nueva vida vivida en todas partes, el domingo y el resto de la semana, tanto en el campo como en la ciudad, en la escuela, en el taller, en la oficina, en la iglesia y en las reuniones. No debe haber dualidad en la vida cristiana. La verdadera fe no nos permite comportarnos de una manera en nuestro trabajo y de otra en las reuniones de oración. La Palabra permanece: *todo lo que no proviene de una convicción de fe, es pecado* (Romanos 14:23). Aquellos que profesan el cristianismo y olvidan esta verdad son los peores enemigos de la cruz de Cristo.

Dejemos de llamar a Cristo *nuestro Señor* si no aceptamos su control sobre todas las acciones de nuestra vida. Si Jesús es realmente nuestro Maestro, entonces rompamos con todo lo que no es para su gloria y seamos sus imitadores a los ojos de Dios y del mundo, haciéndolo todo para la gloria de Dios (1 Corintios 10:31). Para eso vivamos en su constante comunión, y ante cada una de nuestras acciones, pequeñas o grandes, preguntémosnos: *¿Qué haría Jesús en mi lugar?* Esta sencilla pregunta nos obligará a conocer mejor la persona del Señor, su mente y su vida. Veremos entonces, leyendo los Evangelios, la gran distancia que aún nos separa del modelo, y que tanto desacredita nuestro testimonio a los ojos del mundo. Si somos fieles al querer seguir a Jesús y el camino de la fe (Romanos 4:12), es probable que la dirección de toda nuestra vida cambie apreciablemente. La búsqueda del reino de Dios y su justicia se convertirá en nuestra primera preocupación (Mateo 6:33), y muchos escucharán la llamada del Maestro que

resuena más relevante que nunca: *—Ciertamente, la mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al Señor de la mies que envíe obreros a su mies (Mateo 9:37-38).*

Entonces, tal vez, tú que lees estas líneas, mires hacia arriba y veas los campos ya blancos para la cosecha (Juan 4:35). Entonces, oyendo al Señor decir: *—¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?, responderás: —Aquí me tienes, envíame a mí (Isaías 6:8).*

En el pasado, tu yo era el centro de tu vida; ahora por fe dirás con Pablo: *...ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí...* (Gálatas 2:20) y mostrarás, siguiendo el ejemplo del apóstol, que para ti realmente *el vivir es Cristo* (Filipenses 1:21). Una vida cuyo centro ha cambiado, esa es la manifestación de la fe y toda la fuerza de la vida cristiana.

Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí; y lo que ahora vivo en el cuerpo, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí (Gálatas 2:20).

La razón es el mayor enemigo que tiene la fe; nunca viene en ayuda de las cosas espirituales, sino que las más de las veces lucha contra la palabra divina, tratando con desdén todo lo que emana de Dios.

Martín Lutero

Pecados contra la fe

En general, hay dos formas de pecar contra la fe:

Por omisión.

- ▶ Por indiferencia, cuando no nos tomamos la molestia de estudiar las verdades que debemos conocer, cuando consideramos que todas las religiones son buenas o, peor aún, igualmente falsas, y por eso vivimos indiferentes sin preocuparnos por Dios, quien realmente ha hablado, y al que su criatura debe respeto.
- ▶ Por temor a los demás, cuando tenemos miedo de mostrar nuestra fe (Mateo 26:33, Lucas 22:56-57).

Por acción.

- ▶ Cuando rechazamos la gracia y los llamamientos del Señor.
- ▶ Cuando nos apegamos al error.
- ▶ Cuando no actuamos en todas las cosas según el principio de la fe (Romanos 14:23).
- ▶ Cuando dudamos voluntariamente (Santiago 1:5), dando oportunidades al diablo, el padre de mentira (Juan 8:44).
- ▶ Cuando negamos una o más verdades de la Palabra de Dios.
- ▶ Cuando uno se expone a sí mismo a través de malas compañías y leyendo libros impíos que debilitan la fe.
- ▶ Cuando uno exhibe sus dudas, en libros, revistas, periódicos o conferencias públicas.

Al concluir este capítulo, echemos un rápido vistazo a las diferentes expresiones relacionadas con la fe en las cartas a Timoteo:

- ▶ **El naufragio de la fe** (1 Timoteo 1:19-20) es la consecuencia del rechazo de una buena conciencia. Entonces se pierde la autoridad de la Palabra. Blasfemamos o podemos blasfemar.
- ▶ **La apostasía de la fe** (1 Timoteo 4:1), anunciada especialmente para los últimos días. Apostatar de la fe es apartarse de ella. Estos rechazan

abiertamente la verdad recibida para aferrarse al error que predicán. A estos hombres, dice el apóstol, se les cauteriza la conciencia, es decir, se les quema con un hierro candente, como criminales a quienes se les ha aplicado la marca de su ofensa, para que sean reconocidos por todo el mundo. Llevan en su conciencia el sello inconfundible de la mentira y la condena.

► **Negar la fe** (1 Timoteo 5:8) es actuar en contra de la verdad que conocemos y que afirmamos. Es insumisión y desobediencia a la Palabra de Dios en nuestra vida práctica. Quien cae en este estado es peor que un incrédulo.

► **Rechazar la primera fe** (1 Timoteo 5:12-13) es no tener ya el mismo apego a Cristo y su Palabra. Es el abandono del primer amor (Apocalipsis 2:4).

► **Extraviarse de la fe** (1 Timoteo 6:9-10). Si nuestro corazón se aferra al dinero, a los bienes de este mundo, pronto estaremos sin rumbo dejando de lado la verdad, perdiendo el disfrute de nuestras verdaderas bendiciones e invadidos de mucho dolor. Las preocupaciones, el engaño de las riquezas y los placeres de la vida son las espinas que ahogan la buena semilla e impiden que dé fruto cuando madura (Marcos 4:19, Lucas 8:14).

► **Alejarse de la fe** (1 Timoteo 6:20-21, 2 Timoteo 2:18). Bajo la influencia del error, recibido por las objeciones de un conocimiento erróneo, la fe se derrumba y uno se encuentra dejando de lado la verdad hacia la que se esforzaba.

► **Reprobados en cuanto a la fe** (2 Timoteo 3:8-9). Es el estado de aquellos que, habiendo resistido a la verdad, tienen su entendimiento corrompido. La fe misma demuestra su estado de perdición. Sin embargo, no irán más lejos, no tendrán éxito en sus designios, porque su insensatez será manifiesta a todos.

El encuentro decisivo

No podemos terminar este estudio con definiciones. Estas líneas perderían su propósito si se detuvieran aquí. Queremos que su conclusión no sea un final, sino que conduzca a muchas almas al amanecer de una nueva vida. De una forma natural surge una pregunta en nuestra mente: *¿Tenemos fe?*

Examinaos a vosotros mismos, si estáis firmes en la fe; probaos a vosotros mismos (2 Corintios 13:5).

Ninguno de nosotros puede vivir más en la indiferencia, la incertidumbre o la falsa seguridad.

El deseo de Dios es salvar a todos los hombres (1 Timoteo 2:4). No quiere que nadie perezca, sino que todos lleguen al arrepentimiento (2 Pedro 3:9). Sin embargo Dios no quiere realizar la salvación de cualquier manera. El hombre quiere alcanzar el éxito no importa cómo, pero el pecado es una falta demasiado grande para que el hombre la repare. Era necesaria la intervención directa de Dios. De hecho, Dios puso una condición. La fe en Cristo es la condición *sine qua non* para obtener la salvación. Cristo es el autor de la salvación. La redención es suficiente para redimirnos de todos nuestros pecados (Isaías 1:18). Todo está cumplido. La salvación se ofrece gratuitamente a todos (Isaías 55:1, Romanos 3:24).

Esta salvación no solo incluye la bienaventuranza eterna, sino también la liberación real del pecado (Romanos 8:2). No es una religión que adormece las almas, una salvación que tendría el efecto del opio en nuestras vidas y que daría la razón a la propaganda de los impíos. La salvación de Dios es una vida nueva, y esta vida está en su Hijo (1 Juan 5:11).

Dios ha dado a los hombres un Salvador. Es un hecho, no una idea ni una religión. No tenemos que mirarnos a nosotros mismos primero para ver si realmente somos pecadores y estamos perdidos. Nuestras evaluaciones no son criterios seguros. Tenemos que mirar a Cristo, que se nos presenta como el Salvador. Es él quien nos revela y nos explica la necesidad de ser salvos. La contemplación de Cristo en el Calvario nos revela la terrible realidad de nuestros pecados. Es en la oscuridad del Gólgota donde escuchamos el terrible estruendo de las olas de la ira de Dios que iba a alcanzarnos, pero que cayó sobre Cristo nuestro sustituto (Isaías 53:6).

En Cristo Dios se hizo hombre, y como hombre solo pudo sufrir en la situación de hombre. El fue el pobre, el despreciado, el varón de dolores (Isaías 53). La causa del sufrimiento total de Jesús es el pecado (2 Corintios 5:21). Santo y justo, sólo encontró en este mundo el odio y la oposición de los hombres. En la cruz, se nos revela nuestra miseria y los resultados de la oposición entre Dios y el hombre. En el Hijo de Dios hecho hombre y llevando nuestros pecados, se nos manifiesta la ira de Dios contra los pecadores y la rebelión de los hombres contra Dios. Cristo cargó sobre sí esta rebelión; esta ira Cristo la soportó solo en la cruz. En esta cruz, Cristo cargó con nuestros sufrimientos, nuestros pecados, pero también los llevó en su muerte. La cruz no es solo un instrumento de sufrimiento sino, más aún, el instrumento de una victoria que es plenamente confirmada por la resurrección de Cristo de entre los muertos. Ante su santa y adorable persona, ante la cruz donde él murió, el inocente por el culpable, nuestros ojos se abren de repente y nuestros corazones endurecidos se derriten. Se nos da una convicción real y profunda del pecado, al mismo tiempo que brota en nuestros corazones quebrantados y humillados la gozosa seguridad de que el Hijo de Dios cargó con todos nuestros pecados, de que la obra de nuestra salvación se ha cumplido mediante él.

Entonces, desde el momento en que acepto el hecho de que esto sucedió en la persona única del Salvador, tengo fe y, a través de ella, la salvación. Esta aceptación no me deja indiferente. Me lleva a seguir al Salvador en su muerte y resurrección. Esta operación del Espíritu de Dios no solo se realiza en el secreto de mi vida interior, sino que deja huellas en mi vida exterior. Ninguna parte de nuestra existencia está exenta de esta transformación. La muerte de Cristo actúa en nuestros miembros (2 Corintios 4:10), y el señorío del Resucitado se establece sobre todo nuestro ser y abarca todas las áreas de nuestra vida.

Mucha gente no se pone del lado de los cristianos, otros incluso están en contra de ellos. Ven sus imperfecciones, y especialmente sus inconsistencias, que les ocultan parte de la verdad y empañan la claridad de su testimonio. Gracias a Dios, los cristianos no son el objeto de la fe, sino Cristo. Y cuando se trata de Cristo, no pronunciarse por él es hacerlo en contra de él; porque en él no hay error ni inconsistencia. En resumen, Jesús es el absoluto. No hay excusa para los que le rechacen. Por tanto, es por Cristo, y no por los cristianos, por el Salvador y no por una religión, por lo que somos llamados a tomar una posición hoy. Cristo nos llama a convertirnos nosotros mismos en esos cristianos humildes, fieles y consistentes que tanto nos cuesta descubrir a nuestro alrededor. No busquemos más al cristiano modelo, sino que seámoslo nosotros mismos, tras el encuentro y la aceptación personal de Cristo, objeto inmutable de la fe. Un encuentro con Cristo es lo que produce una conversión real y visible, un nuevo nacimiento manifiesto (Juan 3:1-21). Los hombres necesitan urgentemente este encuentro.

Es para guiarlos en el camino donde ese encuentro puede ser realidad que estas líneas han sido escritas.

El que se ha encontrado con *el viviente* no puede permanecer frío o tibio, sino que se vuelve ardiente por Dios. Una nueva vida toma posesión de su ser y lo lleva tras los pasos del Salvador. Este encuentro nos hace reconocer nuestra nada y el amor de Dios, que todo lo ha hecho por nosotros. Su efecto es despojarnos de todos los méritos propios, hacernos vivir solo por los méritos de Cristo. Nos saca de nosotros mismos y nos coloca en Cristo. Entonces, el encuentro del que estamos hablando no es algo vago; conduce a un acto, una decisión que recordamos y cuyas consecuencias se manifiestan a lo largo de nuestra vida.

- ▶ Saulo de Tarso encontró a Jesús y su vida cambió. Fue en el camino de Damasco (Hechos 9).
- ▶ El eunuco etíope también lo encontró. Fue durante su viaje de regreso desde Jerusalén a su país. Sentado en su carro, leyendo un capítulo del profeta Isaías (Hechos 8:26-39).
- ▶ Lidia, vendedora de púrpura, lo encontró junto al río, donde solía hacerse la oración (Hechos 16:13-15).
- ▶ Tres mil personas lo encontraron por la predicación de Pedro, en Pentecostés (Hechos 2:41).
- ▶ Cornelio, sus parientes y amigos lo encontraron un día mientras, sentados, escuchaban a Pedro (Hechos 10:25-48).
- ▶ Sergio Paulo, hombre inteligente, lo conoció, siendo cautivado por la doctrina del Señor en el momento en que la mano de Dios hirió al mago Elimas con ceguera (Hechos 13:6-12).
- ▶ El carcelero de Filipos lo encontró una trágica noche, en la prisión (Hechos 16:27-34).
- ▶ Dionisio, el areopagita, y Dámaris lo encontraron en Atenas tras el memorable discurso de Pablo en el Areópago¹ (Hechos 17:34).

Querido lector, déjame hacerte una pregunta: ¿Has encontrado a Cristo? *Ahora es el tiempo aceptable; ahora es el día de salvación* (2 Corintios 6:2). Acepta al Salvador. Entonces se abrirá ante ti el camino de la fe, en el cual caminó una gran nube de testigos (Hebreos 11). En las bienaventuradas huellas de aquellos testigos, de quienes el mundo no era digno, hagamos una cosa, olvidemos *ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndonos a lo que está delante, prosigamos a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús* (Filipenses 3:14).

Se acerca la hora en la que el Señor vomitará de su boca a los tibios (Apocalipsis 3:16).

Pero los cobardes, los incrédulos, los abominables, los asesinos, los que cometen inmoralidades sexuales, los hechiceros, los idólatras y todos los mentirosos tendrán su parte en el lago que arde con fuego y azufre, que es la muerte segunda (Apocalipsis 21:8).

No más cobardes, tibios y vacilantes, sino seres con pasión ardiente por Cristo, que nos amó y se entregó por nosotros (Gálatas 2:20).

Yo soy el Alfa y la Omega, el principio y el fin. Al que tiene sed, le daré a beber gratuitamente de la fuente del agua de vida (Apocalipsis 21:6).

Y el que tenga sed, que venga; y el que quiera, venga y tome gratuitamente del agua de la vida (Apocalipsis 22:17).

1 ► Tribunal superior de la antigua Atenas que se reunía en la colina de Ares.

Índice



Dar gloria a vuestro Dios

Prólogo	7
Introducción	9
Dad gloria al Señor vuestro Dios	11
Eltiempo de nuestro testimonio es corto	15
¿Qué sucederá si no escuchamos?	21

¿Es Dios responsable del pecado?

Introducción	31
Negar el pecado	33
Olvidar el pecado	35
Esconder el pecado	37
Detener las consecuencias	39
Reparar el pecado	41
Jactarse del pecado	43
Una grave cuestión	45
Una hospitalidad dudosa	47
La ingratitud humana	49
La respuesta de Dios	51
Conclusión	55

Mediocridad o santidad

Nota del editor	59
Nota del autor	61
Prefacio	63
Introducción	67
Saber elegir	71
¿Qué es la mediocridad?	79
¿Qué es la santidad?	87
La santidad, o la vida en Cristo	99
La santificación	109
El secreto de la santificación	119
En el camino a la santidad	123

¿Opiniones o convicciones? La fe

Introducción	133
¿Opiniones o convicciones?	135
¿Qué es la fe?	141
Naturaleza de la fe	145
Objeto de la fe	147
Motivo de la fe	153
De dónde proviene la fe	157
Carácter de la fe que salva	161
Obra y resultados de la fe	167
Manifestaciones de la fe	171
Pecados contra la fe	175
El encuentro decisivo	177



Ferran Cots editor • Barcelona

Predicador, conferenciante y escritor, Gaston Racine nació en Suiza, en el cantón de Neuchatel, en 1917. De familia de origen hugonote, creció en un ambiente piadoso, convirtiéndose a Cristo a la edad de 14 años. En 1936, después de un período de convalecencia en Italia, sintió el llamamiento de dedicarse al servicio de Dios. Se trasladó a Montreal (Canadá) en 1962. Fundamentado fielmente en la Biblia y sin caer en ninguna forma de sincretismo religioso, Gaston Racine siempre estuvo dispuesto a dar testimonio de su fe a los creyentes y a los no creyentes de todos los campos: católicos, ortodoxos, protestantes, judíos, musulmanes, budistas, hinduístas, racionalistas, marxistas...

FC
EDITOR